

### **III. Nuevas tecnologías: interactividad, conectividad e hipertextualidad**

Si pudiéramos sintetizar las características básicas de las nuevas tecnologías de la información, y de su particular ecología, diríamos, siguiendo a Derrick de Kerckhove (1999)<sup>1</sup> que son: interactividad, hipertextualidad y conectividad. Éstas se constituyen en una permanente actuación automática de la sinergia de los computadores locales, las redes globales y los satélites. Veamos detenidamente cada una de éstas, aunque al final desarrollaremos especial atención la hipertextualidad, dado el interés de la cuestión en el presente estudio. En particular presentaremos tanto una reflexión pedagógica sobre las implicaciones del tránsito de la tecnología de la escritura a la del computador y su correlato hipertextual en la escuela, como un análisis del estado de la cuestión sobre la investigación educativa y pedagógica del uso del hipertexto en los procesos de enseñanza-aprendizaje.

---

<sup>1</sup> Derrick de Kerckhove es director del Programa McLuhan de la Universidad de Toronto y ha liderado durante más de veinte años el debate sobre los efectos de las tecnologías mediáticas.

### 3.1. La interactividad vs. la enteractividad

En los últimos tiempos la “interactividad” parece que es la característica que asegura que un programa, software o juego, es divertido, entretenido, casi inteligente. En general los CD-ROM que se encuentran en el mercado, y que dicen llamarse interactivos, son aquellos en los que el usuario oprime botones, hace click en palabras calientes, íconos, o ventanas. En este sentido se entiende por interactivo el medio -o programa- que responde de alguna forma a la solicitudes del usuario, además de visualizar la pantalla deseada. Sin embargo, estos CD-ROM después de la cuarta o quinta vez que se usan terminan siendo aburridos, no sólo por la baja velocidad de despliegue de los video-clips, sino porque, en general, terminan siendo pantallas recargadas de texto y con estructuras de navegación lineales. Más que interactividad, encontramos "enteractividad". En este sentido, lo más próximo al concepto de interactividad quizás lo encontramos en los videojuegos.

El origen de la interactividad, según Derrick de Kerckhove (1999), proviene del tipo de relación que hemos establecido con la televisión; aunque se le ha criticado por la pasividad que produce en los televidentes, es evidente su capacidad de absorción y compromiso que produce en sus usuarios, por lo que se la considera implícitamente interactiva. Sin embargo, a medida que la televisión se vuelve explícitamente interactiva, primero con el mando a distancia y ahora con los controladores de CD-ROM y los videojuegos, la elaboración de imágenes mentales continua conduciéndose en una pantalla, fuera del cuerpo, sólo que ahora el cuerpo participa activa y voluntariamente en el proceso de dar sentido al mundo. Ello ha conducido a tres impulsos relacionados, en gran parte inconscientes, en la cultura de la televisión: la

---

Por supuesto fue colaborador de Marshall McLuhan de ahí su afiliación a las ideas de este autor.

recuperación del tacto, una necesidad de telepresencia y una inversión de la relación entre el hombre y la pantalla en la realidad virtual.

En efecto, comprender las posibilidades de la tecnología digital con su potencial latente para la interactividad, exige un cambio de perspectiva. La primera ley de la interactividad consiste en que el usuario da forma o proporciona el contenido, aprovechando el acceso no lineal, para hacer una selección de programas o de los contenidos. En este sentido, y siendo macluhanos, el mensaje de cualquier medio puede considerarse como la forma en que este moldea al usuario cuando le invita a conectarse con él. Así la televisión, la radio, los libros, y los medios interactivos, cada uno a su manera, condicionan las respuestas específicas respecto a los medios por parte de sus usuarios, sean consumidores, productores o "prosumidores" interactivos – expresión que acuña D. Kerckhove. En consecuencia, los medios vistos de esta forma, son entornos completos que contienen a sus usuarios como contenido<sup>2</sup>, lo cual implica lo que en la postmodernidad se ha denominado la "muerte del sujeto", y por tanto, la anulación de toda subjetividad.

Para Kerckhove (1999), el hecho de que el usuario tenga que buscar activamente el contenido hace que ambos, emisores y receptores de cualquier comunicación de red digital, sean los suministradores principales, conformando por tanto el contenido real de la comunicación. En efecto, la interactividad ha cambiado los procesos en que se designa el contenido. Mientras el diseño acostumbraba a ser la prerrogativa del diseñador que imponía su visión sobre el servicio o producto que se quería vender, la disposición del nuevo software, y de las nuevas herramientas de autoría permiten cada vez más al usuario hacerse cargo del producto final. En consecuencia, la tendencia hoy, más que el CD-ROM, (que es el último resago del libro, el casete y el disco), es estar *on-*

---

<sup>2</sup> Nótese que esta afirmación puede sonar exagerada y ambigua. Sin embargo, es evidente que no podemos desconocer que la forma y el contenido hoy en día son dos dimensiones de una misma cara. Esta división y la sobrevaloración de la importancia del contenido hizo por ejemplo que se diseñaran textos escolares y en general materiales educativos planos, aburridos, sin relación con el universo simbólico e imaginativo de los jóvenes. De otro lado, también es importante cuestionar tal aseveración sobre el contenido. Al aceptarla colocamos al usuario en una posición ciertamente pasiva sin capacidad de resistencia. ¿Dónde quedan entonces las mediaciones que se producen en el proceso de interacción con los medios? ¿Cómo se producen los cambios y aún la innovación tecnológica?.

*line* o en línea. Al estar *on-line*, el contenido de la programación interactiva puede disfrutar de una durabilidad, flexibilidad y actualidad mayor que el contenido lineal convencional de otros medios.

A diferencia de otras tecnologías, los sistemas interactivos, al crear una nueva continuidad entre el cuerpo y la máquina, ayudan a reforzar la red de conexiones que expanden nuestros sistemas nerviosos centrales, más allá de nuestros cuerpos, hacia el mundo exterior. Hasta ahora, prácticamente, todas nuestras tecnologías podían incluirse en la categoría general de "extensión" de la fuerza humana descrita por Mumford, Leroy Gourhan, McLuhan, Giedion y muchos otros, por ser continuación de una exteriorización del cuerpo. Pero el computador y la red son una extensión para que la mente procese el lenguaje, que es, en sí mismo una extensión del cerebro.

Con las tecnologías interactivas se producen dos cambios muy significativos: primero, la máquina está desarrollando una voluntad rudimentaria dada su capacidad para almacenar y analizar patrones de interacción. En realidad, los diferentes aspectos de la investigación sobre interfaces interactivas están uniéndose alrededor de la ciencia de la robótica en un intento de construir un cuerpo totalmente sintético, esto es autonomizado, y mecánica o digitalmente virtual. *“En segundo lugar, al mismo tiempo que están volviéndose digitales, las extensiones y proyecciones del hombre desarrolladas por la revolución tecnológica actual están también, en el campo on-line, produciéndose un segundo orden de integración, más amplio, muy por encima de los límites personales del cuerpo y del ego, arraigándose en comunidades virtuales”* (Cf. Kerckehove, Derrick .1999:47-48).

Esta interactividad, que cada día se nos presenta más sofisticada y desplegada en los diferentes dispositivos de comunicación en Internet, está soportada por, la cada vez mayor, conexión entre diferentes tipos de tecnologías. Pero dicha conexión a su vez ha generado un ecosistema comunicativo de interacción humana. Así, la conectividad de la red es la que permite y alienta la integración de los individuos dentro de un medio “colectivo”. El resultado es que los procesos de información, y las organizaciones sociales

que nacen de ella, están conectadas y son individuales al mismo tiempo. Esta cualidad de lo individual y lo colectivo en simultaneo establece una gran diferencia con otras tecnologías, como el libro –especialmente individual- y la radio y la televisión –de carácter masivo, convirtiéndose en un gran potencial para el crecimiento intelectual humano.

A diferencia de otras tecnologías, las tecnologías digitales nos plantean nuevas preguntas. No es ya la cuestión por el instrumentalismo y excesivo individualismo, sino cómo los hombres y mujeres nos relacionamos en este entorno. Por la ruptura de la temporalización que esta evolución tecnológica provoca y por los procesos de desterritorialización que lo acompañan, se requiere de una nueva conceptualización de la tecnología. Las preguntas de Heidegger por la esencia, ya no las podemos referir a un sujeto enfrentado al Ser, que por cierto desvela la “verdad”. ¿Cuál ser y cuál verdad, si los sujetos se hallan inmersos en esta doble faz individual y colectiva?. ¿Cuándo somos reales y virtuales, verdaderos o imaginarios?. No es subjetividad, sino una nueva humanidad “conectada”.

### 3.2. Conectividad e inteligencia colectiva

Quizás la investigación de Sherry Turkle (1997) sea uno de los trabajos de obligada referencia a la hora de comprender las transformaciones que las nuevas tecnologías están produciendo en la subjetividad, en la identidad, y en general, en las ideas sobre el “yo” propias de la modernidad<sup>3</sup>.

La identidad por ejemplo, concebida siempre en relación con la imagen de sí mismo, en los entornos virtuales –como los MUD, los chats, juegos de roles, etc- implica fragmentación, multiplicidad, heterogeneidad. Así jugar con diferentes personajes o roles en los chats es parte de una conversación cultural más amplia sobre la idea de identidad entendida como sociedad de yos. En efecto, la pregunta es ¿qué es el yo cuando funciona como una sociedad?. ¿Qué es el yo cuando divide sus tareas en otros constituyentes? De hecho, para Sherry Turkle los sueños y los *lapsus linguae* fueron objetos-

---

<sup>3</sup> El apasionante texto de Sherry Turkle *La vida en la pantalla* describe cómo una cultura de la simulación en emergencia está afectando nuestras ideas sobre la mente, el cuerpo, el yo y la máquina. Desde científicos intentando crear vida artificial a niños que practican *morphing* a través de series de personajes virtuales, podemos ver la evidencia de cambios fundamentales en la manera como creamos y experimentamos la identidad humana. Sin embargo, en Internet las confrontaciones con la tecnología, al mismo tiempo que colisionan con nuestro sentido de identidad humana, son frescas, incluso puras. En las comunidades ciberespaciales de tiempo real, vivimos en el umbral entre lo real y lo virtual, inseguros de nuestro equilibrio, inventándonos sobre la marcha. Las tres secciones del libro presentan al ordenador como una herramienta, como un espejo y como una fuga a un mundo a través del espejo de la pantalla. En cada uno de estos dominios experimentamos un complejo entretejido moderno y posmoderno de cálculo y simulación. Las tensiones son palpables. En la lucha de epistemologías el ordenador está atrapado entre su pluralismo natural y el hecho de que ciertos estilos de informática tienen un mayor eco cultural que otros. Por otra parte, el ordenador anima a una diversidad natural de respuestas. Personas diferentes se apropian del ordenador de maneras diferentes. Por otra parte, los ordenadores están expresando cada vez más una constelación de ideas asociadas con el posmodernismo, lo que se ha llamado nuestra nueva dominante cultural. Nos hemos movido en la dirección de aceptar los valores posmodernos de opacidad, experimentación ociosa y navegación de la superficie como modelos privilegiados de conocimiento. Véase: Turkle, Sherry (1997). *La vida en la pantalla. La construcción de la identidad en la era de Internet*. Barcelona: Ed. Paidós.

con-los-que-pensar que introdujeron ideas psicoanalíticas en la vida real. La gente podía trabajar con los sueños y con *lapsus linguae* propios y ajenos. Hoy, una nueva tendencia de la identidad en la vida *on-line* está ayudando a las personas a desarrollar ideas sobre la identidad como multiplicidad. Las personalidades virtuales son objetos-con-los-que-pensar. Puede que estemos al final de los plantamientos freudianos, pero la necesidad de una filosofía práctica del conocimiento del yo, que de cabida a la ironía, la complejidad, la ambivalencia y la multiplicidad, nunca ha sido mayor que cuando nos esforzamos por dar sentido a nuestras vidas en el mundo virtual.

La emergencia de un nuevo orden o integración de las interacciones simples o compuestas de un individuo, podría caracterizarse por una especie de cualidad propia de la inteligencia, o de la racionalidad de la red. La web, con su estructura abierta a los vínculos, es un foro para la interactividad en tiempo real para decenas, centenas o millares de personas que buscan algo. Como lo señala, Derrick Kerckehove (1999: 182-183) *“la presión de las mentes humanas concentradas en las mismas cuestiones y las habilidades de autoorganización de la red, crean un gran potencial para una gran unidad de propósito. El divertimento y la sustancia de internet reside en su habilidad para conectar mentes vivas en el trabajo de todas las maneras posibles de configuración”*. En efecto, las comunicaciones on-line han creado una nueva categoría mental: la conectividad, a la que nos enchufamos o nos desconectamos sin atender a la integridad de su estructura.

En suma, el desarrollo de las redes y de la conectividad ha dado luz a nuevas metáforas tecnológicas que afectan a nuestra percepción espacial y temporal cotidiana. Hasta ahora, las principales tecnologías de comunicación, tendían a afectar nuestra percepción del entorno en términos de tamaño, perfil, textura y límites. Hoy el mundo puede percibirse como un medio de *inputs* y *outputs*, continuamente nos relacionamos por vía de nuestros sentidos y con las extensiones electrónicas de ellos; hemos adquirido la habilidad para proyectarnos mucho más allá de nuestros límites y de recibir las proyecciones de otras personas como si pudiéramos llevarlas a cuestas. En consecuencia, ahora que nos hemos extendido más allá de las fronteras de nuestro ser

biológico, tendremos de acuerdo con estos cambios que repensar también nuestro ser psicológico.

De esta manera, conectividad e interactividad, se convierten en la estructura, en el ambiente, que nos da la entrada para abordar la hipertextualidad y cerrar así esta triplete de cualidades propias de las nuevas tecnologías. La hipertextualidad significa acceso interactivo a cualquier contenido desde cualquier parte, que por cierto está invadiendo los dominios tradicionales del suministro de contenidos en forma de datos, texto, sonido y video, cambiando las reglas de almacenamiento así como la distribución y la entrega de los contenidos. Mientras las tecnologías de la información en el pasado –el libro, el casete, el video- eran ayudas para la memoria y el almacenamiento de información, las nuevas tecnologías son ahora ayudas para su procesamiento pues permiten un acceso y configuración personalizada de la propia información, por lo que se nos presentan como ayudas a la inteligencia. Este cambio es precisamente el reflejo de una permutación de la cultura mucho más amplia, de la producción basada en la memoria, a la producción basada en la inteligencia. Pasamos pues, en estos momentos, de la era de la “reproducción” a la de la “segunda versión”, desarrollando hábitos cognitivos y formas de colaboración asistidas por ordenador, que están generando nuevas formas de conectividad e interacción social.



### 3.3. La hipertextualidad

Tal y como lo ha planteado Teófilo Neira (2000), las nuevas tecnologías se han instalado, se han desarrollado y crecido en el interior de ese potencial –que ya la escritura tenía- destinado a fijar, recuperar, procesar y transmitir la información, diferenciándose cualitativamente de tecnologías anteriores. Ésta es su primera y fundamental revolución. Constituyen un soporte nuevo, un medio de fijación totalmente distinto de los hasta ahora utilizados. Incorporan recursos que no habían sido diseñados, ni siquiera sospechados en épocas anteriores. *“El lenguaje discurre por sus circuitos reflejándose en el parpadeo de las pantallas electrónicas, grabándose en procesadores diminutos, custodiándose en ordenadores cada vez más potentes y distribuyéndose mediante redes de alcance ilimitado. A los textos les están acompañando y les están sucediendo los hipertextos. Los hipertextos etimológicamente, son un “exceso” textual, un aumento y elevación del texto. Son los nuevos textos informáticos”* (Neira, Teófilo. 2000:4-5). Sin embargo, el hipertexto se nos presenta no sólo como una potenciación –o como la denominan algunos reinvención- de las tecnologías de la escritura, sino que además modifica el orden de la narración, las formas y modalidades de las que puede revestirse, los elementos que le acompañan y el tipo de discurso que se puede desarrollar. Es decir, no se transforma sólo el acto narrativo, sino la narración en sí misma, sobrepasando tanto los soportes materiales, como la cualidad de los sistemas narrativos anteriores, configurándose en una forma escritural totalmente nueva.

La hipertextualidad digámoslo directamente, se refiere a la posibilidad de asociar una parte de cualquier texto almacenado digitalmente de forma automática, instantánea y permanente con cualquier otro texto almacenado de

la misma manera. Activar un enlace de hipertexto normalmente significa hacer clic en una palabra subrayada, (o palabra caliente, que también puede ser un ícono o botón), que ordena al computador buscar una dirección escondida detrás del enlace, que lleva un texto asociado, sea en el mismo documento o en otra base de datos, o en otra *web* a la que se tiene acceso a través de la red. Cuando se implementa de una forma completa, el hipertexto tiene la ventaja de que puede abarcar grandes –casi infinitos- espacios de búsqueda.

Hablemos de dos características fundamentales que diferencian al hipertexto de cualquier otra tecnología anterior: las transformaciones el espacio y el tiempo. Por un lado, mientras en los medios tradicionales el almacenamiento y la entrega de contenidos, así como las ediciones y difusiones exigía mucho tiempo y energía en el ambiente digital la información es potencialmente asequible en cualquier momento o lugar. De hecho, la radio y la televisión se consideran basadas en el tiempo porque siguen una orientación lineal e irreversible de éste, por el contrario, en Internet, el uso de correo electrónico, los chats, el ICQ u otros similares, tienen otra noción de temporalidad. Es un tiempo no lineal, instantáneo, aunque no exactamente real. Es lo que se ha denominado “temporalidad secundaria en la red” (o tiempo no real lineal o expandido). El tiempo de la red se extiende para incluir y abarcar el mismo nivel de contenido que un intercambio oral, pero con una multiplicidad de puntos de entrada.

Por otro lado, el espacio del hipertexto es el ciberespacio, los textos en pantalla son inmateriales, no están en ninguna parte ni antes ni después de que desaparezcan de ésta, por lo tanto un texto en pantalla es virtual hasta que no sea actualizado. Y en este ciberespacio son las URL (*universal resource locator*), las que funcionan como localizadores, como desencadenantes que abren puertas a contenidos de información. Por supuesto con un valor añadido, ya que los textos, u otros datos digitalizados, pueden ser utilizados y manipulados simultáneamente por muchos usuarios.

La distinción entre la presencia virtual de la escritura y su presencia real es una diferencia radical propia de las nuevas tecnologías. “*Sven Birkets comenta que*

*la diferencia entre la palabra impresa y la palabra en el monitor es la diferencia entre un nombre y un verbo. Uno es una referencia estática, un producto al texto impreso; el otro es una operación dinámica, un proceso. Sin duda con su potencial para convertirse en botones de hipertexto, las palabras en el monitor se convierten en íconos, actores de una representación dinámica del significado. Igual que los íconos mismos han pasado del estado de meras ilustraciones a desencadenadores gramaticales, las palabras claves del hipertexto, como los verbos, tienen poder para realizar una acción”* (Kerckehove, Derrick. 1999:116)

Sin embargo, pongamos un poco de freno a tanto optimismo en los ambientes hipertextuales. Muchas de las personas que se encuentran por primera vez con la noción de hipertextualidad asumen que los enlaces son el factor más importante del hipertexto, sobre todo en comparación con el mundo de la tecnología impresa. Pero, los enlaces, no lo hacen todo pues tal creencia nos haría caer fácilmente en una visión “interactiva” de la hipertextualidad. No olvidemos pues que en la producción y en el uso de hipertextos es fundamental la cuestión de la retórica, de la organización no secuencial de la narrativa y la polifonía en la escritura.

Desde el punto de vista de George Landow (1997) la importancia fundamental del hipertexto en red para la realización del potencial del medio, sólo aparece cuando se le añade su último elemento clave: la capacidad por parte del lector de adicionar enlaces, comentarios o ambas cosas. “*Vannevar Bush, Douglas Englebart, Ted Nelson, Andries Van Dam, coinciden en señalar que, en el hipertexto, las funciones del lector se funden con las de escritor y que la división entre ambos se va difuminando. La particular importancia de la textulidad en la red, se manifiesta cuando la tecnología convierte a los lectores en lectores-escritores o “lecautores” –wreader-, ya que cualquier contribución o cambio introducido por un lector pronto está al alcance de los demás lectores”*(p. 32). Condición que para Landow hace que el hipertexto en la red tenga una característica democratizante dada esta naturaleza tecnológica.

Profundicemos un poco más en tal naturaleza tecnológica de la que nos habla Landow. Tanto si se leen como dispositivos autónomos como en sistemas en red, los hipertextos pueden presentar dos estructuras fundamentalmente distintas: La primera depende básicamente de la del libro lineal, (o libro electrónico aunque no sea una metáfora muy afortunada), y la segunda, se corresponde con una organización dispersa en red y con centros múltiples, inherentes al enlazamiento electrónico. Prácticamente, en dos décadas de producción masiva de hipertextos, encontramos en el mercado diferentes tipos de hipertextos, desde los libros juegos, enciclopedias, bases de datos, hasta software educativos, que se presentan de forma independiente o en red como sistemas de sólo lectura o de difusión, y como sistemas que permiten al lector crear enlaces y breves anotaciones, o incluso que le conceden el mismo acceso que al escritor. Por otra parte, a pesar de que casi todos los sistemas actuales contengan algún que otro elemento multimedia y puedan incluir imágenes, sus presentaciones multimedia difieren considerablemente; algunos sistemas emplean imágenes estáticas, en color, con matices grises, mientras que otros soportan el sonido y el video.

Si bien la mayoría de los hipertextos existen como unidades relativamente separadas, en vez de ser nodos o regiones locales, dentro de un “docuverso” gigante, se dividen en varios géneros como didáctico, de consulta, constructivo, lúdico, literario, erótico, etc. Cada uno de ellos requiere de una estilística y proporciona al usuario una experiencia diferente. Por ejemplo, mientras la utilización de obras de consulta como los diccionarios o las enciclopedias hipertextuales o multimedia implican sobre todo funciones de recuperación de información y provocan poca desorientación en el lector, ciertas formas de hipertextos convierten la exploración, el descubrimiento, incluso la desorientación, en elementos cruciales en las relaciones con el usuario, (especialmente aquí ubicamos los desarrollos de la denominada hiperficción).<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Las novelas hipertextuales como *Afternoon* de Michael Joyce, *Victory Garden* de Stuart Moulthrop, difuminan todos los límites y se han convertido en paradigmáticas de este tipo de narración de hiperficción. Es posible acceder a éstas desde: [www.eastgate.ubrown/literature/edu/html](http://www.eastgate.ubrown/literature/edu/html)

Esta libertad de navegación y su consecuente posible pérdida, disuelve la estabilidad fundamental que proporcionan las tecnologías impresas. ¿Cuáles pueden ser entonces los cuestionamientos ante esta nueva circunstancia de la textualidad digital?. En primer lugar, siguiendo a Lyotard, las “nuevas tecnologías” no deben considerarse como medios nuevos aplicados a obras inalteradas en su esencia. Al intentar comprender cómo las obras cambian en el contexto de los distintos regímenes de la información, tenemos que desenmarañar las relaciones entre las tecnologías de la información, pasadas y presentes, y los supuestos culturales, incluyendo nuestras nociones de literatura, de personalidad, teoría, poder y propiedad. También tenemos que utilizar varios regímenes de información contra otros.

Un segundo problema importante que tiene el hipertexto se debe al hecho de que sus lectores, que escogen su propio recorrido, leen todos textos distintos, y en algunos casos, nunca leen la totalidad de texto disponible. Esto también replantea nuestra idea sobre el “dominio de un contenido”. Es cierto que nunca se puede agotar o dominar completamente ningún texto impreso, pero al menos se puede afirmar haberlo leído todo o incluso haberlo leído las veces necesarias para lograr la credibilidad de conocerlo bien. Los grandes hipertextos, especialmente los que se encuentran en la red, ofrecen simplemente demasiadas “lexias” –o unidades completas de sentido- para que los críticos las puedan leer en su totalidad. La cantidad elimina la maestría y la autoridad, ya que sólo se puede obtener una muestra del texto, no dominarlo. En particular, el crítico tendrá que abandonar no sólo la idea de dominio sino la de texto en concreto. La voz de Barthes y Julia Kristeva nos resuenan aquí.

De hecho, el carácter no lineal de tramas interconectadas, de redes infinitas de textos, como base de una nueva gramática digital que podríamos decir ha hecho estallar al texto, incluye entre otros elementos, la digitalización de textos enteros que en comparación con catálogos o referencias bibliográficas, nos aporta inmensas posibilidades de archivar, examinar, actualizar en tiempo real; la opción de conectar potencialmente una sucesión de caracteres con cualquier otra, el acceso rápido, mediante interfaces cada vez más fáciles de utilizar en

Internet independientemente del lugar del mundo en el que se encuentren, así como el rápido intercambio de puntos de vista en los foros electrónicos, nos abren nuevas posibilidades al ofrecer una lectura “extensiva”, como la denomina Patrick Bazin (1998), que nos aporta la comparación entre diferentes textos y perspectivas, así como la transversalidad multidisciplinaria y la “conversación” entre lectores. Este nuevo entorno tecnológico para la lectura y escritura nos dibuja un nuevo paisaje mental que nos sumerge colectivamente en el espacio de un libro interminable, en vez de estar enfrentados, solos, a la doble dimensión de una página impresa. Esta hipertextualidad subvierte los espacios convencionales de lectura, basados en un modelo de información individual, a favor de un modelo conectivista, sustituyendo el orden jerárquico de los libros por una red dinámica, conectiva y reconstruible.

Vemos aquí cómo muchas ideas postestructuralistas que en la cultura impresa resultan particularmente extrañas, pretenciosas o confusas, ahora cobran sentido en el mundo del texto electrónico en red, normalizándose incluso la mezcla y difusión de los géneros. Cuando Barthes, Gennete y otros teóricos, ponen en duda la frontera o barrera entre los textos teóricos y los literarios, sus afirmaciones entran aún en contravía para quienes consideran que sus teorías y afirmaciones roturan el saber tradicional; sin embargo, las observaciones de Barthes y de Foucault sobre la muerte del autor, las de Derrida sobre la textualidad, las de Kristeva sobre la intertextualidad, parecen ser connaturales al hipertexto<sup>5</sup>.

Esta revolución de las tecnologías de la textualidad –copernicana, como la llaman algunos sociólogos de la cultura- otorga mayor importancia al desarrollo de habilidades para el conocimiento, por lo que nos enfrenta al riesgo de no saber cómo actuar ante la pérdida de intermediaciones tradicionales. Como lo

---

<sup>5</sup> De hecho, podríamos sugerir algunas relaciones entre la naturaleza tecnológica de la hipertextualidad, su lenguaje y la “condición postmoderna”. Características como la relacionabilidad y la multivocidad nos muestran, entre otros aspectos: 1. La conectividad histórica de la tecnología de la escritura; 2. Los cambios en el desarrollo de competencias lecto-escritoras, en particular sobre las ideas de autor y de narratividad, en tanto esta adquiere un status válido como forma de conocimiento; y 3. Las posibilidades de democratización y de libertad de opinión.

señala Roger Chartier (1993)<sup>6</sup> la posible transferencia del patrimonio escrito del códice a la pantalla despliega enormes posibilidades, pero también constituye una afrenta infligida a los textos que se separan de las formas que ayudaron a la construcción de sus significados históricos. Otro riesgo, del que cualquier usuario de Internet es consciente, es el de una navegación nómada que ha perdido su razón o su correlativo, confinándose en unas problemáticas singulares, automantenidas o autosostenidas. Esta doble vertiente resbaladiza del modelo fundamentalmente universalista del libro, encuentra una respuesta en el relativismo postmoderno y puede conducir a un cierto tribalismo cultural. En suma, al mismo tiempo que abre los límites de un texto, la hipertextualidad revive una de las cuestiones básicas de la cultura: ¿qué mediaciones pueden permitir a la experiencia privada y a la práctica colectiva iniciar un intercambio?. Por supuesto, la pregunta por las mediaciones, incluye tanto los medios, las representaciones sociales, las competencias y prácticas de lectura, así como las mediaciones de clase, género, raza, país, etc.

Hemos descrito hasta aquí las tres características fundamentales del entorno comunicativo de las nuevas tecnologías: interactividad, conectividad e hipertextualidad. Pero cómo en el mundo escolar se está produciendo este tránsito de la cultura impresa, centrada en la tecnología del texto lineal, a otra de carácter digital, nos vemos obligados a realizar una reflexión educativa sobre dicho proceso, sus dificultades y sus metáforas. En el próximo capítulo analizaremos el estado de la cuestión sobre la investigación del uso de hipertextos en procesos de enseñanza-aprendizaje.

---

<sup>6</sup> Véase sobre este tema: Chartier, Roger y Bordieu P. (1993) "Le message écrit et ses réceptions. Du codex à l'écran". *Revue des Sciences morales et politiques*, 2. Chartier, Roger y Bordieu P. (1985) "Comprendre les pratiques culturelles". En: R. Chartier (comp) *Pratiques de la lecture*. Paris: Éditions Rivages.

### **3.4. De las viejas a las nuevas tecnologías en la escuela: de la escritura y el libro al hipertexto y el computador.**

El término nuevas tecnologías<sup>7</sup> incluye un rango muy amplio de tal manera que aquí sólo consideraremos las continuidades y rupturas entre la escritura, el libro y el computador como las tecnologías de la cultura que más directamente operan en el mundo escolar y que, en cierto modo, vienen entrando en conflicto. En palabras de Joan Ferrés (2000: 37) *“mientras la tecnología de la imprenta tiende a privilegiar una representación del mundo de carácter conceptual, estático, analítico y reflexivo, la cultura del espectáculo tiende a privilegiar de manera prioritaria una representación del mundo concreta, dinámica, implicativa, sensitiva y emotiva”*.

#### **3.4.1. La escritura como primera tecnología**

Este descubrimiento tuyo [la escritura] producirá en el alma de los que lo aprendan el olvido, por el descuido de la memoria, ya que, fijándose en la escritura recordarán de un modo externo, valiéndose de caracteres ajenos.  
*Fedro, Platón.*

Hemos “naturalizado” tanto la escritura que hemos olvidado que es ella misma una tecnología -especialmente los detractores de las nuevas tecnologías quienes apelan románticamente al libro, al papel y al lápiz, o incluso a los empastados en cuero. La escritura es producto de la necesidad de objetivar el

---

<sup>7</sup> El carácter ‘novedoso’ de las nuevas tecnologías debe relativizarse. Por un lado, es un término que se viene acuñando hace más de veinte años y, de otro, incluye diferentes ámbitos: la industria, la robótica, la inteligencia artificial, la ingeniería genética, la comunicación satelital, etc.



pensamiento, de resguardar la memoria y comunicar el conocimiento acumulado, a las generaciones jóvenes; tecnología que ha ido depurando sus medios, sus instrumentos, y con ello, al mismo tiempo, transformando las competencias y habilidades cognitivas de las culturas que la adoptaron. La escritura da vigor a la conciencia humana al aportarle un elemento nuevo: la capacidad de distanciarse del mundo para comprenderlo.

De manera muy sintética, podemos decir que alrededor de la escritura se genera un dispositivo de comunicación desde sus herramientas: papel, plumas, lápices, tintas, etc., hasta los mensajes, los cuales, se separan en el tiempo y en el espacio de su fuente de emisión y, en consecuencia, se reciben fuera de contexto. La lectura tuvo que refinar y perfeccionar con el alfabeto y la imprenta las prácticas interpretativas, y los modos de conocimiento teóricos y el pensamiento lógico ocuparon el lugar de los saberes y el pensamiento narrativo y los rituales de las sociedades de tradición oral. La emergencia de una subjetividad centrada en una verdad universal, objetiva y reflexiva sólo podía aparecer dentro de una ecología cognitiva detalladamente estructurada a través de lo escrito, o más exactamente de lo escrito sobre un soporte estático. El libro, se liga profundamente a la historia de la escuela, siendo ésta la principal formadora de sujetos competentes en la “cultura letrada”.

Para Walter Ong los seres humanos funcionalmente escolarizados, son “*seres cuyos procesos de pensamiento no se originan en poderes meramente naturales, sino en estos poderes según sean estructurados, directa o indirectamente, por la tecnología de la escritura. Sin la escritura, el pensamiento escolarizado no pensaría ni podría pensar cómo lo hace, no sólo cuando está ocupado en escribir, sino incluso normalmente cuando articula sus pensamientos de manera oral. Más que cualquier otra invención particular, la escritura ha transformado la conciencia humana*” (1996:81). En efecto, con la escritura, la conciencia humana ganó mayor conocimiento de sí misma, se transformó el habla y el pensamiento y se privilegió el pensamiento lógico. Hoy ya no nos sorprende su poder. Como tecnología ha dejado de ser artificial, se ha naturalizado e interiorizado y esto se debe especialmente al trabajo de la escuela como institución normalizadora de la cultura. Sin embargo, ¿qué tan

adecuadamente se hizo esta “transferencia tecnológica”?, ¿qué tanto se adaptó a condiciones y características idiosincrásicas?. Como se sabe, mientras en otros contextos (en los que se produce) la tecnología aparece tras un proceso histórico cultural que le da sentido a su apropiación, en continentes como el latinoamericano, la escritura se abrió camino desconociendo la cultura oral predominante en muchos sectores y grupos sociales, como el indígena, el campesino y, en general, el popular<sup>8</sup>.

De hecho, la escisión entre estas culturas ha marcado, por ejemplo, un abismo entre el saber científico y el literario, entre el pensamiento lógico y el narrativo. La escuela adoptó la escritura -y sus correlato: el pensamiento lógico-formal- como el proyecto para construir identidad y los no “adaptados” son de alguna forma excluidos, incluso socialmente. Por supuesto, no se trata de hacer una apología a la cultura oral o un desconocimiento del valor de la escrita, se trata de señalar que la segunda se ha convertido en el sistema simbólico hegemónico que se legitimó como válido y como única vía de acceso al conocimiento, excluyendo otras modalidades de expresión de la subjetividad. Una consecuencia adicional fue la división de nuestra sensibilidad para el reconocimiento de los múltiples lenguajes con los cuales el mundo de hoy nos habla. Sobre todo nos hizo ineficaces ante la multiplicidad y variedad de mensajes del ambiente que nos rodea<sup>9</sup>.

Se trata entonces de enfatizar que la pregunta por las tecnologías no es sólo por los objetos o las habilidades técnicas o mentales requeridas. Es, en primer lugar, una pregunta por los sujetos y las transformaciones que se producen en éstos y en las identidades. Estos cambios en la subjetividad también se producen en la sociedad, interpelando a la “cultura oficial” que, como señala J.

---

<sup>8</sup> Desde la Conquista nuestros pueblos tuvieron que adoptar un modelo externo y extraño a sus modos de expresión. De hecho, aprendimos que la verdadera religión e idioma, la que trajo la conquista, nos había permitido el ingreso a la historia universal. El sistema indígena pronto fue catalogado de ineficaz... Las palabras finales del Popol Vuh son elocuentes: “Estas son todas las historias del Quiché y de lo que allí ha pasado; se ha escrito ahora todo esto porque, aunque antiguamente hubo libro donde todo esto constaba, se ha perdido y no hay dónde ver todo esto”. *Popol Vuh* (1997) México: Ed. Porrúa, p. 166.

<sup>9</sup> Cf. Sobre este tema el texto: McLuhan, Eric; Zingrone, Frank (comp.) McLuhan (1998). *Escritos esenciales*. Barcelona: Ed. Paidós, Pp.372.

Ferrés (2000) se siente amanzada y a menudo reacciona a la defensiva aumentando la distancia respecto de la cultura popular. Es, por cierto, una cuestión pedagógica que hoy se nos convierte en una reflexión fundamental ante la presencia de las nuevas tecnologías.

Es más, Joan Ferrés (2000:55) enfatiza en que *“tal vez hoy el cambio más significativo no sea el paso de una cultura de la palabra a una cultura de la imagen -por cuanto la palabra sigue siendo un componente esencial de los mensajes audiovisuales y multimedia-, sino el paso de una cultura lineal y de análisis a una cultura reticular, de la simultaneidad y la síntesis”*. En particular, porque el computador, más que una máquina lógica, es una máquina de simulación de conocimientos, identidades y experiencias. La Internet, la realidad virtual, el hipertexto e hipermedia, son ejes fundamentales de la era de la información, la revolución digital, o la cibercultura<sup>10</sup>, que se convierte en un “hábitat” donde transitan muchas personas y donde se manifiestan cómplices las viejas y las nuevas tecnologías al integrarse en un solo ambiente informático. La cibercultura exige otras maneras de apropiación del sentido y se perfila como una forma novedosa de inteligencia: la “inteligencia colectiva o conectiva”. *“Al igual que ocurrió entonces [con la revolución de la imprenta en occidente, durante la revolución industrial] están produciéndose ahora profundos cambios en la concepción que el hombre tiene de la realidad, del espacio, del tiempo, de sí mismo y de las relaciones sociales”*<sup>11</sup>.

El computador como ámbito para objetivar, representar y simular el pensamiento, se ha convertido en un objeto de investigación transdisciplinar. A

---

<sup>10</sup> Para una introducción al tema de la cibercultura se sugiere el texto: Whittle, David B. (1997). *Cyberspace. The human dimension*. New York: W.H. Freeman and Company. En este libro se hace una revisión de lo que implica el concepto de ciberespacio intentando explorar las implicaciones culturales, éticas y legales de dichos entornos informatizados. También explica en su capítulo dos las características del sistema de comunicación en el ciberespacio, las cualidades específicas del uso del correo electrónico, su lenguaje icónico, las abreviaturas, emoticonos, convenciones, etc. Además presenta el uso de las teleconferencias, los *chats*, la multimedia, entre otros aspectos. En efecto, para una persona novata en el tema, puede ser una introducción que supera los manuales de uso de Internet y sus dispositivos.

<sup>11</sup> Castañeres, W.(1998) “La revolución digital. Individuo y colectividad en el ciberespacio”. En: *Revista de Occidente*, No. 206 Madrid, pág. 7.

diferencia de otros objetos y artefactos creados por el hombre, que eran extensión de su cuerpo, el computador es una prolongación de la mente, convirtiéndolo desde un temido “Frankenstein” hasta la más optimista posibilidad de repensarnos como seres humanos. Cambia la percepción que las personas tienen de sí mismas, del otro, y de su relación con el mundo<sup>12</sup>. El computador conforme penetra en la vida social, desafía no solo nuestras ideas sobre el tiempo y la distancia, sino también sobre la mente. La pregunta no es cómo será el computador en el futuro, sino más bien ¿cómo seremos nosotros?, ¿en qué clase de gente nos estamos transformando?.<sup>13</sup>

Pero centrémonos en el hipertexto como el lenguaje por excelencia de Internet, el lenguaje de la conexión. Como objeto tecnológico (informático) su característica básica, ya lo hemos dicho, es la no secuencialidad, las relaciones entre trozos de información, las opciones de lectura y escritura, y, la interconexión entre diferentes medios (textos, imágenes, sonidos, videos)<sup>14</sup>.

---

<sup>12</sup> Es interesante cómo empieza a aparecer en lo cotidiano cierta “jerga” frente a los computadores, utilizada por niños, jóvenes y adultos, incluso los más resistentes a las tecnologías: “está cansado”, “está pensando”, “está dormido”, “hoy no quiere trabajar” “estoy compilando”, “mi memoria *ram* no me alcanza”, “mi disco duro se fundió”. Este lenguaje lleva una psicología implícita que iguala los procesos que ocurren en las personas a los que ocurren en las máquinas.

<sup>13</sup> Para profundizar el tema del yo y las nuevas tecnologías, sin duda el trabajo de de Sherry Turkle, es fundamental, véase: Turkle Sherry. *El segundo yo*. En: *Informática y Sociedad*. Gutiérrez, C.; Castro Marlene (Comp.). Editorial centroamericana universitaria, Costa Rica, 1987, pp-593-612.

<sup>14</sup> No podríamos dejar de pasar por alto los desarrollos que en la literatura impresa se han hecho por construir hipertextos. En Latinoamérica, por ejemplo, Julio Cortázar en sus novelas *Rayuela* y *62 modelos para armar*, a mediados del siglo pasado, se arriesgaba a la creación de una “contranovela” o “contranarrativa” que aunque no denominó hipertextual, sí rompió la estructura lineal de los textos. En *Rayuela*, por ejemplo, en lugar de una tabla de contenido hay una Tabla de Instrucciones para leer la novela y seguir los capítulos o los números al final de cada una de las tres secciones. De otro lado, se encuentran las “hiperhistorias” del tipo “arma tu propia historia” y “la historia del tiempo”, donde el lector se enfrenta permanentemente a tomar decisiones para avanzar creando en cada una de estas opciones finales posibles.

### 3.4.2. El hipertexto y la reinención de la escritura

Podemos considerar al hipertexto como una metamorfosis de los textos impresos. Su carácter electrónico lo ha revestido de una segunda naturaleza cuya principal consecuencia es la modificación de las concepciones y condiciones de lectura y escritura. El hipertexto como lenguaje de Internet, fluye desterritorializado y conectado, alimentándose permanentemente de nuevos textos (conferencias, imágenes, anuncios, etc.) e integra, cómplice, dimensiones de la cultura oral, audiovisual y escrita. En efecto, los criterios comunicativos cambian y se acercan a los del diálogo y la conversación a través de los *chats* y otros ciberespacios pues hay tantos lectores como lugares virtuales, brevedad, instantaneidad, un nuevo contacto cara-cara mediado por los “emotíconos” o símbolos gestuales de comunicación escrita<sup>15</sup>, etc. Es por ello, que, como plantea Pierre Lévy (1999:40) “*considerar el ordenador sólo como un instrumento más para producir textos, sonidos o imágenes con un soporte fijo (papel, película, banda magnética), niega su fecundidad verdaderamente cultural, es decir, la aparición de nuevos géneros vinculados a la interactividad*”.

La hipertextualización es el movimiento inverso de la lectura al replantear la idea de lector y escritor. El soporte digital facilita nuevos tipos de lecturas (y de escrituras) colectivas, de tal manera que se convierte en un *continuum* extendido entre la lectura individual de un texto preciso y la navegación por vastas redes digitales, en el seno de las cuales, una multitud de personas anota, aumenta, y conecta los textos entre sí, mediante enlaces. De este modo, el hipertexto multiplica las ocasiones de producción de sentido y permite enriquecer considerablemente la lectura, a través de un navegar rápido e intuitivo<sup>16</sup>.

---

<sup>15</sup> Un ejemplo de los emotíconos en los *chats* son expresiones como: ☺ ;- ) ☹ :-x :-p

<sup>16</sup> La lectura de las enciclopedias clásicas ya era hipertextual, actualizaba diccionarios, índices, léxicos, atlas, tablas, etc., todos ellos como instrumentos de orientación. Sin embargo, el soporte digital aporta una diferencia considerable en relación con los hipertextos anteriores a la

La preferencia contemporánea a hipertextualizar los documentos se puede definir como una tendencia a la indistinción, a la mezcla de las funciones de lectura y escritura, al lector-escritor y aún más, el traslado al espacio de la colectividad y la conectividad. El hipertexto trae a la cultura una ruptura con las ideas de jerarquía, centralidad y autoridad. Para G. Landow (1995) el hipertexto no permite una única voz tiránica. Más bien, la voz es la que emana de la experiencia combinada del enfoque del momento, de la lexia (unidad completa de sentido: texto, imagen, sonido, video) que se está leyendo y de la narrativa en perpetua formación según el propio trayecto de lectura, lo cual significa que el lector nunca queda encerrado dentro de ninguna organización o jerarquía.

Desde el punto de vista del lector, el navegador participa, al redactar o, al menos, al editar el texto que lee, pues es quien determina su secuencia final; desde el punto de vista del escritor, el navegador se puede convertir en autor no ya recorriendo una red preestablecida, sino participando en la estructura del hipertexto y creando nuevos vínculos. Según Pierre Lévy *“los lectores no sólo pueden modificar los vínculos, sino añadir o modificar los nodos o lexias, conectar un hiperdocumento a otro o trazar vínculos hipertextuales entre una multitud de documentos. Es como si la virtualización contemporánea cumpliera el destino del texto, como si saliésemos de una cierta prehistoria y la aventura del texto se acabara de iniciar, como si, en definitiva acabáramos de inventar la escritura”* (1999:46-47). En un sentido optimista las tecnologías de la hipertextualidad permiten continuar la hominización, como plantea P. Lévy y, en consecuencia, nos posibilitarían un mayor despliegue y potencia de lo humano. Éste es pues un punto de reflexión para la pedagogía y que discutiremos posteriormente.

---

informática: la búsqueda de los índices, el uso de instrumentos de orientación, el paso de un enlace a otro se hacen a una gran velocidad, del orden del segundo. Por otro lado, la digitalización permite asociar en un mismo medio y mezclar sutilmente sonidos, imágenes animadas y textos.

Las investigaciones sobre el uso educativo y pedagógico del hipertexto, en su carácter más cognitivo, le otorgan su mayor potencial en tanto sistema representacional: representación de un dominio de conocimiento a través de una red (conceptual o semántica) y de las posibles rutas de aprendizaje de los estudiantes. Se señalan entre otras fortalezas: a. su potencial para desarrollar pensamiento asociativo, relacional, b. La integración significativa de viejos y nuevos conocimientos; c. el crecimiento de la autonomía en el aprendiz; d. la suma de diferentes medios o perspectiva multidimensional y polifónica y, e. el desarrollo de habilidades de búsqueda, acceso y almacenamiento eficiente de información. Estas potencialidades se han observado tanto en el uso de Internet con propósitos educativos, como en el uso de hipertextos didácticos para el aprendizaje de campos específicos de conocimiento<sup>17</sup>.

Los críticos y menos optimistas con los hipertextos cuestionan principalmente su poca incidencia en el desarrollo del pensamiento lógico, reflexivo y abstracto. Para éstos, los jóvenes desarrollan una “hipermente” constantemente sometida a la superficialidad, a la velocidad, al estímulo visual y sonoro, disminuyendo, en general, el pensamiento crítico y las habilidades para comprender e interpretar datos. Se le señala negativamente su recurso a la emotividad, a la sensibilidad, más que a la razón. El lenguaje conceptual es substituido por el lenguaje perceptivo, considerado más pobre no sólo por la disminución en el número de palabras, sino en cuanto a la riqueza de significados<sup>18</sup>.

---

<sup>17</sup> Cf: Jonassen, David (1993). “Hypertext Principles for Text and Courseware Design”. En: *Educational Psychologist*, 21(4),269-292.

J Jonassen, David H.; Wang, Sherwood (1993). “Acquiring structural knowledge from semantically structured hypertext”. En: *Journal of Computer-Based Instruction*. Vol. 20, No. 1, pp. 1-8.

Rueda Ortiz, Rocío (1998). *Hipertexto: representación y aprendizaje*. Bogotá: Tecné- Funorie.

<sup>18</sup> Campbell, Robert J. (1998) “HyperMinds for Hypertimes: the demise of rational, logical thought?” En: *Educational Technology*. Vol. 38, No. 1, New Jersey, Pp. 24-31.

Sartori, Giovanni (1998). *Homo Videns. La sociedad teledirigida*. Madrid Ed. Taurus.

Entre estos polos se encuentra hoy el hipertexto, en parte como generador de ámbitos de exploración de la subjetividad y de transformación cultural, a través de la autonomía y la polifonía de voces, y en parte, como propiciador de una cultura de mentes “superficiales”, no comprometidas, irreflexivas. ¿Qué camino tomar en la escuela?. Quizás podamos arriesgar nuevas preguntas. ¿Por qué pedirle al hipertexto que desarrolle pensamiento lógico, reflexivo, cuando precisamente va contra su naturaleza tecnológica?. Recordemos que emerge en contraposición al libro impreso, a la escritura lineal y su correlato, el pensamiento lógico. El hipertexto, al descentrar el texto y posibilitar “redes infinitas de lexias” que se alimentan permanentemente, está abriendo paso a otra modalidad de pensamiento narrativo. No es coincidencia la gran cantidad de literatura, impresa y electrónica, sobre la “hiperficción” como una modalidad expresiva contemporánea que invita a explorar la imaginería, a revivir las figuras retóricas de la narración oral, para seducir y captar los públicos. Más que un argumento lógico y verdadero, el hipertexto promovería relatos y narraciones. Para Landow, uno de los principales optimistas del hipertexto, éste es una máquina poética, que trabajará por analogía y asociación, que captará la brillantez de la imaginación humana, acercando ciencia, tecnología y arte.

Sin embargo, si ante el desarrollo tecnológico emerge el nuevo gran relato de la superación absoluta del presente, consumido en las promesas de la novedad y ruptura tecnológica, es importante que no olvidemos los tránsitos anteriores entre las culturas orales, escritas y audiovisuales, lo que ganamos y lo que perdimos en cada uno de estos desplazamientos. Es urgente que pensemos si desde nuestros contextos culturales particulares, desde nuestra idiosincrasia, desde nuestros “destiempos” o “hibridación cultural”, podemos apropiarnos críticamente tales tecnologías. Si los ambientes hipertextuales, más que una modalidad lógica de pensamiento, posibilitan una modalidad narrativa<sup>19</sup>, la pregunta es ¿qué debemos narrar ante la inminente

---

<sup>19</sup> Según J. Bruner, hay dos modalidades de funcionamiento cognitivo, y cada una de ellas brinda modos característicos de ordenar la experiencia, de construir la realidad: la paradigmática o lógico- científica y la narrativa. Aquélla basada en la argumentación, convence



globalización?. ¿Cómo podemos hacer una ‘resistencia’ a estas tecnologías que nos permitan recuperar nuestras memorias culturales, construir identidades imaginadas, o marginales, y narrar versiones y lecturas del pasado y de hoy para comprender el presente y futuro de nuestros pueblos?. Sí, un primer paso es aprender a usar las computadoras para los usos con que fueron pensadas en otros contextos, y un segundo paso, sin duda, es apropiarlas para comprendernos y narrarnos, la clave, estará entonces, en tomar el original importado como energía, como potencial a desarrollar a partir de los requerimientos de la propia cultura: *“sin olvidar que a veces la única forma de asumir activamente lo que se nos impone, será al antidiseño, el diseño paródico... Y en todo caso cuando el rediseño no puede serlo del aparato podrá serlo al menos de la función”* (Barbero, Jesús M. 1998a:255).

Veamos pues a continuación con mayor profundidad cuáles son los alcances y los vacíos que la investigación pedagógica y educativa ha señalado sobre el uso de hipertextos en procesos de enseñanza-aprendizaje. Nos referimos por supuesto a una revisión sobre el estado de la cuestión, que nos permitirá comprender hasta dónde ha logrado penetrar dicha tecnología a la escuela.

### **3.4.3. Estado de la cuestión sobre el hipertexto educativo.**

Frente al hipertexto se pueden reconocer dos líneas que aunque pertenecen a campos diferentes convergen en los puntos centrales. Desde la literatura el hipertexto rompe con las estructuras narrativas secuenciales y es visto como una forma de escribir alternativa a los textos convencionales, en donde se proponen diferentes caminos de lectura y se establecen relaciones entre diferentes partes del texto, planteando así una lectura no-lineal. Con la

---

de su verdad, mientras ésta de su semejanza con la vida, de su verosimilitud. Cf. Bruner, J. (1988). *Realidad Mental y mundos posibles*. Barcelona:Ed. Gedisa.

incorporación del computador a la enseñanza de la literatura, ha tomado gran fuerza lo que se ha llamado la 'hiperficción', a modo de nueva forma narrativa que es posible gracias al desarrollo de la tecnología del hipertexto y la hipermedia.

Y desde el campo de la informática –de la mano de los desarrollos de la ciencia cognitiva-, el hipertexto se reconoce como un dispositivo tecnológico (software) que permite la interacción entre nodos de información de diversa índole: textuales, gráficos, visuales, sonoros. El término hipertexto aparece en el campo de la informática y además es en donde ha suscitado mayores desarrollos tecnológicos e investigacionales, aunque es evidente también la integración de las dos perspectivas (literaria e informática) en los trabajos de teoría literaria o de teoría crítica contemporánea.

Se presentará una revisión del estado de la cuestión en el tema del hipertexto educativo como dispositivo informático (no sin antes hacer un breve recorrido por su desarrollo en el campo de la literatura), que recoge, siguiendo una línea cronológica, las investigaciones que sobre el tema se han realizado desde su aparición en el mundo educativo, a finales de los ochenta, hasta los estudios más recientes del presente siglo<sup>20</sup>. Posteriormente se expondrá el estado de la investigación en Colombia, ubicando el origen del presente estudio. Por último se hará una recapitulación destacando las principales conclusiones sobre el tema.

#### a. El hipertexto en la literatura.

El hipertexto en el campo de la literatura, es conocido como una estrategia, o una metodología de escritura y de lectura, cuyo concepto básico es un texto concebido en fragmentos y vínculos que le permiten al lector una navegación

---

<sup>20</sup> Es importante aclarar que no se presenta la totalidad de las investigaciones encontradas. Se han seleccionado las más representativas e indicadoras de las tendencias temáticas. En todo caso, en la bibliografía están las referencias de las que aquí aparecen en el cuerpo del capítulo como otras que pueden ser de utilidad para quienes estén trabajando en el campo.

no lineal y por lo tanto interactiva (Pisani, Francis. 1994). Los orígenes de tal tipo de escritura, en el contexto literario, se remontan, en el caso latinoamericano, a los años cincuenta, a las novelas (o contranovelas) de Julio Cortázar como *Rayuela* y *62 Modelo para Armar*, donde Cortázar rompe con la lectura convencional del esquema secuencial de éstas, rechaza el orden cerrado y busca la apertura: cortar de raíz toda construcción sistemática de caracteres y situaciones.

Incluso, se afirma que la experiencia del hipertexto ya se había conceptualizado antes de que éste apareciera como tal, ejemplo de ello son los planteamientos de Derrida y su idea acerca de la de-construcción, y de Barthes con su sueño de un texto infinito de redes relacionadas no jerárquicamente (Landow, G. 1993).

Al nivel de soporte impreso, hoy en día, ha tomado fuerza, sobretodo en la literatura fantástica, los libros del tipo: "construye tu propia historia", hipertextos en los que los lectores crean sus personajes y deciden el destino de éstos y de la historia misma, a través de juegos que se proponen desde el texto; ejemplo de ello son los *Cuentos para Armar* de la editorial española *Tinum Mas*. Pronto será una forma natural de expresión tal como ya lo es para los jóvenes que tienen una cultura visual más desarrollada y viven en un universo fragmentado (Pisani, Francis. 1994).

Y están por supuesto, los desarrollos actuales donde se logra integrar la tecnología con la literatura en la *hiperfiction*, o *interactive fiction* que es una nueva forma narrativa, posible únicamente a través del computador, y concretamente a través de los desarrollos tecnológicos del hipertexto y la hipermedia (Coover, R. 1993). El software *Storyspace* y el *Izme Pass*, ambos en plataforma Macintosh, son los programas más frecuentemente utilizados, los cuales permiten al usuario construir 'textos electrónicos', siendo herramientas muy potentes para establecer relaciones entre nodos de información (texto, sonido, video) y la creación de vías alternativas de navegación.

En este sentido, se encuentran los desarrollos de la narrativa electrónica o la narrativa de la ficción. A mediados de los 80 el software desarrollado en el *storyspace* por el novelista Michael Joyce llamado *Afternoon* marca una importante evolución en la narrativa interactiva. Esta transformación de la escritura en la literatura empieza a tener un interés en la innovación pedagógica y en el uso apropiado de las nuevas tecnologías para la escritura. La ficción interactiva parece enriquecer la experiencia literaria en los estudiantes, lo cual estimula tanto a profesores como a estudiantes a repensar la literatura y la escritura y a reformular las relaciones entre estos dos dominios (Moulthrop, Stuart; Kaplan, Nancy; 1992). De hecho, existen ya programas académicos o cursos de literatura y escritura utilizando el hipertexto electrónico en Austria, Denmark, Inglaterra, Escocia, Japón, Noruega, en la Universidad de Nueva York, en la Universidad de Yale, en la Universidad de Rochester y en la Universidad Iberoamericana de México, entre otras (Coovert, R. 1993).

Finalmente, se destaca el trabajo de George Landow, profesor de la Universidad de Brown quien desde 1985 viene desarrollando el proyecto *Intermedia* en el que establece un paralelismo entre la teoría crítica literaria contemporánea (literaria y semiológica) y los desarrollos tecnológicos hipertextuales, en el sentido de que aquella "*promete teorizar el hipertexto mientras éste promete encarnar y, así, demostrar varios aspectos de la teoría, sobretodo los relativos a textualidad, narrativa y a los papeles o funciones del lector y escritor*" (Landow, G.; 1995: 14).

Después de retomar los trabajos que ya se habían adelantado sobre hipertextos en la poesía y sobretodo en la narrativa de ficción, el proyecto *Intermedia* involucra a docentes y estudiantes de pregrado y postgrado mediante un trabajo de colaboración en un curso de literatura y de poesía victoriana. En él los estudiantes pueden hacer contribuciones de cuatro tipos:

- 1). La lectura, en la que el lector desempeña un papel más importante en la determinación de los trayectos de lectura que en el caso de un libro tradicional,

- 2). La creación de nexos entre documentos del sistema,
- 3). La redacción de documentos de texto y su conexión con otros, y
- 4). La creación de documentos gráficos y su conexión con otros documentos.

El concepto de colaboración se extiende a la concepción misma del tratamiento de los documentos dentro del sistema, de manera que, por una parte, cualquier documento situado en un sistema en red que soporta materiales electrónicamente conectados existe la colaboración potencial con todos y cada uno de los documentos presentes en el sistema. Y de otra parte, cualquier documento electrónicamente conectado con otro colabora con él.

Con esta investigación, Landow plantea una reconfiguración de la educación literaria en el contexto contemporáneo. Uno de los principales efectos del hipertexto electrónico, como dispositivo pedagógico, didáctico, es el cuestionamiento de las nociones convencionales del enseñante y del estudiante -de la misma manera que afecta a las del lector y del escritor- y de la institución en que se desenvuelven. Concretamente al estudiante se le otorga un papel más activo y de responsabilidad en el acceso a la información, secuenciarla y extraer significados de ella. En cuanto al papel del enseñante éste transfiere parte de su autoridad y poder al estudiante y le otorga mayor juego en el trabajo interdisciplinario con posibilidad de elaboración de materiales y de investigación colectiva.

Se reconfiguran también las estructuras de los cursos en el ámbito curricular, los tiempos y modos de estudio, al igual que las tareas y métodos de evaluación. En especial se destaca el hipertexto como “material didáctico en expansión” pues sus características de facilidad de conexión, capacidad de preservación y accesibilidad, hacen del hipertexto un recurso no solamente didáctico, sino también una herramienta de investigación, en tanto su naturaleza integradora del medio, junto con su facilidad de manejo, son una forma eficiente de integrar en las clases las investigaciones realizadas dentro

de un curso. Por ejemplo, se pueden establecer nexos entre la información con la que se esté trabajando y otros textos primarios, estadísticas, análisis químicos o materiales audiovisuales de procedencia *on-line*. En este sentido, el hipertexto conecta y entreteje materiales de distintos niveles de dificultad y especialización, fomentando tanto la exploración como el aprendizaje autorregulado.

A diferencia de otros materiales, el hipertexto plantea la posibilidad de accesibilidad más allá de la disponibilidad; es decir, los nexos, que son la esencia del hipertexto, representan un modo muy adecuado de acostumbrar a los estudiantes a establecer relaciones entre los contenidos que examinan. En este sentido, el hipertexto presenta un componente fundamental del pensamiento crítico que consiste en el hábito de buscar las diversas causas que inciden en un único fenómeno, o acontecimiento, y luego evaluar su peso relativo.

#### b. El hipertexto en el campo de la informática.

Los orígenes del hipertexto se le conceden a la propuesta de Vannevar Bush<sup>21</sup> quien hacia 1945 propone un principio relacionado con la manera como pensamos, proyectado en un dispositivo imaginario que denominó *Memorex*. *"La concepción de Bush acerca del pensamiento humano es su naturaleza asociativa, la cual debe relacionarse con la naturaleza asociativa de los dispositivos tecnológicos de almacenamiento y recuperación de información. Por lo tanto no es la estructura secuencial del texto ni de las bases de datos la*

---

<sup>21</sup> Cuando un elemento se encuentra a su alcance, salta instantáneamente al siguiente, que viene sugerido por la asociación de pensamientos según la intrincada red de senderos de información que portan las células del cerebro. La memoria, en definitiva, es transitoria... El ser humano no puede albergar la esperanza de replicar este proceso mental de manera artificial, pero sí debe ser capaz de aprender de él e, incluso, mejorarlo en algunos detalles menores, puesto que los archivos confeccionados por el ser humano tienen un carácter relativamente permanente. No obstante, la primera idea que se puede extraer de esta analogía está relacionada con la selección, pues la selección por asociación, y no por indexación puede ser mecanizada. Vannevar Bush (2001). "Cómo podríamos pensar". En: *Revista de Occidente* No. 239, marzo, p. 42. (Publicado originalmente en 1945 en *Atlantic Monthly*).

que se ajustaría al modo de pensar del ser humano. Por el contrario, el desafío tecnológico se ubica en la organización de sistemas como redes asociativas de unidades de información" (Maldonado, L. F. 1993: 11).

El Hipertexto, como dispositivo tecnológico en el computador, que con su manejo electrónico o virtual de la información, hace posible la navegación instantánea entre fragmentos, entre unas palabras (o imágenes) dentro de un fragmento, y cualquier otra parte del texto "*tiene su origen en los desarrollos de Douglas Englebart, quien desde comienzos de los años sesenta dedicó sus esfuerzos al desarrollo de un sistema basado en computador que pudiera mejorar la capacidad intelectual del ser humano*" (Fidero, Janet; 1988: 238). El sistema desarrollado por Engelbart es considerado como el primer sistema de hipertexto, que inicialmente se llamó *On Line System* y posteriormente *Augment*. Entre los avances aportados por este proyecto están:

- El acceso no secuencial de información, el uso del *mouse* como instrumento para mejorar la velocidad del sistema,
- El concepto de filtro de visión que permite tener una percepción abreviada de una frase o un archivo para mejorar la velocidad de acceso a un documento examinando sólo los datos pertinentes y
- El concepto de ayuda dependiente del contexto completada con el uso de íconos. El sistema *Augment* ha sido usado para compartir información por investigadores para el diseño de proyectos.

Sin embargo, quien acuñó la palabra hipertexto fue Theodor H. Nelson "*para significar con ello la escritura no lineal. Nelson ha liderado desde 1960, el proyecto Xanadu, con el objetivo de desarrollar un sistema universal de edición*" (Nelson, H. T.; 1988: 225). Se pensó como un sistema que mucha gente pudiera usar y a través del cual pudiera tener acceso a diversas formas de información como películas, videos, grabaciones de sonido o gráficas. Estas son algunas de sus propiedades: conexiones entre los diferentes nodos de información; expansión continua, útil no sólo para obtener información, sino

para que los usuarios incluyan sus ideas; también es capaz de presentar estrategias de inclusión de documentos dentro de nuevos documentos en una construcción progresiva conservando la identidad de las partes según su proveniencia, lo cual introduce una forma diferente de uso y referencia de documentos, al tiempo que introduce una estrategia nueva de organización de archivos.

Una característica del hipertexto, según Nelson (1988), es que permite ser modificado localmente en orden a satisfacer las necesidades individuales del aprendiz. El hipertexto crea múltiples vías (estructuras, campos o alternativas) para que los lectores con diferentes intereses puedan decidir su propia secuencia de presentación, basada en sus estilos preferidos de lectura y de los requerimientos particulares de información.

Pask (1990) encontró que algunos estudiantes prefieren trabajar serialmente, a través de un nodo cada vez, mientras que otros trabajan muchos nodos simultáneamente, en una especie de lectura holística. Esta experiencia demuestra que prevalecen diferencias individuales en los procesos de lectura y aprendizaje. Acomodarse a esas diferencias es el propósito del hipertexto, ya que este sistema de presentación permite al usuario decidir la 'lógica' de la lectura. Con el hipertexto, los lectores no están restringidos a seguir la estructura de la materia en cuestión, o la lógica de la secuencia con que el autor concibió el tema. De acuerdo con Nelson (1988), cada estructura de conocimiento en cada sujeto, es única, basada tanto en experiencias y capacidades individuales, como en formas particulares de acceso, de interacción y de interrelación con el conocimiento. La integración de nueva información a la estructura de conocimiento es un proceso individual. En consecuencia, es el texto el que debe acomodarse al lector, y no al contrario. El hipertexto debe permitir hacer más personal y más significativa la lectura.

Otros autores han aportado otra visión acerca del hipertexto a modo de un libro dinámico (*dynamic book*) que trasciende el orden lineal del texto tradicional para que cualquiera de sus partes sea accesible a través de patrones de búsqueda individuales. El libro dinámico incluye búsquedas por índices



alfabéticos tradicionales, por títulos, subtítulos, pudiendo integrar los usuarios patrones de búsqueda adicionales, lo cual las hace más personales y útiles.

En cuanto a los tipos de hipertextos Nelson (1988) identificó tres tipos de estructuras hipertextuales:

- El básico, que provee elecciones al lector, como notas a pie de página ya que es una posibilidad de enlazar textos marcados con un asterisco de tal manera que el lector puede ir inmediatamente (electrónicamente) al tema marcado y volver de la misma forma al texto inicial.
- El hipertexto colateral incluye componentes de anotaciones o textos paralelos. Permite al usuario hacer comparaciones de ideas rápidamente a través de varias pantallas, por ejemplo, el *Stretchtext*, es una forma de hipertexto que puede cambiar continuamente y es análogo a la estructura de atención selectiva de las diferentes partes de un periódico, la cual depende de nuestros intereses o necesidades. Este tipo de hipertexto es tal vez el más difícil de implementar.
- Y el gran hipertexto que consiste en que cada cosa acerca de una materia es coleccionada en un sistema particular. Aquí el usuario puede leer según sus propósitos en cualquier dirección. Las explicaciones pueden ser lineales o paralelas, inductivas o deductivas.

Respecto a los desarrollos de software hipertextual se debe mencionar el libro electrónico e hipertexto sobre patología en el sistema "PLATO". En el todas las partes de la base de conocimiento son accesibles desde cualquier otra parte; los estudiantes pueden adicionar información o comentarios acerca de cualquier contenido. Otros ejemplos son las enciclopedias electrónicas cuyo rasgo principal es ser un sistema dinámico, por lo que la información en la base de datos puede ser organizada, actualizada y personalizada (Cf. Jonassen, David. 1991).

Estos desarrollos tecnológicos se sustentan en los estudios contemporáneos realizados desde la psicología cognitiva y desde la teoría del procesamiento de la información, en los que se plantea que los seres humanos pensamos por asociación de imágenes e ideas, estilo que difiere en mucho de la forma de organización y ordenación de las bases de datos tradicionales. Específicamente los estudios sobre organización semántica de la memoria pueden ser considerados hoy como un marco conceptual que orienta el proceso de diseño de sistemas de hipertexto en función del aprendizaje (Maldonado, Luis F. 1993).

En cuanto al diseño y desarrollo de hipertextos y concretamente de los llamados libros electrónicos, Charles Kreitzberg (1989), resalta la importancia de diferenciar la presentación de la información en un *hyperbook* y en un texto impreso ya que aquél requiere de una mejor forma de organizar y acceder al conocimiento. En este contexto existen proyectos como *The Interactive Encyclopedia of Jewish Heritage* y el *Hypertext ¡Hands-On!*, desarrollados en una estructura jerárquica y que en síntesis plantean las siguientes cuatro reglas de organización de la información (*just enough*):

- Identificar el dominio de discurso y establecer un contexto. El significado depende en gran medida del contexto en que se encuentre una idea.
- Identificar el conocimiento pre-existente que el individuo requiere para una comprensión completa del texto. Hacer tal conocimiento disponible a través de uniones (*links*) que le permitan al lector acceder a éste en un proceso de recuerdo de la información significativa.
- Presentar la información en secuencia lógica, que no dependa necesariamente del contexto.
- Identificar detalles con los cuales el individuo pueda obtener información en la presentación inicial.

La investigación de tipo etnográfico realizada por Peter Heywood (1988), estudió los efectos del empleo del hipertexto en la enseñanza. Dentro de sus hallazgos se constató que los estudiantes incrementaron su productividad en la realización de sus trabajos finales, debido a que iban incorporando a lo largo del año diversas informaciones a su trabajo de investigación. En cambio, las limitaciones que se le encontraron al hipertexto fueron las dificultades que puede generar dependiendo de la manera en que haya sido diseñado y estructurado, por lo cual la información a los usuarios debe ser organizada dentro de una estructura consistente y explícita para así facilitar su comprensión.

En síntesis las deficiencias evidenciadas por las investigaciones sobre el uso del hipertexto en los 80 se refieren a que:

- No hay evidencias significativas de que se logre mayor aprendizaje a través del hipertexto.
- Para algunos usuarios de hipertexto hay ambigüedad y 'caos' en cuanto a la navegación en la información. La navegación en el hipertexto genera desorientación.
- En general, el ingeniero no es consciente del modelo de usuario en el diseño del hipertexto.
- Los estudios que comparan grupos entrenados en hipertexto con grupos novatos mostró la importancia de que el usuario sea consciente de la estructura hipertextual, lo cual permite mayores niveles de apropiación, y disminución de los niveles de ansiedad e incertidumbre que genera en principio el hipertexto.

A partir de estas deficiencias y críticas al hipertexto, a principios de la década de los 90, la investigación se dirigió hacia un mayor conocimiento de la navegación y la desorientación (*lost in hyperspace*).

D.G. Hendry y T.T. Carey (1990) investigaron las estrategias que las personas utilizan en la navegación de un texto hipertextual, así como la comprensión de tareas. Básicamente, el objetivo de su estudio, fue comprender el proceso de navegación en un hipertexto, particularmente su potencial en una experiencia de aprendizaje, y ver cómo la estructura hipertextual afecta a la comprensión del contenido de un texto. Las preguntas que se hicieron estos autores fueron: ¿cómo la gente navega a través de un documento hipertextual?, ¿en qué difiere la navegación entre un texto lineal y un texto hipertextual?, ¿cómo se construye la estrategia de navegación? y ¿qué impacto, positivo o negativo tiene ésta?. De otro lado, se estudió el tipo de navegación que realizan las personas cuando se les pide solamente "ojetear" (*browsing*) el documento y cuando se les pide leerlo para 'estudiar' y ser evaluado posteriormente a través de un test.

En cuanto a los resultados se puede destacar que los usuarios de hipertextos no tuvieron desventajas significativas (en cuanto a la desorientación), respecto de los que leyeron un el texto lineal. El recuerdo de los nodos-títulos sugiere que los usuarios de hipertextos pueden ser hábiles en el uso de los títulos como estrategia de navegación, aspecto que fue confirmado con los protocolos verbales. Además mostraron que las estrategias utilizadas en el "ojetear" son diferentes a las de 'estudiar', sin embargo, éstas no difieren en los patrones de acceso a nodos. Con los protocolos también se logró observar que las instrucciones inciden fuertemente en el tipo de navegación, por ejemplo, los sujetos definían su estrategia de navegación de acuerdo a la información que consideraban que sería evaluada posteriormente.

Estos autores recomiendan utilizar como guía de navegación un mapa del hipertexto, ya sea gráfico, o una tabla de contenido, puesto que con los protocolos se encontró que algunos sujetos comentaban su frustración por la carencia de esta ayuda, fundamentalmente, cuando habían sufrido situaciones de pérdida en la navegación.

Pascual Cantos (1991), desarrolló la experiencia de ELAO -enseñanza de lenguas asistida por ordenador-, en donde se destacan los siguientes aspectos

del hipertexto: *"Configura un entorno donde el usuario puede considerar aspectos diferentes, aunque complementarios, del mismo concepto, utilizando las facilidades ofrecidas; el alumno puede adquirirlos por medio de la experimentación. Se pueden ensamblar diversos procesos de aprendizaje a través de potentes interfaces de usuarios"* (Cantos Pascual; 1991:18). Adicionalmente, destacaba que con el hipertexto, el usuario, al observar la información, tiene la posibilidad de conocer exactamente las uniones o relaciones que un apartado temático tiene con otro, lo que nos lleva a plantear que en el proceso de aprendizaje, el alumno adquiere conocimientos por medio de la navegación, por medio de la experimentación, o por medio de la simulación de un sistema.

En el primer caso, se puede seguir la estrategia de preparar el material didáctico incluyendo varias alternativas para acceder a la información, de acuerdo con la destreza del usuario, preferencias del mismo y capacidad de aprendizaje. El aprendizaje en este caso se da por el descubrimiento de la estructura del tema o asignatura. La estructura se constituye por las ideas fundamentales y por las relaciones o esquemas del tema o asignatura, es decir, por la información esencial.

En el segundo caso, se le pueden plantear al alumno ciertas cuestiones prácticas donde no siempre ocurre que a un cierto estímulo siga una respuesta determinada. Así, al contestar, el estudiante, se introduce en el desarrollo de una acción donde adquiere el conocimiento por medio de la experimentación. Y en el caso del aprendizaje por simulación, el hipertexto puede utilizarse para realizar y ejecutar simulaciones extraídas de la realidad, con el objetivo de que éstas (que incluyen observar e imitar modelos) surtan efecto en el aprendizaje del alumno<sup>22</sup>.

---

<sup>22</sup> Un estudio posterior realizado por Enrique Verdegay y Gines Ruiz Bueno, (1992) encontró que los hipertextos tienen su principal campo de aplicación en aquellas actividades de la enseñanza que requieran que el estudiante se sienta libre para tomar decisiones y más aún puede ser un medio para estimularlo a que les tome. Por otra parte, el hipertexto puede no ser tan interesante para aquellas actividades que sean simples ejercicios repetitivos para instalar una determinada conducta o conocimientos. Finalmente, destacan que los programas de hipertexto no son la única forma de transmitir información y que no se deben olvidar los textos

Bloomfield y Johnson (1993), posteriormente, estudiaron la identificación de las relaciones cognitivas. Se plantearon encontrar las relaciones que tuvieran consistencia y el significado para los usuarios cuando realizan una búsqueda por espacios de información. Estos autores retomaron la investigación realizada antes por Ehrlich, Passeraut y Personnier (1982), quienes estudiaron cómo la jerarquía de conceptos en un texto provee un contexto en el cual el lector toma un lugar, (decide una ruta de navegación), y genera expectativas sobre los próximos nodos de información. A partir de ésta idea, Bloomfield y Johnson, realizaron un experimento para determinar si los sujetos pueden ver relaciones entre piezas de información, independientes del contenido y si estas relaciones son útiles en la navegación hipertextual.

Los resultados de este estudio mostraron que los sujetos establecieron algunas relaciones descriptivas entre párrafos. Sin embargo, algunas de éstas fueron: o superficiales por la similitud de los textos, o claves, usualmente incorrectas, de relaciones entre párrafos. Dos de los sujetos de la experimentación anotaron que esto se debió al desconocimiento del texto completo, por lo cual, en el próximo experimento se les presentó a los sujetos el documento completo. También identificaron, por una parte, un tipo de uniones (*links*) que establecieron los usuarios de acuerdo con el significado de los textos, con la intención de facilitar el uso de las relaciones entre piezas de información, lo que se convirtió además en una guía de navegación y comprensión de los sistemas hipertextuales.

De otra parte, encontraron que las actuales herramientas de navegación de los hipertextos eran inadecuadas por lo cual fue necesario establecer uniones que hiciesen cada vez más transparente la estructura del hipertexto. A partir de la identificación de estas relaciones se replanteó el diseño de hipertextos y otros sistemas de información en la navegación y comprensión de documentos.

---

clásicos para ciertos alumnos con un estilo de aprendizaje muy determinado y quizás sean más apropiados para la adquisición de nuevos conocimientos.

En el estudio de Rolland Viau y Jacques Larivee (1993) se creó un prototipo de un texto multimedial interactivo sobre el que exploraron las relaciones entre la ejecución de los aprendices y el uso de herramientas disponibles de aprendizaje, por ejemplo, el glosario y el mapa de navegación. También investigaron los efectos del conocimiento previo en el uso de texto escolares (impresos y multimediales) y la ejecución de los aprendices. Entre sus hallazgos se destaca que en el caso de los textos multimediales interactivos los niños utilizan en mayores ocasiones las herramientas del sistema para asegurar la ejecución de tareas<sup>23</sup>.

Por su parte, Stephanie B Gibson (1993) analizó las diferencias fundamentales entre un texto impreso y un hipertexto para plantear cambios en la pedagogía. Encontró que el hipertexto altera radicalmente las estructuras jerárquicas tradicionales dentro de un sistema de escritura entre el autor y el lector. El hipertexto ocupa al usuario en actividades cualitativamente diferentes a las del texto impreso y permite en cada persona un acceso tanto para producir como para decodificar conocimientos. Además no tiene una jerarquía de ideas, por lo que despliega una estructura dinámica por oposición a la estructura estática de los textos impresos. Otra implicación pedagógica que se señala es que con el hipertexto el profesor puede abandonar algunas medidas de control, alterando así la relación entre el profesor y el alumno. Los profesores ya no determinan quién leerá, qué tipo de textos, cuándo y en qué profundidad<sup>24</sup>.

Sin embargo, también se destacan algunos problemas de la tecnología hipertextual. Uno se refiere a que el hipertexto puede ser programado para

---

<sup>23</sup> Un estudio similar pero con jóvenes universitarios realizado por Ronald Nowaczyk y April D. Snyder (1993) se centró en la navegación en sistemas hipertextuales en estudiantes no graduados de la universidad de Clemson (Carolina del Sur) comparando un sistema de navegación de un hipertexto con un sistema de acceso lineal. Los resultados mostraron que tanto las percepciones del usuario como sus ejecuciones fueron más favorables dentro del sistema hipertextual.

<sup>24</sup> En este sentido, un estudio posterior de Allen Calvin H. (1994), discutió el uso de aplicaciones computarizadas con hipertexto en la enseñanza -instrucción- de la historia. Describe el desarrollo de un curso de *Historia del Islam* desarrollado en el ambiente *hypercard* en un curso de primaria y con actividades de aprendizaje cooperativo. Los resultados no presentan ventajas de los ambientes hipertextuales sobre la enseñanza convencional.

conducir al lector tal como lo hacen los textos tradicionales. El hipertexto codifica una nueva forma de ver el mundo, que puede fomentar una participación más genuina de los estudiantes, y en consecuencia, a replantear las diferentes relaciones de la autoridad académica. Para esta autora, la emergencia del hipertexto implica un cambio pedagógico que tiene que ser visto por los educadores examinando su impacto al mismo tiempo que sus inconvenientes.

Michael Jacobson y Rand Spiro (1993) cuestionaron el uso de sistemas hipertextuales para el aprendizaje de conocimientos según los resultados relacionados con los prerrequisitos cognitivos para el aprendizaje conceptual de un tema. El estudio fue conducido para investigar ambientes de aprendizaje basados en el hipertexto y para la instrucción de una estructura de dominio complejo. El tratamiento experimental incorporó muchos rasgos derivados de la reciente teoría cognitiva del aprendizaje, que se tradujo en la presentación del material instruccional en múltiples contextos y en diferentes facetas del conocimiento. Pues bien, los principales resultados del estudio revelaron que aunque el control de la instrucción lleva a una alta ejecución, el tratamiento a través de hipertextos promueve superiores niveles de transferencia de conocimiento. Estos hallazgos sugieren que los ambientes de aprendizaje con hipertexto presentan estructuras de conocimiento que demuestran relaciones explícitas entre conceptos abstractos y casos específicos, si bien en múltiples contextos, se deberá mejorar la preparación de los estudiantes para usar el conocimiento de nuevas maneras y en nuevas situaciones.

Por su parte, David H. Jonassen y Wang Sherwood (1993), plantearon que los hipertextos, como otras tecnologías tales como las bases de datos y los sistemas expertos, se basan en conocimientos. Esto es, el contenido de la materia es almacenado en una base de conocimiento que es estructurada por un modelo de datos particular; este modelo de datos define la organización de la información contenida en la base de conocimiento, y a su vez, esta organización define las relaciones lógicas entre las unidades de contenido en la base de conocimiento. Por tanto, la lógica implicada por la organización, en



cada tipo de modelo de datos, varía con la clase de relaciones que éste comprende.

La creencia de que el hipertexto puede imitar las redes asociativas humanas implica que un método apropiado para la estructuración del hipertexto es un espejo de una red semántica en una experiencia de ingeniería de conocimiento experto. La hipótesis general de sus estudios es que al 'mapear' la red semántica de un experto, dentro de una estructura de un hipertexto, se contribuye al desarrollo de estructuras de conocimiento de los aprendices si usan el hipertexto para aprender. Las tareas instruccionales son normalmente más predecibles en su integración dentro de la estructura de conocimiento, siendo probablemente lo más determinante en el aprendizaje la conciencia, aceptación y entendimiento de los requerimientos de la tarea o resultado del aprendizaje. En los estudios anteriores se encontró que los usuarios no son conscientes de cómo aprenden en el hipertexto.

En consecuencia, estos autores resaltan que un problema significativo en el aprendizaje desde el hipertexto es la integración de lo que está siendo adquirido desde la mirada global, *browsing* dentro de la estructura de conocimiento del aprendiz y la reestructuración de esas dos estructuras. Por tanto, es necesario proveer integración y organización de actividades en orden a asegurar el aprendizaje. Las redes semánticas se pueden utilizar para ayudar a los aprendices a realizar dicha integración, así como favorecer procesos de reestructuración. En conclusión, se plantea que el hipertexto no es necesariamente apropiado para tareas de aprendizaje altamente estructuradas tal como lo han sugerido. De hecho, no se puede esperar que, sólo navegando a través del hipertexto, sin proponer tareas de aprendizaje, el usuario logre altas cotas del mismo.

De otro lado, los aprendices están generalmente más familiarizados con el software instruccional por lo cual se sienten desubicados en el uso de

hipertextos, lo que implica generar más guías de navegación y orientación<sup>25</sup>. Así mismo, las diferencias individuales aumentan en la interacción con un hipertexto. Los sujetos independientes de campo, generalmente, prefieren imponer su propia estructura que acomodarse a la presentada en el hipertexto; sin embargo, parece ser que los independientes de campo son mejores procesadores de información hipertextual.

En este sentido, Hui Lin Chi y Gayle Davidson (1994) estudiaron las implicaciones de la organización del contenido y el estilo cognitivo con relación al diseño de hipertextos, especialmente los efectos del tipo de estructura -enlaces o relaciones- en la ejecución de los dependientes e independientes de campo y sus actitudes. Para el estudio se tomó una muestra de 139 estudiantes divididos en dos grupos -independientes y dependientes de campo- y se tuvieron en cuenta las siguientes condiciones: se utilizaron hipertextos con diferentes estructuras, uno de enlace lineal, uno de enlaces jerárquicos, uno de enlaces jerárquicos y asociativos, uno de enlaces asociativos, y uno con enlaces aleatorios.

Los resultados rechazaron la hipótesis de la interacción entre los tipos de estructura de enlace y los tipos de estilos cognitivos. Los sujetos independientes de campo tuvieron mejores actuaciones que los dependientes de campo y tendieron además a tener mejores actitudes hacia su propia actuación. Es posible que la pérdida de soporte para la hipótesis se deba a problemas de procedimiento metodológico lo que requeriría de un estudio posterior.

Eileen E. Schroeder (1994) investigó cómo los mapas o las ayudas gráficas -mostradores, *browsers*- de una estructura de conocimiento permiten al usuario de un sistema hipertextual navegar desde un nodo a otro a través de una estructura tal y como visualiza espacialmente las uniones entre conceptos.

---

<sup>25</sup> De hecho, Jai W. Rojewski y otros (1994) encontraron que en general los sujetos prefieren el estilo lineal de los programas instruccionales al del hipertexto y que no hay diferencias significativas en el logro académico o en las habilidades de solución de problemas cuando se utiliza un hipertexto.

Este estudio examinó los resultados de usar dos ayudas gráficas que proveen diferentes cantidades de información acerca de la estructura de conocimiento, siendo comparado el uso de las ayudas gráficas con las “palabras calientes” que se presentan en los textos instruccionales, pero sin una estructura explícita.

Los resultados no fueron evidentes en referencia a que los estudiantes internalizaran la estructura de conocimiento provista por las ayudas gráficas. Los estudiantes que tenían un alto conocimiento previo mostraron un gran incremento en su estructura de conocimiento. El uso de palabras calientes mostró un logro bajo, y la habilidad verbal no fue un factor determinante en la mayoría de las variables. Parece ser, en suma, que los usuarios de hipertextos requieren de una experiencia extensa para llegar a estar confortables y ser expertos dentro del sistema.

Michael Mack (1995) realizó un estudio exploratorio para introducir el hipertexto como un componente de instrucción dentro del aula y en el marco de la escuela pública. Los tratamientos lineales y no lineales de un mismo texto fueron empleados en un surco de información para tareas de aprendizaje suplementarias previamente definidas por el profesor. En la versión no lineal, el hipertexto utiliza numerosas gráficas de selección que llevan al estudiante a que cualquier punto seleccionado presente la lección, conduciéndolo hacia nuevas informaciones con la posibilidad de retornar al punto inicial de elección o de salir de la lección.

La versión lineal presenta todas las pantallas en una secuencia predeterminada, y solamente tiene opciones de continuar la secuencia o retrocederla de una en una o salir de éstas. La ejecución de los estudiantes fue evaluada en tarjetas de actividad. No se encontraron efectos principales significativos, o interacciones, en ninguna de las variables dependientes. Un análisis post exploratorio reveló efectos significativos acerca del género y las

actitudes hacia la organización de la información. Los niños recordaron la lección (tanto lineal como no lineal) de forma más organizada que las niñas<sup>26</sup>.

Manfred Thüring, Jörg Hannemann y Jörg Haake (1995), señalan que a partir de la relación entre cognición e hipertexto es importante distinguir dos clases de aplicaciones: una consiste en “maravillosas nubes” de información de los que se obtienen los conocimientos; otras son las bases de datos, o *hyperbases*, que pueden ser exploradas libremente por el lector, siendo su fuerte la búsqueda y recuperación de información. Y por último, más directamente dirigida a la resolución de problemas, nos encontramos con los documentos electrónicos o *hiperdocuments* que intencionalmente guían a los lectores a través de un espacio de información, controlando su exploración entre las líneas predefinidas por la estructura; su fuerte está referido a las tareas que requieren entendimiento o comprensión y aprendizaje. Pues bien, fue un segundo tipo de aplicaciones, la comprensión y el aprendizaje, en donde, se centró el mencionado estudio. Para ello los autores se fundamentaron en los planteamientos de la ciencia cognitiva acerca de la comprensión de textos, que es caracterizada muchas veces como la construcción de un modelo mental que represente los objetos y las relaciones semánticas entre ellos. La “lecturabilidad” de un documento es definida como un esfuerzo mental en el proceso de construcción de la representación. Por lo que plantearon, en consecuencia, que para incrementar la lecturabilidad de un hipertexto se deben tener en cuenta dos factores cruciales: la coherencia como una influencia positiva de la comprensión y el “gasto cognitivo” como una influencia negativa de la misma.

Los estudios empíricos en los textos lineales indicaron que el establecimiento de coherencia a escala local y global es facilitado cuando un documento está dentro de un conjunto bien definido y provee claves retóricas que reflejen las

---

<sup>26</sup> Un estudio similar, realizado este mismo año por Christopher R Wolfe (1995) describe técnicas para la creación colectiva colaborativa de hipertextos por los estudiantes. El autor sostiene que las metas que los estudiantes se plantean en un curso con hipertextos incluye el desarrollo y promoción de habilidades de pensamiento crítico y facilita al estudiante el aprendizaje directo. Los resultados de la experiencia señalaron que los estudiantes reaccionaban a las lecciones de manera bastante positiva.

propiedades estructurales<sup>27</sup>. Aplicando estos resultados a los hiperdocumentos nos encontramos con que el autor debe proveer claves para ambos tipos de coherencia, a los dos niveles, es decir, al nivel de los nodos (dentro de los nodos) al nivel de la red (entre los nodos). Al nivel del nodo los diseñadores de hipertextos pueden recurrir a las usuales habilidades de lectura. Por ejemplo, incrementar el nivel de coherencia local por la explicitación de las cláusulas e incrementar la coherencia global por la adición de oraciones dentro de los párrafos de los capítulos.

En el nivel de la red, sin embargo, para establecer coherencia dentro de los nodos, se pueden proveer unas claves en el hipertexto que sean claves paralelas para la coherencia local y global en los textos tradicionales. Para estos autores cuando se trata de incrementar la coherencia local al nivel de la red, es necesario limitar la fragmentación típica de un hipertexto, pues ésta puede llevar a una pérdida de interpretación del contexto y dejar la impresión de que el hiperdocumento es una adición de piezas de información perdidas y unidas en lugar de un todo completo. En este sentido las preguntas o problemas a resolver en el diseño de un hipertexto, han sido esquematizadas de la siguiente forma (Vid. Fig. 1 en la siguiente página).

Finalmente, en este quinquenio se encuentra también la investigación realizada por Manuel Fernández, A. de la Villa, C. M. Alonso y D.J. Gallego (1996) que probaron el uso de hipertextos para la enseñanza de la geometría diferencial. Para ello utilizaron el programa "Hypercard" y "Mathematica" de Mascintosh. donde representaron gráficamente las ecuaciones e incluyeron ejemplos animados, como películas creadas con *Micromind Director* y llamadas desde *Hypercard*.

---

<sup>27</sup> Las investigaciones de Michael J. Jacobson y Rand J. Spiro (1995) en ese mismo año basados en la teoría de los ambientes de aprendizaje que proveen dominios de instrucción complejos y con baja estructuración, encontraron, sin embargo, que el tratamiento de la información a través de el hipertexto promueve una transferencia de conocimiento superior. Un año más tarde en 1996, estos mismos investigadores utilizaron ambientes de aprendizaje basados en hipertexto con temáticas diferentemente estructuradas, con diversos tratamientos y con la opción de seleccionar aprendizaje guiado o no. Se encontró que los estudiantes necesitan un modelo explícito y un andamiaje de soporte para aprender estructuras de conocimiento complejas en esos ambientes de aprendizaje.

Adicionalmente, diseñaron una evaluación del software (GEODIF) que cubrió dos campos: la evaluación del software y la evaluación de la reacción junto con la evaluación del aprendizaje. Para la primera se utilizó una guía elaborada por Galvis (1992); para la segunda, se diseñó otra guía teniendo en cuenta diferentes grupos de alumnos que utilizaban el GOEDIF antes, o junto con sus clases magistrales. Para la evaluación del aprendizaje se contó con un grupo de control que utilizaba el GOEDIF como refuerzo de la clase magistral, y con un grupo experimental que lo utilizaba exclusivamente de acuerdo con su propio ritmo de aprendizaje. Las conclusiones a las que se llegó se refieren a que la división del texto escrito en "pequeñas unidades de conocimiento", la construcción del hipertexto y la realización de las diferentes conexiones entre los nodos no ayudaba del todo a los sujetos que no están habituados a pensar de manera no lineal, pues requirieron de un apoyo psicopedagógico.

En síntesis, en la década de los 90, la investigación educativa y pedagógica cobra gran interés, especialmente en tres grandes campos: uno que se podría denominar del aprendizaje y sus correlatos, siendo éstos la construcción de conocimiento, los estilos de aprendizaje, la influencia de los conocimientos previos en el aprendizaje y la autorregulación -o metacognición-. Un segundo campo se refiere a las ayudas que proveen los hipertextos para la orientación y navegación como son los mapas, tablas de contenidos, "palabras calientes" y su incidencia en la mejor comprensión y aprendizaje de los temas. En este mismo sentido se hallan los estudios referidos directamente al diseño de hipertextos. Y un tercer campo que se refiere a la contrastación entre un texto lineal y un hipertexto, y entre hipertextos de acceso lineal, (poca flexibilidad en la navegación), e hipertextos de acceso abierto, (varias opciones de navegación).

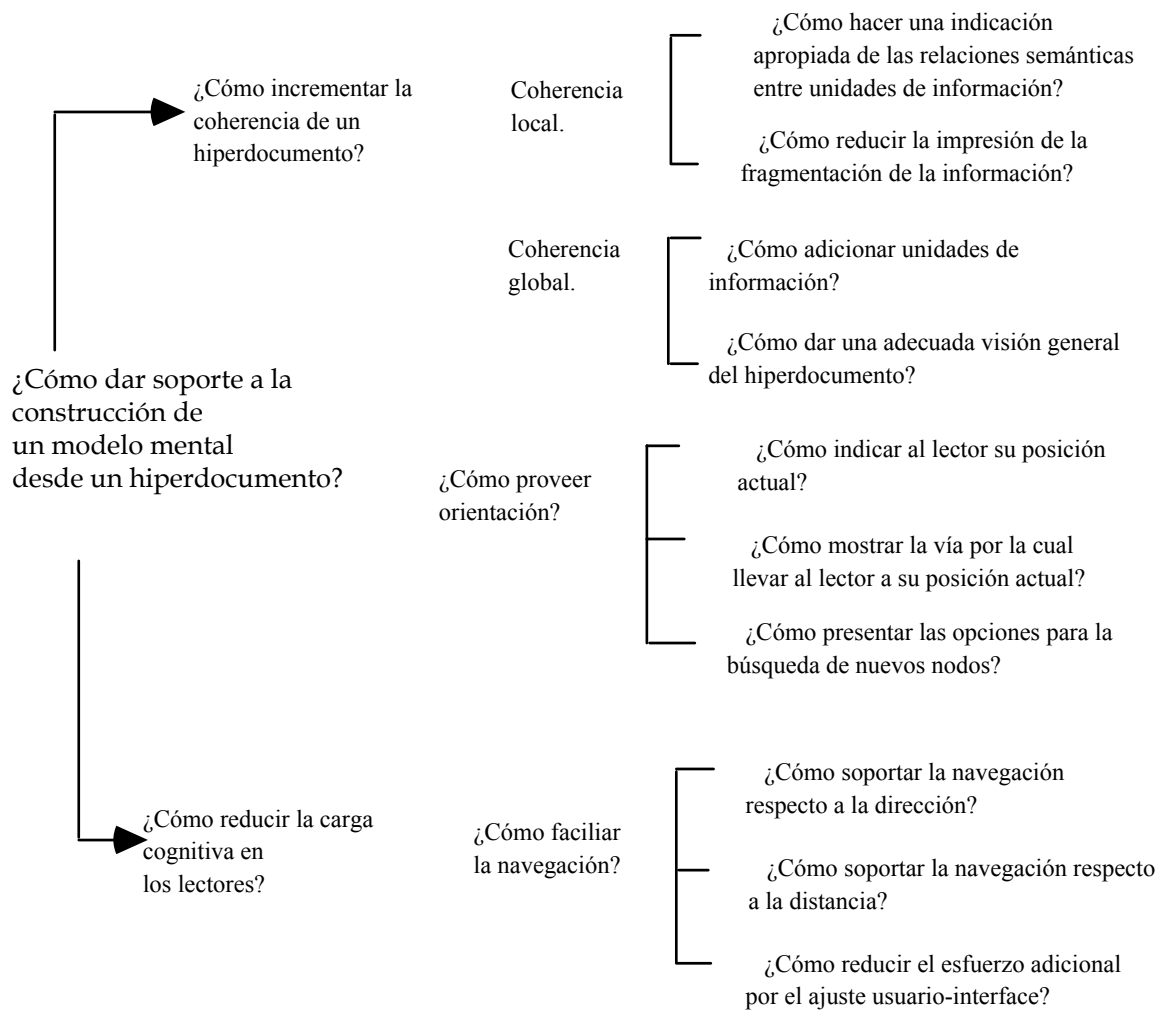


Fig.1 Tópicos a considerar desde una perspectiva cognitiva en el diseño de hiperdocumentos.

Las principales conclusiones a las que se ha llegado en el primer campo, es decir, en el del aprendizaje y sus correlatos, han sido:

- El hipertexto es un dispositivo que permite diseñar software con base a la representación de conocimiento de experto(s) y, en ese sentido, intenta imitar la "forma como pensamos los seres humanos" superando así las bases de datos convencionales.
- No existen diferencias significativas en el aprendizaje a través de textos lineales e hipertextos.

- No se asegura aprendizaje significativo utilizando dispositivos hipertextuales.
- El hipertexto es una herramienta útil para la búsqueda y almacenamiento de información más que para actividades de alto aprendizaje y resolución de problemas.
- Con la sola navegación en el hipertexto no se logran altos aprendizajes; se requiere de pistas o claves que orienten al usuario en su navegación y lo hagan consciente de su aprendizaje.
- Las personas cuyo estilo cognitivo es independiente de campo parecen acomodarse más fácilmente y ser más eficientes en ambientes hipertextuales.
- El uso de plataformas hipertextuales para que los estudiantes diseñen sus propios materiales ha tenido resultados positivos, en cuanto les exige hacerse una representación de cómo van a estructurar el conocimiento y, en consecuencia, hacerlos conscientes de sus propias estructuras de conocimiento.

En el segundo campo, esto es, en el de las ayudas de navegación y la orientación, se encontró que:

- Para gran cantidad de usuarios hay sensación de ambigüedad y caos en la navegación del hipertexto; a dicha sensación se le conoce como *lost in hyperspace* frente a lo cual se han desarrollado herramientas de orientación al usuario como los mapas y *browsers*, cada vez con mayor nivel de sofisticación, evitando en buena medida tanto la ansiedad e incertidumbre como las dificultades de interacción con el hipertexto, lo que repercute en la eficiencia del acceso, búsqueda y comprensión de la información. De hecho, se han venido consolidando propuestas de diseño de los hiperdocumentos que asignan la coherencia local y global, la dirección y distancias en la navegación, y la reducción del gasto cognitivo en la orientación.

Y en el tercer campo, esto es, en el de la linealidad vs. la hipertextualidad, se puede destacar que:



- No se encuentran desventajas significativas en el hipertexto respecto a los textos lineales en cuanto a la orientación de los usuarios dentro de la información.
- Los usuarios de hipertextos tienden a transferir sus experiencias previas con el software instruccional convencional y plantean una interacción de tipo lineal y secuencial con los hipertextos<sup>28</sup>.
- Se requiere de un mayor entrenamiento de los realizadores de hipertextos en la escritura no secuencial. De igual manera es necesario identificar modos de comprobación acerca de si los nodos y las conexiones están bien concebidas.

Finalmente, en los últimos años de la década de los noventa, y a partir del 2000, la investigación continúa con un fuerte énfasis en los procesos cognitivos y en los procesos de aprendizaje iniciándose la discusión sobre el pensamiento crítico y creativo en los ambientes hipertextuales y las implicaciones de la hipertextualidad *on line*, entre otros aspectos<sup>29</sup>.

El estudio de Sigmar Olaf Tergan (1997) que hace una revisión crítica de la efectividad del aprendizaje basado en hipertexto/hipermedia, concluye que la presentación de materiales de estudio desde diferentes perspectivas, en múltiples contextos y en múltiples códigos, no contribuye automáticamente a una alta ejecución y logros, pero ayuda cuando se proveen andamiajes instruccionales. En todo caso, Tergan insiste en que la carga cognitiva adicional de estos ambientes puede disminuir la ejecución y logros de aprendizaje en estudiantes novatos.

---

<sup>28</sup> Jesús Salinas (1996) plantea la discusión sobre lo que se debe entender por interactividad, concepto que típicamente se asocia con las nuevas tecnologías del hipertexto y la hipermedia. Para él es un problema muy grave que se le equipare con oprimir un botón. La interactividad debe involucrar efectivamente al usuario en su proceso de aprendizaje, debe llevarlo a tomar decisiones o resolver problemas, es decir, a tener una posición activa en el uso del hipertexto.

<sup>29</sup> Sin embargo, no sobra anotar que las preocupaciones iniciales por la navegación y la orientación en los ambientes hipertextuales, se mantiene también en este último tramo, por ejemplo, el estudio de Friedrich Hesse y Dagmar C. Unz (1999) estudió los factores internos y externos del aprendizaje en la navegación en un hipertexto, donde se sigue insistiendo en la necesidad de generar ayudas explícitas al usuario que le hagan consciente de la navegación que realiza.

Posteriormente, la investigación de Eom Wooyong (1999), analizó los efectos de una estrategia de aprendizaje en un ambiente basado en el hipertexto-hipermedia. El estudio intentó identificar si las estrategias de autorregulación que los estudiantes ya poseían eran usadas en el aprendizaje con computador, en particular en los ambientes hipertextuales. Los participantes llenaron un cuestionario para medir sus niveles de estrategias de aprendizaje autorregulado y un pre-test para medir su conocimiento previo de la lección objeto de estudio, realizando luego un post test para medir sus logros. Los resultados de esta investigación mostraron que las estrategias metacognitivas y motivacionales fueron las que ejercieron una mayor influencia en el logro del aprendizaje en los ambientes hipertextuales. De ello se desprende que los aprendices deben desarrollar estrategias de aprendizaje metacognitivas y motivacionales antes de usar ambientes hipertextuales.

Por su parte, el estudio que desde la lingüística realizó N. Lacroix (1999) se centró en el análisis del procesamiento macroestructural de múltiples pasajes de textos en dos niveles: la construcción macroestructural –extracción de la información relevante- y la organización –estructuración de la información. Para ello se realizaron tres experimentos en los que se analizó el efecto de varios factores situacionales y textuales en los dos niveles mencionados. A un grupo de estudiantes se le pidió que leyera un conjunto de documentos representados en el formato hipertextual. Tanto las estrategias de lectura como los trabajos escritos fueron analizados. El primer experimento mostró que los encabezados y el formato de representación influye en la construcción y organización macroestructural. Los tres experimentos sugirieron que los sujetos pueden ser caracterizados de acuerdo con la efectividad de su tratamiento en la construcción y organización de la macroestructura. Finalmente el autor concluye que la comprensión del hipertexto involucra altos niveles de procesamiento cognitivo y asegura la estructuración de múltiples niveles de información textual.

Mark James Stmison (1999) estudió la relación entre metacognición y la interacción con hipertextos. Su presupuesto de partida es que el aprendizaje en hipertexto requiere de habilidades metacognitivas más que el texto lineal, fundamentalmente en lo que se refiere a las actividades de monitoreo o seguimiento del usuario. Para ello realizó dos experimentos. En el primer experimento las diferencias individuales en las habilidades cognitivas fueron incluidas en dos juicios de medida, (juicio de aprendizaje, con asociación de pares de palabras y juicio de confianza retrospectivo de un test de evaluación general), y dos medidas subjetivas (*the metacognitive awarness inventory*). De una muestra de 116 participantes la mitad leyó textos lineales y la otra mitad usó hipertextos; se encontró que las habilidades metacognitivas se produjeron desde el hipertexto y no desde el texto lineal. En otro experimento se le presentó a un grupo una versión hipertextual que contenía preguntas que activaban el monitoreo y la toma de conciencia de lo que se estaba leyendo; al otro grupo no se le planteaban preguntas. Los resultados mostraron que fueron mayores los aprendizajes en el grupo que utilizó el hipertexto y que respondió a las preguntas. Se vuelve a destacar aquí que la simple navegación en un ambiente hipertextual no asegura mayor aprendizaje ni toma de conciencia del mismo.

En una dirección similar al anterior, el estudio de Aukse Balcytiene (1999) mostró que la actividad cognitiva, cuando los lectores usan hipertextos, se orienta a la construcción de interpretaciones, a apreciar múltiples puntos de vista y a construir conocimiento por sí mismo. Se encontró que, en general, todos los estudiantes tienen una ganancia en las actitudes de aprendizaje, sin embargo, un análisis más detallado mostró que los estudiantes con bajo conocimiento previo se beneficiaron más que aquellos que tenían alto conocimiento previo. Se encontraron además los siguientes tres patrones de lectura: a) lectura sistemática, b). lectura sistemática vs. lectura exploratoria, y c). lectura exploratoria según las preferencias individuales. Además, según el comportamiento lector en el hipertexto, los estudiantes se dividieron en dos grupos: los llamados auto-regulados y los aprendices dependientes de claves. Pues bien, parece ser que la información presentada con el hipertexto puede ser más beneficiosa para aquellos sujetos autorregulados, quienes además

utilizan sus habilidades metacognitivas y son capaces de disminuir el nivel de ansiedad. En efecto, es el estudiante autorregulado quien gana conocimiento desde un programa hipertextual.

Por su parte, el estudio de Jean-Francois Rouet y J. M. Passerault (1999) analizó los métodos “en-línea” para la investigación hipermedia. Estos métodos permiten hacer un seguimiento del recorrido, análisis e interpretación de la interacción de un aprendiz en un hipermedia por lo cual se consideran altamente valiosos en los procesos educativos. Sin embargo, concluyen que el estudio empírico de la interacción del aprendiz con un hipermedia debería complementarse con los estándares generales de la investigación empírica (p.e., explicitar hipótesis y controlar las condiciones del estudio), pues tal y como están previstas las actuales investigaciones, es muy difícil prever el desempeño de los aprendices en dichos entornos.

El trabajo de Heater Sims (1999) se muestra como uno de los más optimistas frente al uso del hipertexto. Su estudio en instituciones de educación secundaria le hacen plantear que uno de los beneficios del uso de ambientes hipertextuales en la escuela es el mejoramiento cualitativo de los procesos de lectura, pues lleva a los estudiantes a pensar relacionamente y no linealmente, por lo que incrementan habilidades de pensamiento crítico. Esto favorece también el establecimiento de conexiones entre un material, a través del currículo, y a relacionar lo que ellos están leyendo con sus conocimientos y experiencias previas. Con la escritura en un ambiente hipertextual, los estudiantes son capaces de llegar a ser autores, de manera individual y colectiva, teniendo un control activo sobre su material de lectura. Adicionalmente, los ambientes hipertextuales permiten la integración de elementos multimedia: video, gráficos, sonidos, textos, etc., y tienen también la capacidad de dar a los estudiantes un acceso instantáneo a textos y referencias completas citadas en otros trabajos.

La habilidad para establecer relaciones entre textos, que a primera vista parecieran no estar relacionados, es una emergente forma de análisis, ya que ayuda a los estudiantes a mirar los textos en diferentes direcciones,

convirtiéndolos en pensadores más críticos; otro elemento que favorece el pensamiento crítico se refiere al hecho de que los estudiantes tengan que tomar decisiones. Esta interacción activa entre el lector y el texto lleva al lector a pensar más profundamente sobre el texto, logrando una mejor comprensión y una mejor perspectiva crítica. Esta perspectiva es mayor si los estudiantes crean hipertextos por su propia cuenta.

El hipertexto, además, incrementa el pensamiento crítico y la solución de problemas puesto que lleva a los estudiantes a un aprendizaje por descubrimiento. Los lectores buscarán sus propias rutas de pensamiento, sus respuestas a sus preguntas, sin la guía de un profesor o de un libro de texto, ya que de hecho, la estructura de un hipertexto lleva a los estudiantes a crear sus hipertextos personales, conteniendo enlaces con información que puede ser útil. Una manera en que los profesores pueden ayudar a los estudiantes a tomar ventaja de las capacidades relacionales de un ambiente hipertextual es llevándolos a crear enlaces relevantes con los textos de otros compañeros. Esta puede ser una actividad significativa para los alumnos pues al mismo tiempo los lleva a desarrollar habilidades de pensamiento crítico, que son necesarias para ser productores de sus propios hipertextos.

Finalmente Sims concluye que el crecimiento de las tecnologías es acelerado, por lo que las próximas generaciones deben estar preparadas para tomar ventaja de todos los beneficios que las tecnologías proveen, ajustándose al nuevo rol que están requiriendo. Aunque el hipertexto se está utilizando en las escuelas secundarias principalmente, pronto empezará a llegar a los niveles primarios, lo que implica afirmar que si las anteriores generaciones aprendieron a leer linealmente, los niños de hoy aprenderán a leer no secuencialmente, y a pensar independiente y críticamente desde una perspectiva multidimensional y multimodal. Con la multidimensional aprenderán a relacionar materiales, y con la multimodal a construir conocimiento desde medios diversos (textos, sonidos, imágenes, etc). Otro aspecto, es la creación de ambientes colaborativos. Los niños colaborarán con sus pares y con niños de otros lugares del mundo. Este amplio rango de colaboración removerá los límites del aula de clase y cambiará

la manera como entendemos la comunicación; experiencias de este tipo ya se encuentran tanto en la Unión Europea, como en América Latina.

Por último, el proyecto de diseño e investigación *Hypertexto* adelantado por Luis Pérez Álvarez y otros (2000) hace un análisis del tránsito del hipertexto como guía de navegación al hipertexto como procesador de información. El *Hypertexto* es una versión informática desarrollada en la Universidad de Oviedo en la que es visto como procesador de información. El *Hypertexto* es una herramienta de procesamiento que selecciona, de cualquier información, los contenidos importantes, los relaciona a través de oraciones enlace y los concreta en ejemplos; dichas relaciones pueden ser de igualdad, semejanza y analogía, contraste y antítesis, subordinación, inclusión, parte/todo, exclusión, contigüedad, causa/efecto, etc. De esta forma, los autores pretenden ir configurando una especie de red, cuya tendencia es ramificar y, así, integrarla en la memoria permanente o memoria a largo plazo, de manera más funcional y significativa. Hasta ahora se están probando unidades de estudio con los estudiantes de dicha Universidad.

#### c. Experiencias de investigación y producción de hipertextos en Colombia.

Solamente mencionaremos aquí las experiencias que, desde el campo de las nuevas tecnologías de la información, estén abordando directa o indirectamente, la temática de la hipertextualidad (multimedialidad, hipermedialidad). En consecuencia, trabajos como los adelantados por Álvaro Galvis, sobre ambientes lúdicos, en la Universidad de los Andes, o los de Martha Vitalia en la Universidad Industrial de Santander (UIS), sobre formación de docentes en informática educativa, o los de Octavio Henao, de la Universidad de Antioquia, sobre la producción de software educativo para las didácticas específicas, o los de Luis Facundo Maldonado, en la Universidad Pedagógica Nacional, sobre software educativo con carácter lúdico e inteligente, no se consideran puesto que su especificidad temática e investigadora si bien se pregunta por los procesos de aprendizaje, no lo hacen desde la hipertextualidad y desde su particular “naturaleza”.

En el país se conoce el trabajo desarrollado por la Universidad Pedagógica Nacional en la producción de hipertextos en ciencias sociales, dirigidos a adultos líderes del sector popular. Dicho proyecto, en el marco de la *Escuela de Liderazgo Democrático de la Corporación Viva la Ciudadanía*, considera la incorporación de las nuevas tecnologías de la información, en particular, los hipertextos multimedia, como un componente didáctico, junto con módulos impresos y sesiones de tutoría. El proyecto desarrolló tres CD-ROM (Derechos humanos, Ética y Moral; Estado y Sociedad Civil y Pensamiento Político Democrático), aunque, sólo se realizó una validación piloto con un grupo pequeño de líderes por lo cual no se puede dar cuenta de su efectividad en el proceso formativo.

El Proyecto “Colegio Piloto del Futuro” en Medellín, es una experiencia adelantada desde el municipio. Es una propuesta de proyecto integral para actuar en el sistema educativo, por lo que se está trabajando sobre la autopista electrónica escolar y un colegio piloto del futuro. Éste es un centro de educación donde se utilizan las tecnologías más avanzadas para la pedagogía, audiovisuales, multimedia y simulación. Adicionalmente hay una propuesta de diseño arquitectónico. El proyecto de la autopista permite interconectar todas las instituciones educativas con las secretarías de educación, el Consejo Municipal y finalmente con Internet y permite poner al alcance de la comunidad los cambios tecnológicos. Se espera que el docente sea investigador y cree sus propias propuestas. Este proyecto arrancó en 1995, conectando 150 instituciones, si bien se aspira a conectar todos los establecimientos educativos de Medellín. De este proyecto aún no se conocen resultados que den cuenta de cómo se están mejorando los procesos de enseñanza y aprendizaje, ni exactamente cómo se han asumido los ambientes hipertextuales.

El Proyecto *Conexiones* pretende lograr un impacto en la educación básica, concretamente en los procesos de enseñanza–aprendizaje a través de ambientes basados en la informática. Para ello se diseñó el *Pachamama*, que, a través de diferentes ambientes, introduce al alumno en el mundo de las comunicaciones, posibilitando la conexión con otros niños del departamento y

del mundo. Los maestros y los estudiantes realizan proyectos en colaboración. Actualmente hay 30 instituciones públicas conectadas, a las cuales se les hace un proceso de capacitación y acompañamiento. Las ventajas para el proceso de aprendizaje que producen estos ambientes tecnológicos colaborativos, se pueden sintetizar en: a). permiten formas de aprendizaje más abiertas, menos estructurados, respetando el propio ritmo y necesidades de cada cual; b). facilitan la colaboración en la construcción del conocimiento; c). promueven las actitudes de respeto, aceptación de las ideas del otro y sometimiento a crítica de las propias; d). la labor docente es más flexible y centrada en el progreso individual; e). permiten incorporar diversas alternativas metodológicas en el mismo sistema (Zea, Claudia; González Castañón, Miguel, et al: 1998).

En especial, se destaca que el aprendizaje en colaboración o cooperativo implica que los estudiantes se ayuden mutuamente a aprender, compartan ideas y recursos, y planifiquen conjuntamente el qué y el cómo estudiar. Los profesores no dictan instrucciones específicas pues más bien permiten a los estudiantes elegir y variar sobre lo esencial de la clase y las metas a lograr, facilitando así su participación en su propio proceso de aprendizaje (Trujillo, V. John:1998)

El trabajo adelantado desde la Universidad del Valle, se ha centrado en el desarrollo de un Modelo para la Comprensión de Hiperdocumentos (Valencia, Ma. Eugenia y Bustamante, Alfonso: 1998), el cual, como su nombre indica, ha venido explorando la manera como los hiperdocumentos facilitan o no procesos de aprendizaje. Han aportado, en particular una profundización sobre el concepto de saturación cognitiva en los proceso de lectura.

El *periódico electrónico hipermedial*, adelantado por Antonio Quintana, et. al (1998) constituye una aproximación importante a los procesos de lectura y escritura en un entorno hipermedial. En dicho proyecto, se parte de construir un dispositivo informático -el periódico hipermedial- en base a la metáfora del proceso de construcción de un periódico -impreso-, que se le adicionan las condiciones de la hipermedialidad tales como la escritura no secuencial y la integración de diversos medios: texto, audio y vídeo. La investigación se realizó



sobre las incidencias en la generación de estrategias cognitivas, en el desarrollo de competencias lectoescritoras y en la caracterización del problema retórico.

El periódico electrónico hipermedial (PEH) es un programa de computador que permite a los escolares de educación básica secundaria y media, la realización de sus periódicos o revistas escolares en un ambiente electrónico con características hipermediales. El ambiente electrónico significa que las composiciones de los estudiantes se crean (redactan), revisan (editan) y leen en el computador. Hipermedial, hace referencia a la posibilidad de utilizar diferentes medios: texto escrito, vídeo, audio y gráficas que se encuentran relacionados o enlazados de manera coherente integrando un solo documento llamado Hiperartículo.

El concepto de periódico aporta la presencia de tres componentes fundamentales con papeles claramente definidos: el escritor, o redactor que produce los hiperartículos, el lector que los lee, y comenta las publicaciones, y el equipo editor que cumple las funciones de vigilancia y de activación del sentido pedagógico del dispositivo (PEH).

En cuanto a los resultados del estudio, se encontró, entre otros aspectos, que los estudiantes poseen estrategias cognitivas iniciales de redacción no sistemáticas y que la estrategia fundamental es la de generación y redacción sin atender a la planificación del texto. Al emplear el sistema se identifican el uso de estrategias implícitas en el modelo (p.e., la estrategia de organización a través del mapa), pero no se actualizan todas las que potencialmente se esperaban.

El elemento que representó la mayor utilidad durante el proceso de escritura fue el “mapa conceptual”, que actúa como organizador y dinamizador de la actividad escritora. El producto posibilita también de manera eficiente la autoría de hiperartículos generándose un trabajo cooperativo a diferentes niveles. Finalmente, en los usuarios noveles del Periódico, se encontró que existían

rasgos de estructuración de argumentaciones, pero no se planificaban ni se consideraban conscientemente.

La investigación adelantada por Rocío Rueda (1997) se interesó por comprender los procesos cognitivos generados a partir de la interacción con un hipertexto, así como describir y caracterizar tanto la representación de conocimiento como el aprendizaje. Para tal efecto, se desarrolló un hipertexto sobre el tema de ecología dirigido a estudiantes de 6º y 7º grado. En este estudio se encontró, entre otros aspectos, que no hay una copia especular de la red de conocimiento de experto en los procesos de aprendizaje de los niños, y que a pesar de la homogeneidad en el grado escolar y en las edades, los niños y niñas construyeron diferentes tipos de representaciones a partir de la interacción con un mismo dispositivo hipertextual. Así, por ejemplo, en algunos sujetos primaron más los conocimientos previos sobre los contenidos tratados en el hipertexto; en cambio, en otros, por el contrario, la información nueva, desplazó casi en su totalidad a la anterior; el tipo de relaciones entre conceptos, en algunos casos, se correspondió con la representación de conocimiento del experto y, en otros, aparecieron relaciones erróneas. Adicionalmente, se logró identificar regularidades en el proceso de interacción con el hipertexto, es decir, aparecieron unas rutas homogenizables de navegación y de las representaciones que los niños construyeron en su interacción con el hipertexto.

En suma, los proyectos reseñados han utilizado programas de autoría multimedia: *hypertalk* para sistemas Macintosh y *Toolbook*, *Micromind Director*, *Authorware*, entre otros, para sistemas PC y además han contado con la infraestructura profesional y tecnológica para su desarrollo. Pero ¿qué pasa con la mayoría de las instituciones educativas que sólo cuentan con las dotaciones estatales y con los programas de funcionamiento básico como son las herramientas de propósito general (integradas en el paquete Office 97)? ¿Qué cultura informática escolar se vive en tales instituciones? ¿Cómo pueden los maestros empezar a incorporar la hipertextualidad, que más que los aparatos tiene que ver con las transformaciones en los modelos de lectura y escritura convencionales? ¿Hasta dónde se conoce el hecho que tales

programas básicos ofrecen la posibilidad de generar diseños hipertextuales y aún hipermediales tanto en versión CD-ROM, como en versión html?

Si bien es cierto que en Colombia se han iniciado algunas experiencias educativas sobre el uso de hipertextos e hipermedia, muchas de ellas todavía se encuentran en la fase de producción tecnológica más que investigadora; por otra parte se carece de estudios que den cuenta de cómo se incorporan estas tecnologías de la hipertextualidad, con sus respectivos lenguajes y narrativas, a los procesos de enseñanza y aprendizaje; y en especial, tampoco existe investigación en la que se involucre a los docentes, desde su saber pedagógico, como mediadores, en la apropiación de tales tecnologías, esto es, en los procesos de interacción y construcción de hipertextos con intencionalidad pedagógica y didáctica.

En este sentido, las diferentes investigaciones hasta ahora realizadas en Colombia han dado algunas pistas sobre las posibles transformaciones de los procesos de enseñanza-aprendizaje mediados con tecnologías hipertextuales, habiéndose generado algunos modelos de uso de los hipertextos en entornos educativos; por ello se cree importante retomar el camino adelantado por tales trabajos y avanzar investigacionalmente en experiencias concretas de producción de material pedagógico, que den cuenta de cómo se apropian las tecnologías hipertextuales en el ámbito escolar, desde las actitudes hasta los usos directos.

### 3. 5. Recapitulación

En un intento de recapitulación diremos que en la revisión del estado de la cuestión sobre el hipertexto se ha pasado del énfasis en el estudio de los problemas de navegación y orientación, a los temas propios de la actividad cognitiva y de aprendizaje, hasta abrirse la perspectiva de la investigación del hipertexto en el ambiente *on line*. Sin embargo, aún no hay evidencia suficiente que asegure que a mayor navegación hipertextual nos encontramos con una mayor riqueza en la representación conceptual de un tema. Esta fue la hipótesis inicial que llevó a muchos pedagogos e investigadores a incorporar el uso y producción de hipertextos en el ámbito escolar. De hecho, aún nos encontramos con la fuerte tendencia de los aprendices por la navegación lineal y los diseños instrucciones y secuenciales.

En cuanto al diseño y estructura del hipertexto cada vez se conocen mejores condiciones para su efectividad. Por ejemplo, se resalta la necesidad de que cada fragmento de información dentro del hipertexto sea una unidad de sentido completo para superar los problemas de lecturabilidad, coherencia y consistencia de los textos, (lexias, tramas y trayectos); de igual manera, la realización de un mapa de navegación es una ayuda visual que favorece la orientación en el mismo y evita la sensación de 'ambigüedad' y pérdida en la navegación que suele acompañar a los sistemas hipertextuales.

Las evidencias hasta ahora encontradas no muestran que se logre mayor aprendizaje con el hipertexto, respecto a textos impresos o a hipertextos secuenciales. Los resultados siguen siendo contradictorios y se suele caer en el "espejismo tecnológico", como lo denomina Jesús Salinas (1994, 1996), cuando se tiende a creer que la nueva tecnología resuelve los problemas pedagógicos. Sin embargo, si el ambiente de aprendizaje generado por el

hipertexto incluye el uso de preguntas o claves que hagan consciente al estudiante de su proceso de aprendizaje, junto con el seguimiento que realiza el sistema, se puede convertir en una alternativa pedagógica que replantee el rol del maestro, de los alumnos y favorezca nuevos caminos tanto en la construcción de conocimiento como en la apropiación de un saber. Se destaca, en todo caso, que los usuarios de hipertextos deben desarrollar habilidades cognitivas y metacognitivas que les permitan desempeñarse eficientemente en tales ambientes informáticos.

En este mismo sentido, siguen siendo también interesantes los hallazgos que señalan que la simple navegación en el hipertexto, o el “ojetear” pantallas, no asegura aprendizajes significativos y que, por el contrario, cuando los estudiantes participan en los procesos de diseño y producción desarrollan habilidades de representación de conocimiento y tienen aprendizajes más significativos y críticos. Adicionalmente, los procesos de construcción colectiva de hipertextos generan ambientes colaborativos, de participación y respeto por la multiplicidad de perspectivas frente a un tema.

De otro lado, es evidente que cada vez será más frecuente el uso de hipertexto educativo ligado a Internet o a los ambientes *on line*. Si bien, los hipertextos, en sus primeros años, tuvieron su soporte tecnológico en el CD-ROM, hoy día prácticamente están destinados a desaparecer los materiales que no se encuentren en la *web*. En este sentido, la investigación también tendrá que trasladarse a este entorno mucho más abarcador y complejo que es la red. De la misma manera, los estudios sobre nuevas tecnologías centrados en entornos estructurados y altamente predefinidos tienen que orientarse hacia ambientes desestructurados y caóticos más próximos al carácter no lineal y abierto del hipertexto.

En perspectiva, tal y como Teófilo Neira (2000:7-8) ha señalado, la investigación sobre el uso de hipertextos se orientará, en torno a los siguientes dominios: “1) Narración y escritura. 2) Lectura. 3) Razonamientos y tipos de argumentación. 4) Procesamiento y aplicación de la información. 5) Teorías de aprendizaje. 6) Modelos de enseñanza.

Finalmente, se percibe la ausencia de estudios desde una perspectiva cultural que den cuenta de cómo es el proceso de apropiación de estas nuevas tecnologías en el ámbito educativo y de las actitudes, comportamientos, usos, valores que se generan a su alrededor. En consecuencia, si bien es importante seguir investigando sobre los efectos cognitivos y sobre el aprendizaje de los hipertextos, también es necesario realizar estudios que permitan comprender cómo éstos se incorporan a la cultura, no sólo como dispositivos de aprendizaje, sino en relación con el nuevo campo constituido por las relaciones complejas entre la pluralidad cultural y el contexto comunicacional creado por las nuevas tecnologías.

En este mismo sentido es evidente la necesidad de construir una teoría mucho más abarcadora que facilite unos marcos interpretativos desde campos como la comunicación, la lingüística y la filosofía, que nos ayuden a comprender los cambios que produce la hipertextualidad en el lenguaje, expresado en las transformaciones en la lectura y la escritura, en las maneras de producir sentido y, en consecuencia, generar nuevas perspectivas de pensamiento pedagógico.

En consecuencia nuestro objetivo final será proponer una teoría fundamentadora del hipertexto a fin de que deje de ser una mera expresión tecnológica novedosa y pueda convertirse en un sistema de ideas que oriente y de sentido tanto a los usos como a las apropiaciones y producciones educativas de éste, pues tal y como lo ha planteado Antoni Colom (2002) la investigación educativa ha estado orientada por separado o bien hacia la teoría o bien hacia la práctica, de tal manera que tenemos teóricos que no practican y prácticos que no teorizan. En este sentido es urgente y necesario retornar de alguna manera la lógica a nuestros centros y a nosotros mismos. No es posible mantener por más tiempo esta desvirtuación pedagógica anti natura que sin embargo se va reiterando y reproduciendo en nuestra mismísima cotidianidad. En efecto, hablamos de crear un sustrato de saber desde el cual apropiar y construir conocimiento pedagógico en el escenario de las tecnologías

informáticas. Cuestión que, por cierto, es el objeto de reflexión de esta tesis doctoral y que evidenciaremos más claramente a partir del próximo capítulo.

#### **IV. La teoría de la Deconstrucción: La puesta en crisis de la metáfora de occidente.**

Si revisamos cualquier diccionario, enciclopedia filosófica y aún literaria contemporánea, encontraremos que la *Deconstrucción* es considerada una escuela o corriente filosófica francesa de finales de los 60 que ha tenido gran impacto en el criticismo angloamericano, (en particular en la crítica literaria del norteamericano Paul del Man), bajo la inspiración de su principal exponente y creador Jacques Derrida. En breves palabras diríamos que la Deconstrucción señala la clausura de la metafísica en el pensamiento de occidente y representa una respuesta compleja a la variedad de movimientos teóricos y filosóficos del siglo veinte, especialmente, de la fenomenología husserliana, el estructuralismo de Saussure, y el psicoanálisis de Freud y Lacan.

Siguiendo con nuestro análisis sobre las implicaciones que en la cultura tiene la denominada condición postmoderna, la Deconstrucción es un movimiento teórico, afín con ésta y que estudiaremos en el presente capítulo especialmente a través de la obra de Jacques Derrida. En primer lugar, y como contexto e introducción a su trabajo, haremos un breve recorrido biográfico que nos permita comprender algunos elementos de su trayectoria académica. En segundo lugar, abordaremos la teoría de la deconstrucción, sus supuestos, orígenes y alcances. En tercer lugar, y como correlato del punto anterior, estudiaremos su propuesta gramatológica, como marco para replantear la conceptualización sobre la escritura y el lenguaje en el escenario de las nuevas tecnologías de la información, y en



particular, de la hipertextualidad. Finalmente, cerraremos este capítulo con una breve alusión a la teoría crítica literaria de la mano de Roland Barthes, que si bien no lo podemos considerar deconstructivista, sí se enmarca dentro del movimiento postestructuralista al cual también pertenece Derrida, encontrando por tanto puntos afines en sus teorías del lenguaje. Por supuesto, también vemos en su obra una posible vía teórica para la hipertextualidad.

#### 4.1. La genealogía deconstructiva de Jacques Derrida<sup>1</sup>

“Toda investigación sobre el pensamiento de un filósofo se enfrenta, sin duda, a dos grandes desafíos. El primero reside en la tarea misma de la lectura que se ha de llevar a cabo: tarea ésta siempre inacabable e incapaz de agotar –este es el segundo desafío- la multiplicidad de posibilidades que ofrece el pensamiento, su carácter inevitablemente laberíntico y problemático”.

*Cristina de Peretti*

Jacques Derrida nació en el Biar, Argelia, el 15 de julio de 1930, en aquellos años colonia francesa, (su independencia data de 1962). Muy temprano leyó a Gide, Nietzsche y Valéry. Especialmente a Gide con admiración, fascinación y culto. En los dos últimos años del Liceo empezó a leer a Bergson y Sartre a quienes considera muy importantes como entrenamiento filosófico, y en cualquier caso, como comienzo. Es interesante añadir que para él sus años de liceo fueron terribles. Padeció la enfermedad de la escuela “*school sickness*”, y lo peor dice, es

---

<sup>1</sup> Para la elaboración de este apartado bio-bibliográfico hemos utilizado principalmente las siguientes fuentes:

Bennigton, Geoffrey (1995) “Jacques Derrida”. En: *Contemporary Literature*. Vol. 36, pp. 173-200

Bennigton, Geoffrey (1993) *Derridabase*, Chicago, pp. 131-316

Fullat, Octavi (2002) *El siglo postmoderno (1900-2001)* Barcelona: Crítica.

[Http://habitantes.elsitio.com/hpotel/sobre\\_derrida](http://habitantes.elsitio.com/hpotel/sobre_derrida) Página web mantenida por Horacio Potel.

[Http://sun3.lib.uci.edu/~scctr/Wellek/jacques.html](http://sun3.lib.uci.edu/~scctr/Wellek/jacques.html) Página web mantenida por Eddie Yeghiayan de la Universidad de California, Irvine.

[Http://www.hydra.umn.edu/derrida/content.htm](http://www.hydra.umn.edu/derrida/content.htm). *Jacques Derrida Online*. Página mantenida por Peter Krapp (1995-2000)

Cortés Morató, Jordi; Martínez Riu Antoni (1996). *Diccionario de Filosofía*. Versión CD-ROM. Barcelona: Herder.

Entrevista con Christian Descamps. “Jacques Derrida” En: VVAA (1982). *Entretiens avec Le Monde, Philosophies*. Paris: La Découverte/ Journal Le Monde. Versión castellano en: [Http://personales.ciudad.ar/derrida](http://personales.ciudad.ar/derrida).

Entrevista con Yves Rocaute (1990) “Ir despacio”. Trad. De R. Ibáñez y J. M. Pozo. En: Derrida, J. *No escribo sin luz artificial*. Valladolid: Cuatro ediciones. Disponible en: [Http://personales.ciudad.ar/derrida](http://personales.ciudad.ar/derrida).

que aún siente los síntomas físicos, como el mareo, la ansiedad, la opresión en el pecho, cuando pasa junto a una institución educativa. Por supuesto, la paradoja es que ha sido profesor de la Escuela Normal y de la de Altos Estudios, es decir, ha seguido vinculado a la institución escolar de una forma u otra.

Pronto, antes de iniciar su formación secundaria y universitaria, Derrida se enfrentó a las injusticias de la guerra, por eso junto con Adorno, Derrida es considerado como uno de los pensadores de “después del Holocausto”. Veamos en sus propias palabras cómo fue su experiencia con el fascismo que creemos marca en buena medida su visión del mundo, su compromiso político, el interés por los temas de las minorías, y por supuesto, su desencanto con la razón occidental:

“Vine a Francia cuando tenía 19 años. Antes de esa fecha no había pasado de El-Bihar (un suburbio de Argel). La guerra llegó a Argelia en 1940 y, con ella, ya entonces, los primeros callados estruendos de la Guerra de Argel. Tenía, como niño, la sensación instintiva de que el fin del mundo estaba al llegar, una sensación que era, al mismo tiempo, muy natural y la única, en cualquier caso, que pude conocer. Incluso para un niño que es incapaz de analizar las cosas, era patente que todo aquello acabaría en fuego y sangre... Entonces en 1940, la experiencia singular de los judíos argelinos, incomparable con la de los judíos europeos (fue que) las persecuciones se desataron en ausencia del ocupante alemán... Es una experiencia que no deja nada intacto, algo que no puede ya dejarse de sentir... Llegan, entonces, los aliados, y...las leyes raciales se mantuvieron aún por un período de casi seis meses, bajo un gobierno francés, “libre”. Cómo decirlo, desde ese momento me sentí tan desplazado en una comunidad judía, cerrada sobre sí misma, como sentiría en la otra... De todo lo cual nace un sentimiento de no pertenencia que, sin duda, he trasladado”<sup>2</sup>.

El primer viaje a Francia lo realiza en 1949 a la edad de 19 años, donde ingresó en el instituto de secundaria Louis-le Grand de París. En 1953 ingresa en la *École normale supérieure*, donde conoce a Althusser, también nacido en Argelia; es alumno de Jean Hyppolite y de Maurice de Gandillac y milita de forma intermitente

---

<sup>2</sup> Extracto tomado de: “An Interview with Derrida” En: David Wood y Robert Bernasconi (1988), *Derrida and Différance*. Evanston, IL, p. 71-82 Citado por: McCarthy, Thomas (1989) “La política de lo inefable: El deconstruccionismo de Derrida”. En: *La Balsa de la Medusa*, No. 12, pp. 25 y ss.

en grupos de extrema izquierda no estalinistas. Entre 1953 y 1954 viaja a Lovaina, revisa los archivos de Husserl, traba amistad con Foucault y sigue sus cursos. Dos años después –y durante un año- es admitido en la agregaduría y recibe una beca de la Universidad de Harvard, para consultar los microfilmes de las obras inéditas de Husserl. En junio de 1957 se casa en Boston con Marguerite Aucouturier, con quien tendrá luego dos hijos, Pierre, nacido en 1963, y Jean, nacido en 1967. Justamente en 1957 registró un primer tema de tesis. Lo tituló entonces “La idealidad del objeto literario” –que diez años más tarde se convertirá en *De Gramatología*, con la que recibiría su doctorado en filosofía-. Al respecto de ésta, y ante la crítica de Jean Hyppolite por no comprender hacia dónde iba este tema, Derrida respondió: “*si viese claramente, y por anticipado a dónde voy, creo realmente que no daría un paso más para llegar allí. Quizás pensé entonces que saber a dónde se va puede indudablemente ayudar a orientarse en el pensamiento, pero no ha hecho jamás dar un paso, todo lo contrario*” (1997:11).

A partir de 1960 empieza a impartir docencia universitaria. Enseña Filosofía General y Lógica en la Sorbona y es ayudante de S. Bachelard, C. Canguilhem, P. Ricoeur y J. Wahl. En 1962 traduce del alemán al francés el *Origen de la Geometría* de Edmund Husserl, obra para la que redacta una extensa introducción. Cuatro años más tarde participa en Baltimore, en la Universidad Johns Hopkins, en un coloquio en que se le reconoce especialmente y puede decirse que es el inicio de la intensificación espectacular de la acogida a ciertos filósofos y teóricos franceses por parte de los Estados Unidos. Conoce a Paul de Man y a Jacques Lacan. En 1967, con 37 años de edad, publica *La voz y el fenómeno*, estudio que trata también sobre Husserl. En este año también publica *De la Gramatología* y *La Escritura y la Diferencia*. Podemos decir que con estas tres obras se da el inicio, la aventura de la “deconstrucción”. Un año más tarde realiza una publicación conjunta con el colectivo “Tel Quel”: *Théorie d’ensemble*. Derrida colabora en este libro con el ensayo “*La différance*”, texto que había sido objeto de una conferencia en la *Société Française de Philosophie* el 27 de enero de 1968. Posteriormente, este artículo sería publicado en *Márgenes*. Estos

primeros trabajos fueron fruto de la lectura crítica de la fenomenología de Husserl, junto a una visión crítica del psicoanálisis y del movimiento estructuralista. En esta etapa inicial de su pensamiento, Derrida trató de poner al descubierto las presuposiciones metafísicas de la moderna ciencia del lenguaje y de las teorías sobre el significado que tienen vigencia actual. Sobre todo sometió las conjeturas metafísicas que han repercutido en la lingüística al receloso escrutinio de la “de(s)construcción” –término del cual aún no se encuentra, especialmente, por los “ismos” que le han acompañado en las versiones de otros autores-. Entre aquellas presuposiciones metafísicas, objeto de cuestionamiento, figura en lugar prominente la convicción de que el sentido último de toda realidad consiste estrictamente en la presencia.

En 1972 participa en el Coloquio “Nietzsche” en Cerisy al que asisten también Deleuze, Klossowsky, Kofman, Lacoue-Labarthe, Lyotard, Pautrat, entre otros. Por este mismo tiempo rompe sus relaciones con “Sollers” y “Tel Quel”. Publica *Posiciones, Márgenes y Diseminación*, que recogen artículos, conferencias y entrevistas entre los años 1969 y 1971. A partir de este mismo año comienzan a editarse números monográficos de revistas así como trabajos colectivos sobre Derrida. En 1973 publica *L'Archéologie du Frivole*, estudio introductorio al *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos* de Condillac. En 1974 publica *Glas* y en 1975 publica la obra colectiva: *Mimésis des/articulations*. Este año supone también el inicio de su compromiso con el *GREPH (Groupe de Recherches sur l'Enseignement Philosophique)* hasta 1979, fecha en la que se edita la última de las publicaciones colectivas realizadas por este grupo. Desde éste no sólo se pone en cuestión la enseñanza de la filosofía, sino la relación con las demás instituciones de fuerza cultural, política y de otro tipo, en el país y en el mundo. Con esta labor emprende una tarea de crítica institucional que Derrida continúa en la actualidad. Empieza también a enseñar varias veces al año en Yale, junto a Paul de Man y Hills Miller. En 1978 publica *La vérité en peinture y de Éperons. Les styles de Nietzsche*. Un año más tarde, en 1979, Derrida participa en Montreal en una mesa redonda en torno a la problemática de la autobiografía y la

traducción. Estos debates serán luego publicados bajo el título *L'oreille de l'autre* en 1982.

En 1980 publica *La carte postale, de Socrate à Freud*. Entre el 23 de julio y el 2 de agosto, se celebra un coloquio en Cerisy en torno a la obra de Derrida. Las actas de dicho coloquio son publicadas bajo el título *Les fins de l'homme*. En 1981 se realizó un Coloquio sobre *la carte postale*, publicado luego bajo el título *Affranchissement du transfert et de la lettre* en 1982. Durante el curso académico 1981-1982, Derrida imparte un curso de doctorado, en calidad de profesor asociado, en la Facultad de Filosofía de San Sebastián. Las sesiones de este curso están recogidas en *La Filosofía como institución*, una de las cuales es *Nietzsche: Políticas del Nombre Propio*. En este mismo año viaja a Praga para dirigir seminarios clandestinos. Seguido durante varios días e interpelado al acabar el seminario, es finalmente detenido en el aeropuerto y, luego de que la policía finge encontrar drogas en su equipaje es encarcelado por “elaboración y tráfico de drogas”. Ante tal hecho se realiza una campaña de firmas por su libertad. Luego de la intervención del gobierno francés es expulsado de Checoslovaquia. En 1983 comenzó sus actividades en el *Collège International de Philosophie* (Paris), del que Derrida es miembro fundador y co-director hasta 1985, año en el que viaja a Buenos Aires y conoce a Jorge Luis Borges. En 1986 publica *Parages* (sobre Maurice Blanchot), *Schibboleth* (sobre Paul Celan) y *Mémoires* (sobre Paul de Man). Colabora también en un libro sobre Artaud: *Antonin Artaud. Dessins et portraits*, en otro del arquitecto Bernard Tschumi: *La case vide* y en otro a favor de Nelson Mandela: *Pour Nelson Mandela*. Empieza además a trabajar con el arquitecto Peter Eisenman en un proyecto para el parque de la Villete. En 1987 publica simultáneamente: *Feu la cendre*, *Ulysse gramophone*, *Psyché. Invention de l'autre* y *De l'esprit. Heidegger et la question*. En 1988 publica: *Signéponge, de Mémoires –pour Paul de Man* (versión francesa aumentada con un último capítulo sobre la polémica desencadenada en torno a Paul de Man y el nazismo) y *Limited Inc*. Realiza también su tercer viaje a Israel y tiene lugar su encuentro con intelectuales palestinos en los territorios ocupados. En 1990 realiza

seminarios en la Academia de Ciencias de la URSS y en la Universidad de Moscú. En 1993 publica *Spectres de Marx. L'État de la dette, le travail du deuil et la nouvelle Internationale*.

En la década de los noventa continúa su prolífica producción intelectual que a continuación presentamos cronológicamente hasta el año 2001; hemos decidido presentar los títulos en su idioma original así como el año de publicación. En la bibliografía se presentarán con los datos bibliográficos completos y las correspondientes versiones en castellano de las obras que hemos consultado para este estudio. Aquí sólo se trata de hacernos una idea sobre las temáticas que ha abordado en estos últimos años.

1994: *Pregnance*

1994: *Force de loi: le "fondement mystique de l'autorite"*

1994: *Politiques de l'amitie, suivi de l'oreille de heidegger*

1994: *Fourmis in lectures de la différence sexuelle*

1995: *Mal d'archive: une impression freudienne*

1995: *The time is out of joint in deconstruction is/in america: a new sense of the political*

1995: *Avances. Preface to le tombeau du dieu artisan: sur platon, by serge margel*

1995: *Foi et savoir in les deux sources de la religion aux limites de la raison in la religion: seminaire de capri.*

1996: *Apories: mourir--s'attendre aux "limites de la verite"*

1996: *Resistances de la psychanalyse*

1997: *Resistencias del psicoanálisis*

1996: *Le monolinguisme de l'autre, ou, la prothese d'origine*

1996: *Passions de la littérature: avec jacques derrida. Includes "demeure."*

1996: *Échographies de la télévision: entretiens filmés*

1996: *Lignéés (with Michaëla Henich)*

1996: *Erradid (with Wanda Mihuleac)*

1996: *La norme doit manquer. In le génome et son double.*

1997: *Il gusto del segreto (with Maurizio Ferraris)*

1997: *Chora I works* (with Peter Eisenman)  
1997: *Adieu à emmanuel lévinas.*  
1997: *De l'hospitalité.*  
1997: *Manquements -- du droit a la justice. In marx en jeu.*  
1997: *Le droit a la philosophie du point de vue cosmopolitique.*  
1998: *Demeure: Maurice Blanchot.*  
1998: *Un ver a soie: points de vue piques sur l'autre voile. In voiles.*  
1998-99: *Artaud le moma.*  
1999: *L'animal que donc je suis. In l'animal autobiographique: autour de Jacques Derrida.*  
1999: *Donner la mort*  
1999: *La contre-allée (with catherine malabou)*  
2000: *Le toucher, jean-luc nancy.*  
2000: *Tourner les mots: au bord d'un film.*  
2000: *Etats d'ame de la psychanalyse: l'impossible au-dela d'une souveraine cruaute*  
2001: *The work of mourning.*  
2001: *Papier machine: le ruban de machine a ecrire et autres reponses*  
2001: *De quoi demain...: Dialogue (with Elisabeth Roudinesco)*

Para terminar digamos algo sobre la recepción del pensamiento de J. Derrida en España, de la mano de Ferrero Carracedo<sup>3</sup> (1989) para quien la obra de Derrida envuelve cierto aire de paradoja: por un lado, las traducciones castellanas de sus obras, aunque en muchos casos no muy brillantes, son a todas luces numerosas; pero, por otro lado, la repercusión real de su pensamiento en España, exceptuando un pequeño número de casos notables cada vez más creciente, es relativamente escasa. A ello parecen haber contribuido tres factores importantes: en primer lugar, la complejidad de su pensamiento y –sobre todo en algunos

---

<sup>3</sup> Nos referimos aquí al trabajo desarrollado por Luis Ferrero Carracedo para la revista *Anthropos*, Suplementos, No. 13. En éste se encuentra además una breve reseña crítica de los artículos, introducciones y monografías hechas en castellano sobre Jacques Derrida en universidades españolas.



textos- de su propia escritura, cuya lectura y comprensión exigen un gran esfuerzo intelectual; en segundo lugar, la asimilación, generalmente superficial, que la filosofía *marketing* y la moda sociologizante hacen del pensamiento filosófico en general y, concretamente, en este caso, de la práctica filosófica derridiana; y en tercer lugar, el prejuicio bastante generalizado –mas no por ello carente de fundamento- dentro de nuestros círculos académicos filosóficos de que los pensadores franceses actuales –sin distinción- se caracterizan por una cierta frivolidad no achacable a otros pensadores germanos o anglosajones. La presencia del pensamiento de J. Derrida en España, está marcada, pues, por la cercanía y la lejanía, por la presencia y la ausencia a la vez: cercanía y lejanía, presencia y ausencia, muy acordes, por cierto, con el “juego derridiano”.

Se puede rastrear la llegada del pensamiento de Derrida a los inicios de los 70 en círculos reducidos, formados generalmente en torno a personas muy concretas que estaban profundamente interesadas por la filosofía francesa del momento. Aparecen también en ediciones argentinas las primeras traducciones al castellano, por ejemplo, de *De la Gramatología*. En la Década de los 80 se va haciendo cada vez más notable, extendiéndose incluso, a veces de una forma difusa, a otros campos distintos de los filosóficos, concretamente a los de la estética y el arte, y como sucedió en los Estados Unidos, en relación con la literatura y la crítica literaria. Adicionalmente, se contó con la presencia de Derrida en Barcelona, Madrid, Valencia, Murcia y País Vasco. En la Universidad Complutense, y posteriormente en la UNED, ha sido Cristina de Peretti quien de forma más notable y significativa, ha continuado la “senda derridiana” emprendida por A. Currás, y se ha dedicado, con entusiasmo y tesón, a leer y exponer con profundidad el texto derridiano, reflejando su labor en múltiples seminarios, artículos, traducciones e incluso una entrevista a Jacques Derrida, labor ésta que culmina con su tesis doctoral: *Jacques Derrida: texto y deconstrucción*.

También se encuentran los trabajos de Ana María Leyra, profesora de Estética de la Universidad Complutense, de Patricio Peñalver de la Universidad de Murcia, y

del profesor Manuel Vázquez de la Universidad de Valencia. En el País Vasco, J. Derrida impartió un curso sobre *La filosofía como institución* en el curso 1981-1982. Luego en 1982, el Instituto Francés de Barcelona, organizó el encuentro “*Filosofía y psicoanálisis*”, con J. Derrida y R. Major. Por último, se destaca la presencia de Derrida en Valencia, primero en 1987, en la Facultad de Derecho en un Congreso Internacional sobre *La Ley*. Y, posteriormente, en 1998, para la clausura del curso *Retórica de fin de siglo*, donde habló sobre asuntos como la memoria, la mentira, o la ausencia de testimonios a la hora de elaborar la historia, ante lo cual propuso repensar la forma de interpretar las pruebas documentales para que ésta cobre más fuerza<sup>4</sup>.

Finalmente debemos decir que hoy día quizás donde tiene mayor acogida la obra de Derrida es en los Estados Unidos –aún más que en Francia o Europa misma-, en parte por el camino abierto por Paul de Man, quien ha sentado las bases para dar nuevos bríos a la crítica social de izquierda, elaborando nuevas armas filosófico-literarias. De otro lado, las recientes teorías críticas literarias y teorías feministas, los estudios gays, los temas étnicos, etc. –lo que algunos han denominado la coalición “arco iris”-, han adoptado entre sus marcos teóricos los planteamientos de Derrida, especialmente en cuanto a la crítica de la visión hegemónica occidental, masculina, excluyente en campos como la ciencia, la cultura y el lenguaje mismo. En el campo educativo, los trabajos de Derrida se encuentran a tono con el paradigma de la Pedagogía Crítica, que en Estados Unidos ha estado abanderada por Henry Giroux, Paul MacLaren y M. Apple, entre otros.

---

<sup>4</sup> Cf. Periódico *El País*. Comunidad Valenciana. Pág. 9, 01/12/98

## **4.2. Estructuralismo, Posestructuralismo: Una mirada de conjunto a la obra de Derrida.**

Resulta difícil clasificar a Derrida en un género o registro específico. Como señala Cristina de Peretti (1989) –quien junto a Patricio Peñalver, han sido los principales traductores y, en cierto modo, encargados de introducir el pensamiento derridiano en el contexto español, y más aún, diríamos hispanoamericano- si se quiere permanecer fiel a las expectativas del pensamiento de Derrida es imposible tratarlo como una estructura cerrada en la que cabe encontrar, sin mayores problemas, un sentido último capaz de posibilitar, al final del recorrido, la propuesta de unas conclusiones definitivas. Pero la contemporaneidad de Derrida no es la única razón de la dificultad que presenta cualquier intento de reducir su pensamiento, sus ideas, a una lectura tradicional y temática, sistemática y conceptual. Sus textos no se dejan apresar bajo la forma acabada de un libro; jamás constituirán una totalidad cerrada avalada por la identidad de un sentido, de un “querer decir” definitivo e inmutable. Con esta advertencia intentaremos, a continuación, señalar algunas de las trazas que consideramos básicas para comprender la obra de Derrida y que será, por supuesto, el marco que luego nos permitirá profundizar un poco más en sus planteamientos y en la pertinencia de su traslado para comprender la hipertextualidad como fenómeno no sólo tecnológico, propio de la postmodernidad, sino como un nuevo lenguaje que requiere pensarse desde teorías que rompan con los modelos que han acompañado a tecnologías anteriores y a sus correlatos de linealidad, centro, fijeza, univocidad y jerarquía. Y vemos justamente en la Deconstrucción derridiana una ruptura con tales modelos y, a la vez, una apertura teórica que posibilita dar un salto cualitativo en la comprensión que hasta ahora se ha tenido sobre la hipertextualidad.

Bien, empecemos diciendo con Fullat (2002), que Derrida ha meditado sobre el hombre occidental y su cultura, fascinado por la muerte de nuestra civilización. Ha sido un intelectual comprometido, de hecho, como lo hemos señalado antes, fue arrestado en Checoslovaquia por protestar contra el comunismo y defendió a Nelson Mandela cuando éste se encontraba encarcelado. Ha cuestionado temas como la droga y la inmigración, promoviendo, por ejemplo, los derechos de los inmigrantes algerianos en Francia; es considerado, además, *antiapartheid* y defensor de la carta constitucional de los chechenos. Él mismo describe su actividad política como silenciosa. En su entrevista a Christian Descamps (1982), dice al respecto: *“es quizás porque se trata de un pensamiento político, de una cultura o de una contra-cultura, casi inaudibles en los códigos que acabo de evocar. Quizás, quién sabe, pues aquí solo puede hablarse de ocasiones o de riesgos que correr, con o sin esperanza, siempre en la dispersión y la minoría”*. Y aunque para algunos pensadores Derrida representa uno de los postmodernos nihilistas de nuestro siglo, para él aún hay esperanza, hay una *“promesa”*. En sus propias palabras: *“Yo insisto mucho en la afirmación, en la promesa. Naturalmente, creo que para afirmar, prometer, etc, es preciso pasar por la mayor desilusión, la mayor incredulidad. Pero no creo que mi talante sea el de un desencantado, aunque haya desencantos”*<sup>5</sup>.

Sus escritos mezclan los géneros, intentando transgredir las fronteras entre teoría y ficción, poesía y filosofía, de tal modo que se comunican unos con otros, por lo que al haber operado una cierta ruptura, no se llaman ya filosóficos o literarios, conformando una especie de paleonimia. Ha sido un trabajador incansable, ha publicado alrededor de cincuenta volúmenes en 35 años. Ha leído a Hegel, Nietzsche, Marx, Freud, Husserl, Heidegger, pero también a Ponge, Artaud, Blanchot, Mallarmé. Ha estado enamorado de la paradoja. Derrida se ha propuesto con su obra escrita criticar radicalmente a la metafísica clásica, a sus

---

<sup>5</sup> Entrevista con Christian Descamps. “Jacques Derrida” En: VVAA (1982). *Entretiens avec Le Monde, Philosophies*. Paris: La Découverte/ Journal Le Monde. Versión castellano en: [Http://personales.ciudad.ar/derrida](http://personales.ciudad.ar/derrida).

categorías tradicionales y a sus certezas absolutas. Podemos decir con Dónoan (1997)<sup>6</sup> que la obra y la escritura de Derrida pone en evidencia todo lo que la cultura y la tradición occidentales ha silenciado, excluido, eliminado o satanizado de sus textos, de su historia del pensamiento, de su sensibilidad y operar cotidiano. Le interesa especialmente lo no definido, aquello que todavía esta en suspensión, lo otro. Esta tarea lleva consigo la deconstrucción de la razón misma. Para él es necesario superar el logocentrismo que domina a la cultura occidental desde Platón hasta Hegel, y en consecuencia, desnudar, su fundamento. La deconstrucción consiste en interrogar los presupuestos del pensar y de las instituciones. No intenta destruirlos, sino cuestionar su evidencia y seguridad. La deconstrucción procura inyectarle al discurso, movimiento y juego; es decir, futuro.

En efecto, la deconstrucción, como acontecimiento, en el marco del pensamiento postmoderno, es una genealogía de Europa, un intento de pensar la idea de Europa, sobre el sistema abierto de los conceptos o de los axiomas fundadores de la filosofía en tanto que aventura europea, más allá del etnocentrismo o de su opuesto. Así la lógica de lo que relaciona a Europa con su otro, lo que articula el nacionalismo en el cosmopolitanismo con el universalismo, es un enjambre de paradojas que se ofrecen para ser deconstruidas. La deconstrucción entonces no puede contentarse con hacer ataques primarios al eurocentrismo, como muy diversos signos lo muestran desde hace tiempo. Tampoco se contenta con la buena conciencia, o con la euforia “europea”, cuyo narcisismo triunfa aquí o allá, proclamando a veces el “fin de la historia” e intentado limpiar el espíritu del capitalismo liberal de todo pecado. Y más aún, porque corre el riesgo de asociarse con algunas formas inquietantes de nacionalismo resentido o de dogmatismo religioso.

Es por ello que Derrida retoma de Nietzsche su crítica a la metafísica occidental y su razón o logos, inteligida como absoluto. La metafísica no es una región más del

---

<sup>6</sup> Nos referimos aquí a la introducción de Dónoan: “La escritura seminal de un pensamiento como crítica continuamente diferida” (pp. 7-11) En: Derrida, Jacques (1997a) *Cómo no hablar y otros textos*. Barcelona: Proyecto A, Ediciones, 159p.

pensamiento, sino que invade la totalidad de las formas simbólicas, o cultura, en que el hombre occidental se ha objetivado. El logos ha invadido el lenguaje y de éste no podemos escaparnos. También atribuye Derrida a la tradición filosófica la tesis de que la razón y el pensamiento son tan naturales como las cosas que percibimos cotidianamente. Según él, esta tesis originó el punto de vista metafísico, difundido en toda la cultura de occidente y que denomina logocentrismo. De hecho, la misma fenomenología husserliana, así como el psicoanálisis de Freud, siguen siendo manifestaciones de este “logocentrismo”<sup>7</sup> que concibe al ser como una identidad y una presencia originaria reductible a su expresión lingüística, como si mediante la palabra éste “se diera” de forma inmediata, otorgando así una forma privilegiada de conocimiento. Y, dado que, en la tradición, la voz tiene una relación de proximidad esencial y absoluta con el pensamiento, la civilización occidental privilegia, frente a la escritura, que considera sólo un instrumento secundario y representativo, el habla plena que confirma un sentido que ya está presente en el logos. Dicho de otro modo, la engañosa ilusión del logos es que “el decir” y “el querer decir” coinciden, que su relación originaria y esencial con la voz no se rompe nunca. En esta recusación del logocentrismo ocupa un lugar central la lingüística estructural surgida de la obra de Ferdinand de Saussure (1857-1913); no obstante, si bien Saussure revoca el logocentrismo con su teoría del sentido, Derrida critica su conformismo logocéntrico del signo y señala que las tesis logocéntricas presuponen una teoría tradicional del signo, basadas en sostener que el signo unifica el carácter heterogéneo del significante y significado, tesis que Saussure, recordémoslo, adoptó sin reparos.

---

<sup>7</sup> Derrida también llama logocéntricas las formas de pensamiento que se fundamentan en una referencia extrínseca o trascendente. Este es el caso del concepto de verdad en la metafísica. Al respecto Derrida señala que la filosofía occidental ha solido mantener una presuposición fundamental: el lenguaje está subordinado a unas intenciones, ideas o referentes que son irreductiblemente extrínsecos o exteriores al propio lenguaje. Dicha atribución de exterioridad, además es incompatible con la convicción estructuralista de que el sentido es un efecto que produce el propio lenguaje, de manera que en modo alguno lo puede anteceder. Esta subordinación del sentido al lenguaje contraviene el punto de vista tradicional que Derrida llama logocéntrico. Para entender el alcance de su recusación conviene tener presentes las tesis del logocentrismo: por un lado, la presencia del pensamiento irrumpe necesariamente en la palabra, y, por otro lado, el propio pensamiento contiene tanto la presencia del sentido como la presencia de la verdad.

De hecho, el postmodernismo traza sus raíces en el movimiento del estructuralismo y su contrarreacción, el postestructuralismo, principalmente en la comunidad intelectual de habla francesa entre los años 60 y 70. En efecto, el estructuralismo es considerado, o el último estado del modernismo, o el precursor inmediato del postmodernismo. Sin duda, el antecedente principal, que irradió su influjo desde la antropología es el trabajo de Claude Levi-Strauss quien planteó que los patrones de la cultura humana siempre han tenido sutiles regularidades matemáticas (no cuantitativas, pero sí como patrones combinatorios y simétricos al igual que un grupo en la teoría algebraica). Esta perspectiva, recordémoslo, fue retomada con más fuerza por Jean Piaget quien había visto el proceso de desarrollo infantil mediante los conceptos de espacio, tiempo, materia y cantidad, a modo de una construcción mental en la que el niño justamente tiene que acudir a esas regularidades para dar sentido al mundo. Los estructuralistas fueron generalmente inspirados por los éxitos de los lingüistas modernos, primero por el uso del significado para analizar las similares regularidades matemáticas del sistema de sonidos del lenguaje (Jakobson, 1973, 1975, por ejemplo), y más tarde por Chomsky (1971, 1979) quien introduce el concepto de transformaciones lingüísticas para iluminar la comprensión de las regularidades en las reglas sintácticas. Lenguaje, cultura y pensamiento fueron, todos reunidos dentro de un conjunto de ciencias matemáticamente regulares.

El común denominador de las críticas a dicha perspectiva es el análisis del discurso. El discurso, el lenguaje, es lo que une a los estructuralistas y a los postestructuralistas, pero mientras los estructuralistas se centraron en las regularidades del lenguaje, los postestructuralistas enfatizaron en el uso del lenguaje; de hecho, el lenguaje de los filósofos y de los poetas rechaza a estar contenido dentro de los patrones de orden que tal lenguaje intenta imponer. Para Foucault, por ejemplo, es una quimera pensar que los historiadores pudieran reconstruir un pasado real, pues para él, el discurso histórico, es un discurso sobre el presente, que sirve a fines presentes, y tiene sentido para nosotros, fuera

entonces de los hallazgos arqueológicos de la actividad humana pasada. Así, Foucault, demostró que conceptos como nación, mente, sexo, normalidad, crimen, han sido específicamente construcciones históricas; son pues productos y no objetos de un discurso humano o investigación.

Un paso adelante, más allá del modernismo, es el que se dio con el tema del significado. Veámoslo a través de algunas preguntas: ¿Cómo se significa un texto?, ¿Cómo un gráfico o un diagrama nos dice algo?, ¿Cómo marcas en un papel (o en una pantalla de ordenador) nos transmiten un complejo significado conceptual?. Un campo es un texto para un geólogo. Un aparato y su funcionamiento, es también un texto para un físico. Así, los principios y los problemas de significado, son los mismos. Si el significado de cualquier texto depende de cómo interpretarlo en relación con otros textos, ¿cómo podemos aceptar que algún dato, o explicación, es fijo o estable en su propio significado?. Más aún, ¿por qué no deberíamos creer que los textos científicos están sujetos a los mismos principios de interpretación que un texto literario?; ¿por qué debemos creer que los datos pueden ser leídos desde un libro o desde la naturaleza sin los mismos problemas, o convenciones de arbitrariedad, o de interpretación, que la lectura de cualquier otro libro?. Más aún, ¿por qué deberíamos creer que los efectos prácticos de las tecnologías son una garantía para la objetividad de las teorías, cuando la relación entre éstas son más textos y más discursos?.

Derrida ha sido más hábil y osado con su crítica, y quizás, más directo. En su lectura de los textos clásicos nos ha mostrado cómo cualquier discurso construye sus objetos y el mundo en el que supuestamente habita. Para ello los ha deconstruido. Derrida denuncia el estructuralismo por quedar prisionero todavía en la ilusión metafísica clásica. En este sentido, se reconoce que uno de los principales aportes de Derrida ha sido precisamente el referir el concepto tradicional de razón a la entronización filosófica de la palabra, lo cual, a su vez tiene otra consecuencia: si la razón se hace depender de la palabra se favorece la identificación entre razón y realidad, ya que se ha dado por supuesto que la razón



podía contener, encarnar y representar ilimitadamente la realidad, porque siempre ha estado comprometida con los cometidos presenciales de la palabra. En este orden de ideas, Derrida ha sustentado la vehemente oposición a las doctrinas que defienden una lógica de la identidad.

El intento de Derrida es acabar con el delirio de una razón omnipotente y omnisciente. No pretende substituir la primacía de la palabra oral por la de la escritura; no intenta cambiar una jerarquía por otra, sino abolir simplemente toda forma jerárquica. Al fin y al cabo, la escritura, en cuanto comporta articulación, se halla ya presente en la *phone* desde el comienzo. Pero ¿qué introduce la articulación en el seno de la palabra, del Logos, del ser?, su respuesta es, la distancia y la separación. No se puede articular aquello que es idéntico a sí. Derrida se ha apartado del estructuralismo. Éste defendía todavía a la razón; la razón una y universal. Derrida quiere liberarse del dominio del Logos y lo logra haciendo notar que en el origen no se da unidad, sino diferencia –en el sentido de diferir-. No contamos con un sentido último y universal del lenguaje, sino con una multiplicidad inacabable de significados.

La lógica de la metafísica tradicional funciona a partir de oposiciones fundamentales binarias: presencia-no presencia; ausencia-representación; cosa-imagen; dentro-fuera; contenido-expresión; esencia-apariencia; inteligible-sensible; antes-después; originario-derivado; naturaleza-cultura; tecnología-naturaleza, etc., tales dicotomías suponen una que es básica: la oposición entre logos (palabra viva y pensamiento) y escritura (trazo de palabras y del discurso). Derrida niega tal juego de oposiciones. No existe lo perfecto y lo modélico. Hay que liberar al significante de la esclavitud que lo ata a un sólo significado. El sentido carece de sentido. Los sentidos, o significados, son siempre cambiantes. Una palabra no es sólo polisémica, sino que puede saltar de un dominio lingüístico a otro, explotando en todas direcciones, esto es, se disemina. No contamos con un significado primigenio y más valioso. Multitud de significados y turba de significantes sin

criterio para jerarquizarlos. ¿Qué sucede entonces?. Pues que todos los textos valen igual y que cada sociedad crea sus reglas de funcionamiento.

Derrida constata, en suma, que las palabras adquieren sentido a partir de los conceptos, y éstos, de las palabras, porque tanto palabras como conceptos participan en un complejo entramado histórico de diferencias, ausencias y presencias diferidas que, por otra parte, nunca han llegado a darse en estado puro. La consecuencia más importante de ello es que la palabra plena ni ha existido ni existirá jamás. Es decir, que el anhelo de un signo que sea plenamente descriptivo –o el de un lenguaje que se adecue sin fisuras a la realidad- se revela un sueño imposible. Derrida convierte la escritura en el agente que regula todos los sistemas significantes, desde luego los de índole gráfica pero también los de carácter oral, pues para él, la escritura organiza el “juego de referencias significantes” que da lugar al lenguaje y, por tanto, es el factor decisivo en toda actuación simbólica, con independencia de que su contenido sea expresar, representar o significar. Por esta razón, señala Derrida, la paradoja eminente de que la “escritura incluye el lenguaje”. En realidad esta fórmula se limita a constatar que todo lenguaje es siempre un caso particular de escritura y de que esta invasión del lenguaje es sintomática en una época en la que el lenguaje llega a su fin por agotamiento a causa de su propia inflación. El concepto de escritura por el contrario, prepara su época, desbordando la extensión del lenguaje y liberándose más y más de la producción fonética.

Lo que aquí se debate, en última instancia, es el propio estatuto y límite de la filosofía: ¿puede la filosofía, en adelante, seguir salvaguardando en su discurso la primacía del logos y de la presencia, el privilegio de la voz frente a la escritura?. Es decir, ¿puede la filosofía seguir considerándose a sí misma como una filosofía del sentido, tal como parece corroborarlo aún buena parte de la producción filosófica contemporánea?, o bien, tras el agotamiento de dicha tradición, ¿cabe esperar una vía de liberación frente a la supremacía del logos, de la voz, de la presencia; una vía que se abra a un nuevo tipo de pensamiento, al pensamiento

de la huella, de la diferencia...? Pues bien, es por este tipo de pensamiento que creemos apuesta el programa de Derrida que, esquematizando al máximo, cabe designar con dos términos: gramatología y operación textual. Antes de abordarlos directamente, recorreremos un poco el contexto del pensamiento derridiano en el escenario de la postmodernidad para ver en éste la singularidad de la *diferencia* y de la *deconstrucción*: ¿teoría, estrategia, metodología, técnica?. Todas y ninguna al mismo tiempo.

### 4.3. Postmodernidad y el pensamiento de la Diferencia

La deconstrucción no es un método ni lo tiene, porque en última instancia, de la deconstrucción no es responsable un acto o una operación de un sujeto que tomaría la iniciativa (p.e., el dispositivo metódico para leer y escribir); sino que es más bien un acontecimiento histórico que tiene lugar en, o como la clausura del saber y la diseminación del sentido.

*J. Derrida.*

Los hechos de Mayo del 68 son referencia común cuando se rastrea el inicio de la postmodernidad se trata y, en particular, los cambios en la intelectualidad francesa. Como se sabe, el movimiento estudiantil hizo una crítica radical al estado de bienestar y a las contradicciones e irracionalidad de un modelo de sociedad que no se quería. Sin embargo, el fracaso de esta revuelta y la vuelta al orden instituido tuvo consecuencias para la clase intelectual y para la generación de nuevas formas de pensamiento. Como reacción, según Luis E. Guervós (1993:201 y ss.) *se produce un “revival” del paradigma nietzscheano, que se convierte en modelo de crítica para reivindicar la marginalidad, la diferencia y la diseminación del pensamiento.* Deconstruir el mito de la razón y su discurso, en los que se había perdido toda esperanza y confianza, y recuperar lo que designamos negativamente como la diferencia, la sinrazón, lo que no se deja someter a la identidad, fue sin duda la referencia de aquellos años. Pero para ello era necesario cambiar el terreno y situarse en un dominio que pudiera escapar de la razón y ponerla en cuestión, en un dominio que no fuera ya el de la representación o el de los meros “hechos”. Sólo, de esta manera, se habilitaba el acceso al pensamiento de “lo otro” de la razón, es decir, a la serie de exclusiones que hasta ahora habían permitido a la historia del pensamiento occidental reducir

las diferencias de la idealidad. El resultado de esta crítica no atañe a la eliminación de los obstáculos que impiden que el ser se manifieste en su presencia, sino a la Diferencia, al ser como diferencia, es decir, que difiere en sí y desde sí mismo<sup>8</sup>. Sin embargo, reunir a Foucault, Nietzsche, Heidegger y Derrida bajo el rótulo de “postestructuralismo” es una arbitrariedad, aunque se debe reconocer la sintonía que en principio les dio la escuela estructuralista en que se formaron, pero sus análisis se apartan de toda pretensión de construir un proyecto que lleve las señas de lo sistemático y lo racional.

Con la filosofía de Michel Foucault se inaugura en Francia una forma de pensar que trata de situarse en los límites o márgenes de lo que podemos considerar la historia de occidente. Utilizando como estrategia la desconstrucción radical de la subjetividad, trata de desplazar la historia “filosófica” de las ideas hacia su exterior, hacia sus condiciones históricas de construcción. La arqueología del saber, como procedimiento metodológico, llega a demostrar cómo la producción de la identidad de sí mismo, denominada “razón”, pasa por la expulsión fuera del espacio común de lo que no se deja someter a la identidad, de todo lo que designamos negativamente como la diferencia, la incoherencia y la sin razón. De este modo, la obra de M. Foucault, buscará su posición en el ámbito de lo no-pensado por el pensamiento occidental, a fin de analizar los mecanismos y estrategias con los que funciona el poder y mostrar de este modo, las discontinuidades, mutaciones y cambios que han configurado nuevos campos de saber que habían sido excluidos y prohibidos siempre por la razón (locura, enfermedad, sexualidad, etc.).

Se pretende así una ruptura con el pasado a fin de abrir posibilidades para que un nuevo pensamiento surja libremente; en palabras de Foucault *“lo que cuenta en los pensamientos de los hombres no es tanto lo que han pensado, sino lo no-pensado que desde el comienzo del juego los sistematiza”* (1982:16). Se abre, por

---

<sup>8</sup> Esta idea de la Diferencia, del ser como diferencia, es desarrollada en el sentido de la fragmentación de la subjetividad en la época postmoderna por Sherry Turkle. A su obra nos referimos en el capítulo uno.

tanto, “otro” espacio en el campo de la filosofía en el que se contempla la posibilidad de pensar de otra manera. Los esquemas sólidos, que hasta ahora habían marcado la historia del pensamiento, se abandonan a favor de una estrategia arqueológica que va descubriendo las fisuras y contradicciones inherentes al sistema. De esta forma, se procede a liberar los cimientos sobre los que se asienta nuestra cultura y se pone como punto de mira el horizonte imaginario de lo que está por venir, “lo otro” de la razón, lo diferente. A lo largo del pensamiento, la diferencia sólo resultó pensable para el sentido común como el elemento interior de la representación, como nota, o diferencial conceptual. Sin embargo, la relación es inversa cuando la analizamos desde el punto de vista de un pensar sin presupuestos: es la diferencia quien produce identidades, semejanzas, analogías y oposiciones. Ahora bien, esto no significa que se niegue la existencia de lo idéntico, de lo semejante, sino que se trata más bien de comprender que tales nociones se derivan, se producen, a partir de lo diferente y de una “expresividad inconsciente de la diferencia”. Para evitar equívocos no se confunde la diferencia con lo diverso, porque lo diverso está siempre dado, mientras que la diferencia es aquello por lo que lo dado se da como diverso; tampoco es fenómeno, puesto que todo fenómeno también depende de una desigualdad que lo condiciona.

Por su parte, y como respuesta a esa historia del olvido de la diferencia, J. Derrida ha provocado un salto cualitativo y estratégico hacia el terreno olvidado de “lo otro” (la diferencia), situándose en los límites de la misma filosofía. Sólo a partir de ahí es posible, como señala Derrida en *Posiciones* (1977), acceder a una nueva forma de pensamiento que quiere oponerse a la supremacía del logos (logocentrismo) sobre el pensamiento occidental, determinando lo que esa historia ha podido disimular o prohibir, haciéndose historia por esta represión interesada en alguna parte. Para algunos, de una forma más radical y aventurada que Deleuze, Derrida ha querido proyectar en torno a la “diferencia”, -Differance (en lugar de difference)- toda una estrategia deconstructora de lo que hasta ahora se ha entendido por filosofía y, en concreto, de su lenguaje conceptual.

Pues bien, de ahí que a Derrida se le reconozca como el filósofo postmoderno de la deconstrucción, de la diferencia. ¿Pero, a qué se refiere tal diferencia? Quizás debamos decir mejor que se trata del “olvido de la diferencia”. Pensar la dualidad como unidad, pensar la unidad como tránsito de un contrario a otro, reducir lo múltiple a lo uno, es el modelo más antiguo del pensamiento de Occidente. Olvido de la diferencia porque justamente de lo que se ha tratado es de neutralizarla, para sumirla en el olvido, en lo no pensado, permaneciendo así en lo prohibido, o “lo maldito” que amenaza la estabilidad de la estructura del pensamiento. Este olvido de la diferencia, tal como lo señala Luis E. Guervós (1993), es consustancial al dominio violento de la razón moderna y ha generado una respuesta postmoderna en el pensamiento actual, que trata de arrancar a la diferencia de ese estado de olvido a fin de acceder a un modo de pensamiento emancipado y libre de las esperanzas metafísicas en las que la filosofía se halla inmersa<sup>9</sup>. Por su parte, Georges Balandier (1985:139), ya había anunciado que “*estamos ante un discurso disidente que sale al claro de la postmodernidad y se configura como “movimiento de deconstrucción” de todo aquello que se ha erigido en paradigma o modelo de racionalidad*”. En torno a este discurso, Deleuze, Foucault y Derrida, conocidos como ‘neoestructuralistas’, han actualizado las críticas de Nietzsche y Heidegger a la metafísica y se han comprometido con la “aventura de la diferencia”, como la denomina Vattimo, señalando insistentemente la crisis del pensamiento de Occidente. Su filosofía desarrolla un proceso destructivo de la filosofía de la identidad y abre el camino a la liberación del pensamiento mediante la afirmación y rememoración de la multiplicidad y la diferencia. La unidad se dispersa, el sujeto se resquebraja, el ser se fractura. Es el anuncio superador de una nueva forma de pensar, de pensar lo no pensado hasta ahora por el pensamiento, de romper con la memoria de la historia.

---

<sup>9</sup> No es de extrañarnos por ejemplo que la crítica de los postpiagetianos, postestructuralistas, como Howard Gardner justamente cuestionan la idea de una sola estructura mental independiente de los contenidos de aprendizaje. Estructura lógica formal, además como punto máximo del progreso del pensamiento, de la razón, que como sabemos Piaget redujo al desarrollo del pensamiento y estructuras de la lógica matemática. Pues bien, los postestructuralistas, reconocen esas otras inteligencias –inteligencias múltiples- que han estado olvidadas, ocultadas por la razón; es decir, reconocen la diferencia que no reduce a una sola identidad, sino por el contrario, es la apertura a múltiples subjetividades y a múltiples inteligencias.

Veamos brevemente los aspectos de esta crisis que, de manera más directa, están relacionados con el pensamiento de J. Derrida. El primero de ellos tiene que ver con la crisis de la historia, y en particular, con la idea de progreso unida a ella. En la Modernidad, el progreso en el pensar ideológico, es su carácter pretendidamente lineal, irreversible y necesario. Como plantea Raúl Madrid (2001), esta idea de progreso se relaciona con un avanzar gradual de lo imperfecto a lo perfecto, dependiente de la libertad. Es justamente lo que ocurre con el “progreso” de la razón ilustrada. Si la historia se concibe como una realización y una emancipación necesarias de la auténtica humanidad, es evidente que lo nuevo siempre estará más cerca del final del proceso, y será, en consecuencia, mejor y más perfecto que lo precedente. En este sentido, existe la certeza de que todo futuro será siempre mejor que el pasado y el presente. Ahora bien, para que esta teoría del progreso lineal e irreversible pueda sustentarse, era necesaria una condición: que la historia existiese como un proceso unitario, de tal manera que, el principio de ésta, guarde alguna instancia de relación con los momentos intermedios y con los futuros. Esta idea de progreso supuso que el centro de la historia fuese el hombre, en tanto ser substancial, y que todos los innumerables hombres que existieron, existen y existirán tuviesen algo en común (sea la naturaleza, para los clásicos, sea la razón, para los modernos), por lo tanto lo disyuntivo, o lo equívoco, no servía para explicar la relación del hombre con el tiempo. Ahora bien, como sabemos, esta idea de progreso ha fracasado estruendosamente con hechos como las dos guerras mundiales, con la utilización de las bombas atómicas, la violación de derechos humanos, la destrucción del ambiente, etc. En suma, los ideales de libertad, democracia, autonomía, autodeterminación de los pueblos, propios del proyecto ilustrado, del proyecto moderno, no se han realizado.

Desde una perspectiva social, la modernidad termina o claudica en favor de la Postmodernidad cuando desaparece la posibilidad de seguir hablando de la historia como una entidad unitaria. Ello es así porque tal concepción de la historia



supone que existe un núcleo alrededor del cual se ordenan y se jerarquizan los acontecimientos. Desde el punto de vista de la civilización occidental, ese centro ha sido el cristianismo (como hecho sociológico) y el etnocentrismo, en su doble dimensión de raza y cultura. Para Derrida es más preciso hablar de “eurocentrismo”, como la visión que ha caracterizado a occidente y que ha propiciado un planteamiento hegemónico de la historia, excluyendo, e invisibilizando al “otro”, tema al cual dedica no sólo su reflexión central, la deconstrucción, sino también su análisis de problemáticas como la inmigración, la religión, las minorías, la liberación de la mujer, el neocolonialismo, etc<sup>10</sup>. En efecto, la ruptura de esa línea de progreso, la emergencia y resistencia de culturas –tribus, llamadas por algunos sociólogos- locales o minoritarias, ha hecho que sea más bien un discurso de la fragmentación de la historia lo que caracteriza a la postmodernidad<sup>11</sup>. Nuestro mundo se convierte así en el mundo del fragmento, de la segmentación, de la pura diferencia, de la absoluta (in)comunicación. Es, en definitiva, la consagración de Babel. La cultura como espacio de lo megadiferente, de lo inconexo, de lo fragmentado y de lo espontáneo.

En este sentido señalemos el segundo aspecto fundamental y que a nuestro modo de ver se convierte en el tema por el cual vemos a Derrida y a su obra en posible

---

<sup>10</sup> De hecho, Derrida ha realizado constantes críticas en las que propone un replanteamiento sobre lo que sería una correcta filosofía en una dimensión internacional, considerando específicamente las implicaciones para las instituciones fundadas después de la segunda guerra mundial y critica el eurocentrismo en la historia de la modernidad y el rol de la Unesco al cuestionar la filosofía contemporánea. Es por ello que Derrida enfatiza en la necesidad de tomar conciencia sobre cómo se imponen discursos filosóficos, científicos o tecnológicos, así como en el diseño de políticas correctas tanto para estos campos como para la religión, el derecho, la ética, etc. Para Derrida los problemas siempre son tradicionales y nuevos a la vez y en general tocan los conceptos de propiedad, propietario, la relación de valores entre sujeto y objeto, la subjetividad, la identidad, etc. Cf., por ejemplo el texto: Derrida, Jacques (1994). “Of the humanities and the Philosophical discipline”. En: *Surfaces*, Vol. IV. 310 Folio 1. Montreal: Unesco. Tomado de: [www.hydra.umn.edu/derrida/human.htm](http://www.hydra.umn.edu/derrida/human.htm)

<sup>11</sup> Digamos una cosa más, en el contexto de la modernidad lo que se transmite del pasado es sólo aquello que se considera relevante de acuerdo con los centros o núcleos que constituyen la historia: los hechos de una raza o cultura, y dentro de ella, los hechos de los hombres importantes: clases dominantes, los gobernantes, los grandes hombres. Por ello, no es trivial el hecho de que sólo en la postmodernidad se hayan llegado a escribir libros que lleven por título *Historia de la vida cotidiana* o *Historia de las mujeres* que para los clásicos y para los modernos este testimonio carecía, ciertamente de interés.

marco comprensivo para entender las implicaciones de las nuevas tecnologías, esto es, la problemática del lenguaje. Si algo caracteriza este cambio de época y la presencia de las tecnologías informáticas es el lugar central que adquiere la información y sus lenguajes de comunicación, ¿pero cómo son estos lenguajes?, ¿cómo se relacionan con la ciencia?, ¿con la subjetividad?, ¿cómo operan?. Pues bien, si en Nietzsche y Foucault hay una declaración de la muerte de Dios, y en consecuencia, una ausencia de absoluto y de verdad, también el hombre de la modernidad, ha muerto, es decir, este hombre afincado en sus creencias, orientado por la verdad, los valores absolutos y la razón como máximo horizonte de despliegue de la humanidad –el sujeto trascendente de Kant y Descartes-, no tiene ya sentido alguno. ¿Qué queda entonces?. El lenguaje, o quizás debamos decir, siguiendo a Wittgenstein, *Juegos de lenguaje* en todas las esferas de la dimensión humana. Pero para Derrida esta invasión del lenguaje es sintomática de que la época del lenguaje llega a su fin por agotamiento a causa de su propia inflación, pues el pensamiento tradicional encierra con su lenguaje una violencia que intenta ocultar bajo unas apariencias pretendidamente inocentes. El sentido y racionalidad del discurso instituido, el pretendido, obstinado y estéril fundamento inmovible e inmutable, la búsqueda de la identidad y de la homogeneidad, presuponen unos mitos que Derrida tipifica como el “logocentrismo” del discurso tradicional y que se presentan estrechamente solidarios a su vez de la historia de la metafísica como metafísica de la presencia. Búsqueda en última instancia, de la familiaridad y el rechazo al riesgo, a lo complejo y a lo caótico. Ante tal crisis del lenguaje, Derrida propone el concepto de escritura, que por el contrario, prepara una nueva época, liberándose más y más de la producción fonética, como lo veremos más adelante. Dejemos por ahora planteadas algunas inquietudes: ¿Cómo leer entonces los lenguajes de la postmodernidad, en particular, los de las nuevas tecnologías, el del hipertexto?. Lenguajes que carecen de Dios, de una presencia. ¿Puede una escritura, una Gramatología, incluir todas las manifestaciones del lenguaje, mediado a través de las nuevas tecnologías?. Parece que estamos atrapados en la paradoja de acudir al lenguaje que en sí mismo nos impide salir de su logos.

Es por ello que para Derrida el proyecto moderno y los presupuestos metafísicos que se encuentran en el corazón de la filosofía occidental son por sí mismos problemáticos. Cuestión que por cierto ha demostrado Derrida, siguiendo a Nietzsche y a Heidegger. En particular, Heidegger, plantea la necesidad de “superación” de la metafísica, de un “ir más allá”. Este será un aspecto central en el trabajo de Derrida. Para ambos filósofos, el lenguaje es mucho más que un conjunto de instrumentos, de tal suerte que el lenguaje se convierte en el más reciente sustituto de Dios, o la mente –algo misterioso, incapaz de ser descrito en los mismos términos en que describimos otras cosas. Sin embargo, mientras para Heidegger el lenguaje es la “morada del ser”, es su “habitar”, para Derrida, es un juego de referencias, por lo tanto toma distancia de Heidegger y considera precisamente el lenguaje como el problema de la metafísica, en especial por la convicción de que el sentido último de toda realidad consiste estrictamente en la presencia. En lo esencial, como dice Guervós (1993), la obra de Derrida es una filosofía del lenguaje que se desarrolla dentro de la tradición del llamado giro lingüístico *-linguistic turn-*<sup>12</sup> y que se encuentra comprometida con los problemas inherentes a la superación de la metafísica y del saber absoluto, situándose en el espacio postmetafísico que inaugura el pensamiento postmoderno.

En consecuencia Derrida se propone destruir el presentismo y el logocentrismo propios de la metafísica, pues, para ésta, la presencia del pensamiento irrumpe necesariamente en la palabra, y por otro lado, el propio pensamiento contiene

---

<sup>12</sup> Vargas G. y Hoyos G. (1996) nos explican cómo a partir del trabajo presentado por Richard Rorty en 1967: *The linguistic turn: Recent essays in philosophical method*, es el momento desde el cual en la filosofía de todas las culturas y de todas las tendencias el carácter esencial del tema quedó establecido. Quizás la razón para que ello hubiese ocurrido radica en que dentro de su formulación final, Rorty considera cómo la fenomenología, la hermenéutica, la filosofía del lenguaje ordinario y la filosofía del lenguaje ideal entran en la disputa sobre el sentido y el alcance de esta cuestión. En todo caso, el “giro lingüístico” no puede ser tomado como una propuesta homogénea, tampoco como una posición esclarecida, y de una vez por todas, consolidada. Parte del problema que se tiene que abordar, es precisamente, cómo se atempera esta primacía del lenguaje en distintas perspectivas del pensamiento tanto filosófico como del que se ubica en las llamadas ciencias sociales. Cf. Vargas G. y Hoyos G. (1996) *La teoría de la acción comunicativa como nuevo paradigma de las ciencias sociales: las ciencias de la discusión*. Bogotá: ASCUN-ICFES, pp 127 y ss. Y Rorty, Richard (1990) *El giro lingüístico*. Barcelona: Paidós.

tanto la presencia del sentido como la presencia de la verdad. Es decir, para el logocentrismo la palabra representa directamente el significado que habita en la mente del hablante siendo el principal corolario de esta tesis el prejuicio consistente en el enaltecimiento tradicional de la palabra en detrimento de la escritura. Derrida considera la deconstrucción como un gesto que es, a la vez, estructuralista y antiestructuralista: se trata de desmontar el edificio de la metafísica, del logocentrismo, del presentismo, para que aparezcan sus estructuras. Pero una vez aparecidas, se muestran como ruinas o como meras estructuras formales que nada explican. Aquella cualidad re-representativa es justamente la que le ha sido denegada a la escritura. A lo largo de la historia sólo se ha encomendado el cometido subalterno de representar la propia palabra. La posibilidad de re-presentar directamente el significado, por consiguiente, le ha sido arrebatada sin contemplación. En realidad, la subordinación de la escritura a la palabra, es tácitamente tributaria del discurso metafísico tradicional. En él, las ideas ocupan una posición de privilegio, y la escritura, es relegada a un rango inferior porque se la considera una forma degradada de representación. En este combate contra el logocentrismo, Derrida ha denominado al lenguaje, en general, como “archi-escritura”, término que no sólo recoge el recelo de Derrida ante una presunta hegemonía de la palabra, sino que representa la liberación del propio lenguaje –tanto el escrito como el oral- de la presunta intervención de la presencia. Aspira, en una palabra, a emanciparlo de la re-representación<sup>13</sup>. De todos modos la importancia asignada a la “escritura” ha ido disminuyendo en los últimos trabajos de Derrida que, sin embargo, sí mantiene su concepción de la escritura como un “juego de diferencias” que se sustenta en un sistema indecible de inscripciones y de instituciones. Además, la hace depender de ciertos factores anticonvencionales pero asimismo indecibles como, por ejemplo, la “marca”, “la traza”, la “huella”.

---

<sup>13</sup> El primado de la identidad define el mundo de la representación como criterio de lo que es y su condición de posibilidad queda sujeto a lo que tanto Foucault como Deleuze denominan la cuádruple raíz: analogía, semejanza, identidad y oposición, el cuádruple yugo de la representación: identidad en el concepto, oposición en el predicado, analogía en el juicio y semejanza en la percepción. Estos cuatro aspectos fundamentales son los que hacen posible la representación y, a su vez, los que hacen imposible e impensable la diferencia, puesto que el concepto en cuanto único e idéntico, como representación genérica, elude las diferencias concretas. Cf. G. Deleuze (1988) *Diferencia y repetición*. Madrid: Júcar, p. 78 y ss.

Pero, sobre todo, la escritura es ahora solidaria de la innovadora noción que Derrida denomina “*différance*”.

El pensamiento de la diferencia, no obstante, abarca otras consideraciones. Se define así, básicamente, por oposición al pensamiento de la “identidad”, pero como para el pensamiento de la diferencia, el ser no es inteligible sin el no-ser, la identidad no es tal sin oponerse a “lo otro”; es decir, el origen no es originario sin algo que le siga. Esa prepotencia del concepto más universal, que pretende abarcarlo todo sin caer en la cuenta de que sólo pueden definirse por relación a lo que no es, es la que pone en cuestión la diferencia en general, y la estrategia deconstructiva, en particular. Genera, así, un pensamiento de la no presencia del ser y la verdad; y este planteamiento invitará a Derrida, a considerar la tarea filosófica como un continuo proceso de desvelamiento de “suplementos”. Pues, en efecto, si no hay presencia, contamos sólo con suplementos –no exactamente signos-, porque “su significado” se presta a entenderse demasiado fácilmente en la univocidad.

Rorty ha calificado a Derrida como un buen “jugador de juegos de lenguaje”, irónico y excelente escritor, más no ve más allá de su escritura –difícil y espléndida- alguna propuesta filosófica concreta. Sin embargo, desde nuestro punto de vista, estos juegos del lenguaje, responden a la necesidad inherente de crear un nuevo “vocabulario”, de proponerse intencionada y retóricamente nuevos juegos de lenguaje; de hecho, Guervós (1993) llama la atención sobre la introducción lúdica de Derrida del neomorfismo “Differance”, esa disgresión gráfica y gramatical, en el que se ha introducido la letra “a”, que se escribe, pero que no se oye y que permanece irónicamente silenciosa. Esto implica, por una parte, una cierta prioridad de la escritura, de la grafía, sobre la *phoné*, una ruptura con la sumisión de la escritura a la voz que “sugiere que es preciso dejarse ir de aquí, a un orden que ya no pertenece a la sensibilidad”, a un orden que se resiste a la oposición fundadora de la filosofía entre lo sensible y lo inteligible. Por otra parte,

se vislumbra la continuación del discurso de la diferencia elaborado por Nietzsche y Heidegger, pero bajo el signo de la radicalidad, con la clara intención de clausurar el logocentrismo, es decir, la primacía del logos sobre la escritura que la metafísica pensó bajo las categorías de presencia y totalización del pensamiento. Y ese radicalismo atañe ya a la misma *Differance*, que no admite definición posible, pues como dice el mismo Derrida (1989a:23) en *Márgenes de la filosofía* “no es ni una palabra ni un concepto, diré que me ha parecido estratégicamente lo más propio para ser pensado...lo más irreductible de nuestra época”. Sólo partiendo de la *Differance* es posible interpretar y comprender lo que somos y dónde estamos, y al mismo tiempo, los límites del tiempo en que vivimos.

No es extraño por tanto, que no se pueda decir que “es”, la *Differance* ya que el “es” implica un ser presente; no existe, ni es, ni presente, ni ausente; no se presenta nunca como tal, sino que reservándose y no exponiéndose, aparece como un ser misterioso en lo oculto de un no-saber. Y esto es precisamente lo que Derrida dice que queda por pensar, “aquello que en la presencia de lo presente no se presenta”. De esta forma, se quiebra el esquema de pensamiento que rige nuestro logos, pues la *Differance* sería “antes” del concepto, del nombre, de la palabra, algo que no dependería ya del ser, y todavía menos de alguna hiperesencialidad. “Lo más que se podría decir de ella es que, por una parte, es algo así como un concepto “agujereado” que permite o “deja ser” a lo otro del concepto; por otra parte, su análisis semántico nos permite, mediante un rodeo hermenéutico, una aproximación al juego que juega la misma *Difference*, ya que es impensable tratar de definir algo que siempre acontece” (Guervós, L. E. 1993:206).

Derrida retoma los dos sentidos que se inscriben en el verbo latino *referre*, “diferir”. El “diferir” como la acción del dejar para más tarde, que implica un componente temporal de demora, retraso, reserva, etc., y que Derrida resume bajo el término de *temporalización*. “Diferir, en este sentido es temporizar, es recurrir, consciente o inconscientemente, a la mediación temporal y temporizadora de un rodeo que

*suspende el cumplimiento o la satisfacción del 'deseo' o de la 'voluntad'" (Derrida, J. 1989b:43). La Differance, remite de este modo al movimiento activo y pasivo que consiste en diferir por dilación. El otro sentido de diferir es el más corriente: no ser idéntico, ser otro, de tal manera que entre los elementos diferentes se produce una distancia, un espaciamento. En este segundo sentido, el movimiento de la Differance, en tanto que produce los diferentes en cuanto diferencias, "es la raíz común de todas las oposiciones de conceptos que esconde nuestro lenguaje", el elemento de lo mismo, (que se distingue de lo idéntico), en el que estas oposiciones se anuncian. Este carácter productivo de las diferencias no quiere decir que la Differance sea origen, en sentido metafísico, de las diferencias. El origen es aquí un no- origen, un origen tachado que indica que el origen no es simple, sino plural. No hay comienzo, o principio, tampoco fin, con lo cual el problema del destino de la filosofía no se plantea en términos de comienzo sino de clausura.*

Según establece Saussure en su lingüística, el signo tiene dos cualidades correlativas: es arbitrario y tiene un carácter diferencial, puesto que no puede haber algo arbitrario que no sea constituido por diferencias. Pero por una parte, dice Derrida, estas diferencias actúan: en la lengua, en el habla también y en el intercambio entre lengua y habla; por otra parte, estas diferencias son en sí mismas efectos. En este contexto, la *Differance* será el movimiento del juego que "produce" estas diferencias, algo que no tiene nada que ver con el motivo estático y sincrónico del concepto de estructura. Toda lengua o todo código se constituye históricamente como un entramado de diferencias. La teoría freudiana es otro de los ejemplos que ponen de manifiesto el privilegio de la diferencia, puesto que la primacía de la conciencia es cuestionada por el movimiento de fuerzas diferentes y activas del inconsciente. *"Todas las diferencias en la producción de marcas inconscientes y en los procesos de inscripción pueden también ser interpretadas como momentos de la Differance, en el sentido de la puesta en reserva. El inconsciente no es un presente potencial o virtual, se difiere y se teje diferencias;*

*la diferencia entre el principio del placer y el principio de la realidad no es otra cosa que la diferencia como rodeo*” (Guervós, L.E. 1993:207).

Las implicaciones de este giro radical en el pensamiento de la diferencia alcanza de lleno a la estructura misma de la filosofía y a su modo de pensar. Derrida trata de ir más allá de Heidegger y de su permanente denuncia de la metafísica como “historia del olvido del ser y de la “diferencia ontológica”. Por eso, no se limita a una simple destrucción (*Destruktion*) de la ontología, tal y como había venido desarrollándose dentro de la tradición filosófica de occidente desde tiempo inmemorial, pues “más que destruir era preciso, al mismo tiempo, comprender cómo se había construido un “conjunto” y, para ello, era preciso reconstruirlo, pero tal reconstrucción no es más que una estratagema para poder des-sedimentar todas las significaciones que tienen su misma fuente en el logos. “*Derrida opera sobre los márgenes o en los límites mismos de la filosofía a fin de provocar un desplazamiento general del sistema filosófico hacia el terreno olvidado de lo Otro, puesto que una transgresión, sin más de la filosofía, nos llevaría a posiciones nihilistas o a un más allá de la metafísica a partir del “choque violento” con lo otro prohibido y relegado, la difference*” (Guervós, L.E. 1993:208). Sería, por tanto, un malentendido pensar que bajo el término clave de la *Differance* no hay más que una especie de neutralización de las clásicas oposiciones conceptuales (identidad-diferencia; sensible-inteligible, etc.) que constituían desde Platón, la vertebración del pensar filosófico, o que se trata sólo de una inversión del orden jerárquico, es decir, poner la *Differance* en el lugar preferente que ocupa la identidad.

A simple vista podríamos caer también en la tentación de encasillar su posición radical como de irracionalismo, pero el propio Derrida sale al paso para decirnos, en *Escritura y Diferencia* (1989b:54) “*es imposible hablar contra la razón, contra la magnitud insuperable del orden de la razón: contra ella, sólo se puede apelar a ella, sólo se puede protestar contra ella sólo nos deja en su propio terreno el recurso de la estratagema y a la estrategia*”. La revolución contra la razón sólo puede hacerse desde ella misma, por eso el pensamiento de Derrida opta por



servirse de una estrategia que le permita deconstruir la propia filosofía pensando la genealogía estructurada de sus conceptos de la manera más fiel, mediante una atenta lectura del pensamiento occidental. No se puede atacar a la tradición filosófica, sin más, desde afuera, es necesario solicitar, dislocar las estructuras de la metafísica, llevándolas al límite, de tal manera que salgan a la luz sus propias contradicciones y aporías, las fisuras y grietas de un edificio aparentemente sólido como el de la metafísica occidental. En *De la Gramatología*, Derrida resume su tarea así: *“En el interior de la clausura, a través de un movimiento oblicuo y siempre peligroso, corriendo el permanente riesgo de volver a caer más acá de aquello que se desconstruye, es preciso rodear los conceptos críticos con un discurso prudente y minucioso, marcar las condiciones, el medio y los límites de su eficacia, designar rigurosamente su pertenencia a la máquina que ellos permiten deconstruir; y simultáneamente la falla a través de la que se entrevé, aún insondable, el resplandor del más allá de la clausura* (1986:20).

Digamos, finalmente, que las pretensiones del pensamiento derridiano y, en general, de la filosofía de la deconstrucción, ha sido objeto de múltiples críticas; hemos señalado antes las de Richard Rorty y que ahora podríamos resumir en tres: innecesaria inflación del lenguaje, la imposibilidad de salir del sistema de oposiciones de la metafísica y, en consecuencia, permanencia en la “cárcel del lenguaje de occidente”, y, ambigüedad sobre el método filosófico. Razones que por cierto nos llevarán a buscar otros desarrollos teóricos. Sin embargo, por ahora, veamos otras críticas sobre las posibilidades y alcances del pensamiento de la Deconstrucción.

#### **4.4. Sobre las paradojas de un discurso radical antimetafísico y postmoderno.**

Al realizar una visión retrospectiva del pensamiento de la diferencia y de la deconstrucción, parece que nos encontremos al final de un recorrido paradigmático que ha pasado por la "dialéctica", la "existencia" y la "estructura". Todos ellos surgieron en su momento de una manera coyuntural como respuesta a los nuevos interrogantes que la tradición filosófica, que o bien había ignorado, o bien no supo proporcionar una solución pertinente. El pensamiento de la Diferencia, para Luis E. Santiago de Guervós (1993)<sup>14</sup> tuvo el mismo significado y valor, el mismo poder global y de sentido de verdad, por lo que reúne también, a su manera, la historia del pensamiento, articulando una cierta experiencia múltiple de lo real y configurándose así en otra manera de articular pensamiento filosófico, como si de otra forma de pensar se tratara, situándose, no sin problemas, en el campo de la denominada "postmodernidad". Sin embargo, tal pensamiento se enfrenta a la metafísica tradicional a través de la deconstrucción y de la crítica.

La ubicación del pensamiento de Derrida, en tanto su compromiso crítico-radical, como él mismo -así como Deleuze- reconoce, se encuentra en los límites o márgenes tanto de la metafísica en general como del propio estructuralismo o, lo que es lo mismo, en un terreno intermedio entre el adentro y el afuera de la propia filosofía. Situación que, como hemos dicho antes, lo coloca en un ámbito ambiguo y paradójico. Una paradoja, por no decir, *la* paradoja del pensamiento de la

---

<sup>14</sup> Cf. Guervós, Luis Enrique de Santiago (1993). "El pensamiento de la diferencia: cómo pensar de otra manera en la postmodernidad". En: *El giro postmoderno*. pp. 195-211. En este artículo el autor analiza el problema y la estrategia de los postestructuralistas para romper los límites de la razón. Para ello compara las obras de autores como Deleuze, Foucault y Derrida.

Deconstrucción, es la que atañe al lenguaje filosófico. Como el mismo Derrida anuncia “*ya el propio nombre gramatología apenas se sostiene, atrapado como está en la paradoja de un equilibrio inestable entre el edificio que habita y su requerimiento de abandonarlo, en la paradoja de un anuncio de clausura del saber y de un monstruoso porvenir, que no puede, no debe renunciar, sin embargo, a la necesidad de saber, del logos, de la ciencia, de la racionalidad*” (Derrida, J. 1997c: 27) Veámosla más despacio. Como se sabe, Derrida se propone huir de la racionalidad occidental -siguiendo a Heidegger- de la prepotencia del logos, por lo cual se ubica en una situación lingüística comprometida; es decir, al introducir términos no categorizables, (como la *différance*), que no pueden ser asimilados por el logos tradicional, el discurso de la filosofía de la diferencia aparece como indefinido, indeterminado y difícil de comprender desde un horizonte discursivo preñado de metafísica. Como señala Guervós, ese parece ser el precio que debe pagar toda crítica radical de la metafísica: la falta de lenguaje para expresar lo no pensado o lo no dicho por el pensamiento tradicional<sup>15</sup>. Esta ausencia de lenguaje de la que se lamenta Heidegger, para decir la “esencia del ser” también supuso un gran lastre para la filosofía radical del propio Nietzsche, puesto que la paradoja que trata de evitar toda crítica es la de quedar atrapada en el discurso tradicional de la metafísica; para Nietzsche “*no vamos a desembarazarnos de Dios porque continuamos creyendo en la gramática*”, por eso plantea substituir todo lenguaje que vive en la fe de la gramática, raíz última de la metafísica de la razón y del concepto, por la fuerza poética, metafórica y artística, de un lenguaje no sometido a la gramática, de modo que pueda expresar los impulsos insondables de la vida.

En efecto, y tal como Derrida lo vislumbro desde un principio, la posibilidad de escapar de las redes de la metafísica tenía que pasar, necesariamente, por una

---

<sup>15</sup> La dificultad, como lo señaló Heidegger, se encuentra en el lenguaje. Nuestras lenguas occidentales son, cada una a su modo, lenguas del pensar metafísico. Debe quedar abierta la pregunta acerca de si la esencia de las lenguas occidentales sólo lleva en sí una marca metafísica, y por lo tanto definitiva, por medio de la onto-teo-logía, o si estas lenguas ofrecen otras posibilidades del decir, lo que también significa del no-decir del habla. Queda por supuesto la pregunta por cómo la cultura oriental se encuentra, o no, encerrada en una lengua que permite, o no, hallar la esencia del ser.

transformación radical del lenguaje. En este sentido cabe preguntarnos si el escenario de las nuevas tecnologías, precisamente, propician dicho salto, al integrar múltiples lenguajes, al borrar los límites del lenguaje fonocéntrico y mezclar la imagen, el sonido, con sus lenguajes, en sinfonías virtuales. Imagen y música propician en nuestros sentidos otras manifestaciones del ser, diferentes a las del lenguaje escrito. Emoción y narratividad mezcladas, poética y estética fusionadas digitalmente, pueden ser un paso en la transformación de ese lenguaje. Más la pregunta por la esencia del ser permanece, ¿cómo podemos responder a ella?. ¿Acaso la respuesta se encontraba en un lugar técnico, en una prótesis que ahora nos devela quiénes y cómo somos?<sup>16</sup>

Los filósofos de la Diferencia pretenden evitar las experiencias fallidas de la crítica a la metafísica de sus predecesores, para así no quedar cautivos del edificio que tratan de destruir. De hecho, Derrida, no ignora la dificultad metodológica que supone el no poder hablar contra la Razón, cuando el mismo lenguaje está constituido por el logos y cuando sólo disponemos de un pensar representativo (por medio de conceptos) que tiene su origen en el seno de la metafísica. De ahí que como señala Guervós (1993) los pensadores de la Diferencia trataran de conducir la razón a sus propios límites, planteando problemas, minando las estructuras desde el interior, des-sedimentando el sistema, desconstruyéndolo, introduciendo un pensamiento del juego, etc. Estrategias que se usan para abrir fisuras en el sistema, a fin de que nos permitan ver lo que hay más allá de la razón logocéntrica del pensamiento occidental. "*Nuestro discurso* -dice Derrida-, *pertenece irreductiblemente al sistema de oposiciones metafísicas. Sólo se puede anunciar la ruptura de esta pertenencia mediante una cierta organización,*

---

<sup>16</sup> Pedro Aullón de Haro (2002) señala que la estética es en realidad una ontología. En ese sentido hay una estética de la *physis*, de la naturaleza, y una estética de la *téchne*, de los objetos fabricados por el hombre. Ambas, en su doble dirección, existen como consecuencia de la expresión del Espíritu. A la *techné*, a su sentido primigenio, pertenecen el trazo originario y la huella de la mano del hombre, objetos estéticos primordiales junto al habla. El lenguaje verbal es lo primero, pues especifica el centro del hombre, la conciencia desde sí y su ser, es universalista y penetra en la esfera de la visión, pero secundariamente. La huella, el trazo, el signo gráfico como símbolo pertenecen entonces a la visión por principio, y pueden acceder a una visión contemplativa, aunque usualmente se convencionalizan y propenden culturalmente al funcionalismo. Y, en consecuencia, su sentido de universalidad es paralelo al habla.

*mediante una cierta disposición estratégica que... produzca una fuerza de dislocación que se propague a través del sistema" (Derrida, J. 1989a: 32).*

Sin embargo, una estrategia de estas características, llámese deconstrucción, arqueología del saber, o genealogía del poder, no nos llega a ofrecer un modelo alternativo que sea resultado de una revolución del pensamiento. Si bien, tienen un carácter transgresor e intempestivo, la paradoja del lenguaje, la "*falta de un lenguaje*", no permite avanzar hacia ninguna parte. Es decir, en parte se critica a la metafísica, y al mismo tiempo, se es cómplice de ella. A este respecto, Richard Rorty (1993) plantea que una "estrategia general de la deconstrucción", debe formular una que sea algo más que "evitar tanto una simple neutralización de las oposiciones binarias de la metafísica, como la simple habitación en el campo cerrado de las oposiciones". Para Rorty, esto puede conseguirse simplemente señalando que las oposiciones están ahí, y a continuación no tomándolas muy en serio, tal como ha venido haciendo mayormente nuestra cultura desde hace tiempo, pues ha sido consciente de no descansar sobre nada más sólido. Si todo lo que está diciendo Derrida es que debemos tomar menos en serio que Heidegger las metáforas muertas de la tradición filosófica, es justo responder que, en sus primeros escritos, él las toma bastante más en serio de lo que las tomó el último Heidegger<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> Más recientemente Richard Rorty (1998) ha discutido las malas interpretaciones que sobre el pensamiento derridiano se han hecho en los Estados Unidos. Para Rorty, los fans anglófonos usan previsiblemente a Derrida para los mismos propósitos para los que han sido largamente usados Freud y Marx por los críticos literarios. Creen que él les provee de nuevas y mejoradas herramientas para desenmascarar libros y autores mostrando qué es lo que realmente ocurre por debajo de una falsa fachada. Pero, para Rorty sin los conceptos tradicionales de la metafísica, la distinción apariencia-realidad no tiene sentido, y sin esa distinción no cabe la pregunta por "qué está pasando realmente". Adicionalmente critica que pueda haber algo así como el método deconstructivo que puede aplicarse a los textos y enseñarse a los estudiantes. "*Jamás fui capaz de entender de qué se trata este método ni tampoco lo que se estaba enseñando a los alumnos salvo esa máxima de "encuentre algo que pueda hacerse aparecer como autocontradictorio, plantee que esa contradicción es el mensaje central del texto y agote los significados al respecto". La aplicación de esta máxima produjo, entre los 70 y 80 miles y miles de lecturas deconstructivas de textos por parte de profesores norteamericanos y británicos que eran tan formulaicas como los miles y miles de lecturas resultantes de aplicar concienzudamente la máxima "Encuentre algo que pueda sonar como un síntoma irresuelto complejo de Edipo". Cf. Rorty, Richard (1998). "Notas sobre deconstrucción y pragmatismo". Traducción Marcos Mayer. En: Mouffe, Ch. (comp.) *Deconstrucción y pragmatismo*. Buenos Aires: Paidós. Tomado de: [http:// pesonales.ciudad.com](http://pesonales.ciudad.com)*

En definitiva, hemos hablado tangencialmente de la deconstrucción y más aún de sus críticas. Pero, ¿en qué consiste exactamente esa Deconstrucción?. ¿Cuál es su origen filosófico, acaso subsidiario del de la “Destrucción” heideggeriana?. ¿Qué significa que no es una teoría, sino una estrategia?. Y, por supuesto, ¿qué importancia tiene ésta en el escenario de las nuevas tecnologías de la información y en particular en una conceptualización sobre el hipertexto?. Intentaremos resolver estos interrogantes y retomar posteriormente estas críticas al pensamiento de la Deconstrucción y de la Diferencia.

#### 4.5. Deconstrucción: la imposibilidad de la teoría.

“Pues las palabras de la deconstrucción no designan ya conceptos según el modo que normalmente regula el lenguaje ordinario o el discurso filosófico, al menos como uno se los representa en general. Ya ni siquiera se reagrupan en torno a sí mismas sino que rompen tanto con la univocidad como con la equivocidad regulada, tanto con la pertenencia como con la no pertenencia a una lengua. Acabo de hablar de las palabras de la deconstrucción. No obstante no hay un código determinado a un léxico cerrado en términos deconstructivos”.

J. Derrida.

En una entrevista con Julia Kristeva, Derrida profesó su descreimiento ante “rupturas absolutas” y señaló que *“las rupturas siempre y fatalmente se reinscriben en un viejo tejido que debe destejarse continua e interminablemente”*. Derrida considera que la deconstrucción, más que hacer una ruptura radical en el pensamiento, se refiere a un conjunto de técnicas y estrategias para desestabilizar, fisurar y desplazar los textos de la filosofía tradicional, y lograr una visión del texto mucho más amplia, como “archi-escritura”, presente en la cultura. Con este propósito muestra que desde los textos más puramente espiritualistas, o idealistas, o incluso los textos más positivistas o cientificistas, presentan complicidades logo-fonocentristas. Si bien Heidegger había planteado la “*Destruktion*” de la cual parece tener “huella” la deconstrucción derridiana, debemos notar la diferencia entre una y otra, pues Heidegger, al limitar el sentido del ser a la “presencia”, queda atrapado en las redes de la metafísica y del logocentrismo<sup>18</sup>. Como señala Guervós (1993), el hijo se rebela contra el padre

---

<sup>18</sup> Juan José Botero (1989) comenta al respecto: “El tema de la deconstrucción es un tema típicamente heideggeriano que está ligado al cuestionamiento del logos del racionalismo occidental por parte de la filosofía, la cual es a su vez su expresión y su fundamento, como quien dice este logos mismo. Para Heidegger la filosofía desde los griegos es un discurso que ante todo se interroga sobre el ser del ente, sobre la esencialidad de aquello que es. Esta interrogación ha sido olvidada por la metafísica a partir de Platón y se ha convertido en la pregunta por el ente (cuál es la esencial del ente). Su historia culmina con la metafísica moderna, la que va desde Descartes a

con los mismos instrumentos y herramientas que el padre le ha dejado, radicalizando las mismas ideas y objetivos que él ha pensado, pero sin realizarlas completamente, y sin llevar las conclusiones hasta las últimas consecuencias. Es así como Derrida, apoyándose en el último Heidegger, transforma la *Destruktion* en deconstrucción. La preferencia por este término tiene que ver con que éste se asocia mejor el sentido lingüístico, gramatical y retórico del fenómeno mecánico de desmontar las partes de una máquina para llevarla a otra parte. En efecto, la deconstrucción, como dijimos antes, no tiene tampoco un sentido negativo aparentemente radical. Más que destruir, es preciso, al mismo tiempo, comprender cómo se ha construido un conjunto y para ello, es preciso reconstruirlo. Hay que desarticular todos los conceptos filosóficos de la tradición, pero se reafirma la necesidad de recurrir a ellos. Por eso, la deconstrucción tiene como objeto des-sedimentar todo tipo de estructuras lingüísticas, logocéntricas, fonocéntricas, sociales, institucionales, políticas, culturales y sobre todo filosóficas. Digámoslo una vez más, *"la deconstrucción no excede el pensamiento occidental, la metafísica tradicional, situándose más allá del mismo, sino que se mantiene constantemente en un equilibrio inestable entre lo que constituye y lo que excede, trabajando en su margen mismo a fin de lograr un pensamiento que no descansa nunca en el tranquilo sosiego de lo que le es familiar"* (Peretti, Cristina. 1989:21).

En *Carta a un amigo Japonés*, Derrida nos hace algunas puntualizaciones sobre la deconstrucción, lo que es, lo que debería ser, o no ser. En primer lugar, puntualiza el problema de la "traducción" –y la lengua de los conceptos- como uno de los temas centrales de la deconstrucción. De hecho, señala que la palabra

---

Nietzsche, una metafísica de la subjetividad que ha pensado el ser del ente como representación. Sobre ella se ha fundado la ciencia, y en general la cultura moderna, las cuales reposan sobre esta manera de concebir al ente (una metafísica) para una subjetividad que carece de sentido, que no es más que un punto de vista, una pura función. Esta cultura está impregnada por la técnica en cuanto ésta es la puesta en práctica de aquella metafísica de la subjetividad que trata al "ente" como "disponible" o bajo el modo de la disponibilidad. Pues bien, Derrida piensa detenidamente todo este itinerario metafísico y se esfuerza por comprenderlo y en esto consiste su proyecto de deconstrucción" Véase Botero, Juan J. (1989) "Derrida y la quasi-destrucción de la fenomenología". En: *Ideas y valores No. 106*. Disponible virtualmente en: <http://hemeroteca.icfes.gov.co/revistas/ideasval/IV106/botero.htm>



deconstrucción no se adecua, en francés, a ninguna significación clara y unívoca. “Existe ya, en mi lengua, un oscuro problema de traducción entre aquello que se puede apuntar de aquí y allá, con esta palabra y la utilización misma, los recursos de dicha palabra. Mejor aún, en alemán, inglés o el inglés americano, la misma palabra está ya vinculada a unas connotaciones, a unas influencias, a unos valores afectivos o patéticos muy diferentes”(1989c:85). Derrida reconoce en de la gramatología que la palabra deconstrucción “se me impuso”, si bien por aquél entonces no pensaba que se le iba a reconocer un papel tan central en su discurso. Entre otras cosas, ya deseaba traducir y adaptar a su propósito los términos heideggerianos de *Destruktion* y de *Abbau*. Ambos significaban, en ese contexto, una operación relativa a la estructura o arquitectura tradicional de los conceptos fundadores de la ontología o de la metafísica occidental. Pero, en francés, el término “destrucción” implica, de forma demasiado visible, un aniquilamiento, una reducción negativa más próxima de la “demolición” nietzscheana, quizás, que de la interpretación heideggeriana, o del tipo de lectura que Derrida proponía. Por consiguiente, lo descartó. Además recordemos su contexto eminentemente estructuralista. “Deconstrucción” parecía ir en este sentido, ya que la palabra significaba una cierta atención a las estructuras, (que, por su parte, no son simplemente ideas, ni formas, ni síntesis, ni sistemas). Deconstruir era un gesto estructuralista, en cualquier caso, era un gesto que asumía una cierta necesidad de la problemática estructuralista. Pero era también un gesto antiestructuralista; y su éxito, quizás, se deba, en parte, a este equívoco. Se trataba de deshacer, de descomponer, de desedimentar estructuras, (todo tipo de estructuras, lingüísticas, logocéntricas, fonocéntricas, socio-institucionales, políticas, culturales y ante todo filosóficas). El estructuralismo estaba, por entonces dominado por los modelos lingüísticos de la llamada lingüística estructural muy arraigada en Francia por la obra, entre otros, de Saussure. Por eso, en particular en Estados Unidos, se ha asociado el sentido de la deconstrucción al “postestructuralismo”, (palabra desconocida en Francia, salvo cuando llega de Estados Unidos).

En cualquier caso, Derrida insiste en que la deconstrucción no es un análisis, ni una crítica, y la traducción debería tener eso en cuenta. No es un análisis, sobre todo, porque el desmontaje de una estructura no es una regresión hacia el elemento simple, hacia un origen indescomponible. Pero, tampoco es una crítica, en un sentido general o en un sentido kantiano. La instancia misma de *krisis* (decisión, elección, juicio, discernimiento) es, como lo es por otra parte todo el aparato de la crítica trascendental, uno de los temas, o de los objetos esenciales de la deconstrucción. Lo mismo sucede con el método. La deconstrucción no es un método y no pide ser transformada en método. Sobre todo si se acentúa en esta palabra, la significación sumaria o técnica, pues la deconstrucción no puede reducirse a una mera instrumentalidad metodológica, a un conjunto de reglas y procedimientos transportables. Es preciso, asimismo, señalar que la deconstrucción no es ni siquiera un acto o una operación. No sólo porque, en este caso, habría en ella algo pasivo o algo “paciente” sino porque no corresponde a un sujeto (individual o colectivo), que tomaría la iniciativa de ella y la aplicaría a un objeto, a un texto, a un tema. La deconstrucción tiene lugar; es un acontecimiento que no espera la deliberación, la conciencia o la organización del sujeto, ni siquiera la modernidad. *Ello “se” deconstruye*. El *ello* no es aquí una cosa impersonal que se contrapondría a alguna subjetividad egológica. El *ello* está en deconstrucción. Y en el “*se*” de *deconstruirse*, que no es la reflexividad de un yo o de una conciencia, reside todo el enigma. “*La imposible tarea del traductor, esto es lo que quiere decir asimismo “deconstrucción”*”. Sin embargo, Derrida se pregunta: *si la deconstrucción tiene lugar en todas partes donde ello tiene lugar, donde hay algo queda por pensar lo que ocurre hoy, en nuestro mundo y en la modernidad, en el momento en que la deconstrucción se convierte en un motivo, con su palabra, sus temas privilegiados, su estrategia móvil, etc.* (Derrida, J. 1989c: 87). Ante este cuestionamiento Derrida reconoce no tener respuesta y más bien ve en sus ensayos tanto síntomas modestos de la misma como tentativas de interpretación, “*ni siquiera me atrevo a decir, siguiendo un esquema heideggeriano, que estamos en una “época” del ser-en-deconstrucción que se habría manifestado o disimulado a la vez en otras épocas. Este pensamiento de*

*época y, sobre todo, el de una concentración del destino del ser, de la unidad de su destinación o de su dispensación no puede dar nunca lugar a seguridad alguna” (1989c:88).*

En consecuencia, la palabra “deconstrucción”, al igual que cualquier otra, no posee más valor que el que le confiere su inscripción en una cadena de sustituciones posibles, lo que se suele denominar un “contexto” en donde se sustituye y se deja determinar por otras tantas palabras, como por ejemplo, “escritura”, “huella”, “diferáncé”, “suplemento”, “himen”, “fármaco”, “margen”, “encerradura”, “parengon”, etc. Derrida entonces dice: “¿Lo que la deconstrucción no es? ¡Pues todo! ¿Lo que la deconstrucción es? ¡Pues nada!”. Por eso, para él, ‘deconstrucción’ no es una palabra bonita, es una palabra esencialmente reemplazable dentro de una cadena de sustituciones. “Lo mejor para (la) desconstrucción sería que se encontrase o se inventase en japonés otra palabra (la misma y otra) para decir la misma cosa (la misma y otra), para hablar de la desconstrucción y para arrastrarla hacia otra parte, para escribirla y transcribirla. Con una palabra que, asimismo, fuera más bonita” (1989c: 88).

La deconstrucción no puede aspirar, por lo tanto, a librarnos, de una vez por todas, de los conceptos son fundamentales al racionalismo occidental, sino que sólo puede encaminarse, repetidamente, a transformarlos, a desplazarlos, a enfrentarlos con supuestos, a reinscribirlos en otras cadenas, y modificar así, poco a poco, el terreno de nuestro trabajo y producir nuevas configuraciones. O, como dice Patricio Peñalver (1990b:15) “La desconstrucción se pensó muy pronto como algo más que un discurso teórico que destituye a otro discurso teórico. Lo desconstruido o por desconstruir no es sólo ni ante todo un orden conceptual, sino una cierta organización práctica socio-histórica: el texto de la desconstrucción debe configurarse también como dispositivo capaz de intervenir en ese campo práctico que rodea, más bien determina, la “situación” de la teoría o de las “ideas”. Por estos medios, la deconstrucción “organiza una estructura de resistencia” ante la conceptualización dominante. La deconstrucción implica, entonces, siguiendo a

T. McCarthy (1989), un radical descentramiento del sujeto en relación al lenguaje. Como el significado es siempre una función de unas relaciones diferenciales que permanecen en gran parte inconscientes, (relaciones entre significantes, entre hablantes, entre oyentes, entre situaciones, entre contextos, etc.), y como esas relaciones se desenvuelven en espacios sociales y en tiempos históricos, nunca acabamos de ser completamente maestros de lo que decimos: el sujeto, y sobre todo el sujeto consciente y hablante, depende del sistema de diferencias y del movimiento de *la différance*. Es decir, para Derrida, el proceso de significación “es un juego de diferencias” tal que ningún elemento puede funcionar como signo sin referirse a otros elementos que no están presentes, pues todo elemento “se constituye sobre la base de las trazas que sobre él han dejado los otros elementos de la cadena”. Dado que el tejido de las relaciones de las diferencias deja inevitablemente su traza sobre cualquier signifiante, nunca podremos conseguir una simple univocidad del significado.

Intentemos pues caracterizar brevemente, lo que podríamos denominar las premisas o contexto de la deconstrucción en tres aspectos: la inquietud del lenguaje, la crisis del estructuralismo<sup>19</sup> y el lenguaje filosófico y el pensamiento heterológico. Para ello, seguiremos a Patricio Peñalver (1990b:21 y ss).

---

<sup>19</sup> Según Bernhard Waldenfels (1997) El estructuralismo sólo se convierte en desafío cuando deja de limitarse a un método formal científico y tampoco se limita a la aplicación de un modelo general semiológico, y empieza a reclamar para sí supuestos filosóficos. Esto es lo que sucede en los años sesenta cuando empiezan a desmoronarse los fundamentos mismos de la fenomenología: la pureza del sentido, la concentración en un sujeto, la continuidad de la historia, la integridad de una sola razón y el Hombre como alfa y omega de todo este acontecer. Sin embargo, en la ponencia de Derrida *Les fins de l'homme*, de 1968, insiste en que no se puede tratar de sustituir el sentido por un sistema, sino más bien antes de “determinar” la posibilidad de sentido partiendo de una organización “formal” que en sí misma carece de sentido (1972,161). Esta reducción *del* sentido entra en conflicto con la reducción husserliana *al* sentido, y también con la cuestión heideggeriana acerca del sentido de cualquier Ser. Se convierte en pura antifenomenología cuando las estructuras tienen la última palabra. Es interesante constatar que Claude Lévi-Strauss, Jacques Lacan, Roland Barthes, Louis Althusser, Gilles Deleuze y Michel Foucault –lo bastante variopintos protagonistas de este nuevo pensamiento- rechazan casi unánimemente el rótulo de un estructuralismo, y se puede mostrar que esta antifenomenología, tanto en lo concerniente a sus condiciones como en cuanto a su evolución, debe comprenderse como transformación de la fenomenología. Cf. Waldenfels, Bernhard (1997). *De Husserl a Derrida. Introducción a la fenomenología*. Barcelona: Paidós, pp. 147 y ss.

- La inquietud del lenguaje y por el lenguaje, inquietud histórica y trascendental ante la instancia del sentido amenazado, o de la crisis de la verdad experimentada desde el lenguaje puro como historia pura. Armado teóricamente desde el paradigma fenomenológico husserliano, Derrida interpreta esta inquietud desde la diferencia entre fuerza y significación. Es, en suma, una interpretación de la crisis del sentido, y en definitiva, de la historicidad de la verdad. La fenomenología husserliana da al primer Derrida una metodología y un marco conceptual muy preciso. Pero también hay que destacar la presencia de la ontología heideggeriana y la genealogía de Nietzsche. Estos tres autores serán referencias imprescindibles en la desconstrucción del logocentrismo.

- La crisis del estructuralismo. Para Derrida vivíamos en una fecundidad estructuralista, la cual tiene su fuente en la capacidad de unificación del lenguaje y la historia. El estructuralismo fija su atención en la organización del sentido, en la autonomía y el equilibrio propio, en la constitución lograda de cada momento, de cada forma, pero esto a su vez es su debilidad. De hecho, todo lo que no es posible de comprender y rompa con este equilibrio, es deportado al rango de accidente aberrante. Incluso lo patológico no es simple ausencia de estructura. Esta organizado. No se comprende como deficiencia, defección o descomposición de una bella totalidad ideal. No es una simple derrota del *telos*. Es, justamente, esta idea de estructura la que será objeto de desconstrucción.

- El lenguaje filosófico y el pensamiento heterológico. La dominación de la cultura occidental, por su origen en el logos griego, produjo una opresión de la experiencia, más específicamente, una represión de la dimensión irreductiblemente heterológica y trascendente de la experiencia. Aquella cultura, aquel logos, es caracterizado por Levinas como un pensamiento de lo mismo, un pensamiento del sometimiento de lo otro a lo "mismo". La categoría más significativa de ese pensamiento tautológico habría sido la totalidad, a la que Levinas contrapone la idea de infinito. Pero la lectura de Derrida se orienta, ante todo, hacia la base crítica de esa propuesta ética, hacia la denuncia del logos

griego y del lenguaje filosófico dominante en occidente, en el origen de la opresión ontológica y totalitaria de lo otro y del otro. Sin embargo, la cuestión para Derrida es sobre la posibilidad de dislocación del logos griego. ¿Cómo lograrla, si ésta ha de formularse finalmente en griego, en nuestra lengua, en el lenguaje filosófico (que no está solo en la filosofía), es decir, el lenguaje de la lógica y de la identidad de nuestra identidad?.

Sin embargo, tal y como lo plantea G. Hottis (1997), el logo-fonocentrismo está omnipresente, su desconstrucción es una tarea difícil, tortuosa e infinita. Derrida sabe perfectamente que de la filosofía y, por tanto, del idealismo, es imposible salir. Lo máximo que se puede hacer es obrar con astucia para no quedar íntegramente dentro, pues a partir del momento en que se utiliza el lenguaje, actúa el señuelo estructural, y lo hace del tal manera que uno no puede abstenerse de caer en las redes de la metafísica. Sin embargo, veamos el recorrido que ha hecho Derrida en su proyecto ingente, según unos, o irónico, en opinión de otros. En un primer momento, Derrida ha dirigido su crítica desconstruccionista a dos corrientes contemporáneas de pensamiento aparentemente opuestas: la fenomenología y el estructuralismo. A propósito de la fenomenología de Husserl, que recordemos debe Derrida sus primeros escritos filosóficos, pone en evidencia todas las técnicas gracias a las cuales el filósofo intenta colocar entre paréntesis – más propiamente llamada la suspensión fenomenológica- el lenguaje, (y en especial la escritura), con el fin de no tener en cuenta otra cosa que el “querer decir” de la conciencia, así como las significaciones ideales y los correlatos de los objetos intencionales. Ahora bien, a su puesta entre paréntesis, el lenguaje se resiste. Y tanto más vigorosamente se resiste cuanto que la escritura, (la forma más material del lenguaje), se desvela como el instrumento estabilizador que permite transformar los objetivos fluidos y transitorios de los sentidos, experimentados por la conciencia; por su parte, la voz, se desvela en significaciones ideales esencialmente fijas. Estas significaciones –idealidades- parecen cuasi-objetivas, independientes de las conciencias intencionales, o de los sujetos hablantes que tienen la ilusión de descubrirlos como “datos”. También

parecen independientes de contextos y devenires. La fenomenología y la filosofía en general, consideran el sentido como primero y fundamental; en cambio, la expresión oral del sentido, y sobre todo su escritura, es considerada como acontecimiento secundario y contingente.

Del estructuralismo, Derrida también reconoce una aportación deconstructiva. El estructuralismo desustancializa la noción de sentido, asimilándola a un juego de diferencias, de oposiciones funcionales, de tal suerte que los efectos del sentido diferenciado vienen de la red simbólica y no de la realidad exterior al lenguaje<sup>20</sup>. Sin embargo, F. de Saussure<sup>21</sup>, sigue manteniendo, en múltiples aspectos, una posición logocentrista: utiliza el vocabulario idealista, distingue el significante y el significado como dos aspectos ligados, pero al mismo tiempo radical, y sustancialmente distintos y, sobre todo, valoriza el lenguaje oral (la palabra) por encima de la escritura, que excluye del dominio de la lingüística científica.

---

<sup>20</sup> Octavi Fullat (2002:152) nos recuerda que “para el estructuralismo la lengua carece de punto de salida unitario; el sentido de los diversos elementos sólo se produce definiéndolos en oposición de otros. Los estructuralistas sostienen la primacía de la estructura oculta por encima del fenómeno y del suceso. Y así fenómeno y suceso no son otra cosa que efectos de la estructura. Tanto la conciencia como el sentido quedan con ello minusvalorados en provecho de un inconsciente estructural que los gobierna. Las identidades clásicas –esencia, substancia, origen, presencia...- ceden paso a la diseminación y a la pluralidad. Esta falta de convergencia hacia algún absoluto hace que el estructuralismo se encuadre en el sentido del espacio postmoderno” y en consecuencia, es parte de la herencia postmoderna que J. Derrida retoma.

<sup>21</sup> Para Saussure la lingüística carece de objeto de estudio. La lengua carece de punto de salida unitario; el sentido de los diversos elementos sólo se produce definiéndolos en oposición de otros. Los estructuralistas sostienen la primacía de la estructura oculta por encima del fenómeno y del suceso. Fenómeno y suceso no son otra cosa que efectos de la estructura. Tanto la conciencia como el sentido quedan con ello minusvalorados en provecho de un inconsciente estructural que los gobierna. Las identidades clásicas –esencia, substancia, origen, presencia...- ceden paso a la diseminación y a la pluralidad. Esta falta de convergencia hacia algún absoluto hace que el estructuralismo se encuadre en el sentido del espacio postmoderno. En efecto, desde Saussure la lingüística ha colocado al logos, a la palabra viva, la hablada –phone-, como el núcleo central de su teoría. Contemplada desde el fonologismo, la escritura es simple reflejo de la palabra hablada; es un instrumento al servicio de ésta. El fonologismo, o logocentrismo, constituye el substrato común a toda la metafísica occidental clásica. Según Platón, el Logos es el hontanar del cual proviene el resto a manera de sombras suyas. El logos constituye la forma como el ser se hace presente. La palabra hablada –*phone*- es Logos; no, así, la escritura. Ésta queda lejos del esplendor de la razón; la escritura implica distancia, ausencia, con respecto a la palabra hablada, de la cual es un reflejo pálido. La escritura en la civilización occidental acaba siendo máscara.

El campo de la deconstrucción derridiana es muy extenso, incluso podríamos decir ilimitado, pero presenta zonas de intensidad y de cualidad muy diversas. Declararse empirista, positivista o materialista, no deja al abrigo de la sospecha. En general, estas posiciones continúan utilizando un modelo representacional gracias al lenguaje y a la escritura. También aquí, el pensamiento accedería directamente, desde el comienzo, a la presencia del ente que luego representaría. Ahora bien, según Derrida, no hay origen, no hay tope primero ni último, al que el sentido pudiera arrimarse para detener la deriva. Por tanto, no hay historia: no hay ese “devenir-totalidad” que recorrería desde el origen hasta el fin, que todo lo cerraría y que daría significación propia a cada cosa y a cada acontecimiento.

En este orden de ideas, Derrida, en *La voz y el fenómeno*, anota las condiciones de imposibilidad de algo así como una teoría general de la deconstrucción, o sea la imposibilidad de remitir esta operación a tal organización tética, temática, semántica, a un querer-decir controlable por el saber. Por ejemplo, en el texto sobre la farmacia de Platón -que lo encontramos en *De la Gramatología*-, Derrida juega con este desfase entre la nuclearidad aparentemente sintetizable, de lo que parece querer decir, y la extensión y la larga paciencia que exige escribirlo. Abrir la legibilidad de los textos de Derrida es entrar en un laberinto, en el que él, por otra parte, hace entrar, a su vez a todo lo que toca. En entrevista con Julia Kristeva (1968), Derrida planteaba que lo que le interesaba en este momento era, al mismo tiempo que una “economía general”, una estrategia general de deconstrucción. Y esta debería evitar, y a la vez neutralizar, las oposiciones binarias de la metafísica, y residir, simplemente, confirmando el campo cerrado de las oposiciones. En consecuencia, se plantea avanzar, según una unidad, a la vez sistemática y apartada de sí misma, a la que una escritura desdoblada, es decir multiplicada, que ha denominado “*doble sesión*”, o doble ciencia; por una parte, atravesar una fase de inversión que quizás se ha buscado desacreditar prematuramente. Deconstruir la oposición, significa, en un momento dado, invertir la jerarquía. De otra parte, olvidar esta fase de inversión es olvidar la estructura conflictiva y subordinante de la oposición. Inversión que también debe hacerse



entre ciencia/tecnología, naturaleza/tecnología, binomios conceptuales que se han contrapuesto y que han colocado a la tecnología en el lugar del suplemento, de la subordinación. Tal división ha generado no sólo vacíos de comprensión de las implicaciones de la tecnología en la cultura, sino que también no nos permiten avanzar en su conceptualización.

Revisemos entonces en qué consiste esta estrategia deconstructiva como un movimiento doble de reinversión y de neutralización. Si se considera una pareja de conceptos metafísicos (voz/escritura, espíritu/materia), su desconstrucción supone según G. Hottis (1997: 467 y ss):

- Una fase de *inversión*, pues la pareja está jerarquizada y lo primero que se necesita es destruir su relación de fuerza instituida; es preciso afirmar, pues, la prioridad de la escritura sobre la voz, de la materia sobre el espíritu... Pero una simple inversión sólo opera un cambio de metafísica, un desplazamiento en el interior del círculo logocéntrico, (del espiritualismo al materialismo, por ejemplo); mas no lo elimina.

- Una fase de *neutralización* que libera el término valorizado por la etapa precedente de la pareja metafísica en que estaba preso. La "materia" no es la materia tal como se la entendía en la pareja inicial. No es "ni espiritual ni material" en el sentido metafísico de estos términos. Invertida y neutralizada, la pareja deconstruida no vuelve a encontrar una jerarquía en la que el término promovido conserve simplemente su antigua acepción y revista los privilegios logocéntricos del término destituido. La escritura (deconstruida) no es, pues, la escritura en el sentido ordinario, (subordinado a la voz), y por supuesto, tampoco es una suerte de supervoz. Derrida utiliza de buen grado el prefijo "archi" para designar el estatus de las nociones desconstruidas. La archiescritura es la escritura en el origen ( y por tanto la negación del origen), el origen de la pareja voz/escritura, así como de todas las otras parejas. El término desconstruido se convierte en una especie de indecible, en relación

con la lógica binaria de donde proviene; al mismo tiempo, se convierte en el *arkhé*, esto es, en el origen paradójico de la lógica binaria –de la pareja- en la que estaba preso.

La deconstrucción se aplica a los textos, casi siempre a los textos de la historia de la filosofía. La estrategia consiste en hacer aparecer términos indecibles en estos textos aparentemente homogéneos y atravesados por una intención de sentido unívoco. Estos términos rompen y estropean la lógica de los monismos y de los dualismos. Ponen de manifiesto la parte del significante en todo significado, la inercia de la materia en la sutileza del espíritu, las ambigüedades y *aporías* de un uso que se pretendía lógico. Derrida aplicó la deconstrucción a textos de Platón (con el indecible *Phármakon*, remedio-veneno), de Mallarmé (con el indecible *Hymen*, virginidad-matrimonio) y de Rosseau (con el suplemento: ni un más ni un menos, ni un accidente ni una esencia), etc.

En suma, la deconstrucción es una práctica de escritura que opera siempre en el margen de los textos y sobre ellos; un ejemplo, quizás más gráfico lo podemos ver en *Glas*<sup>22</sup> o en *Márgenes*. Es radicalmente “secundaria” y el mensaje que la acompaña es el de que todo es segundo/secundario, que no hay nada primero/primario, nada que sea inmediato. Sólo hay signos de signos de signos, no hay anterior o último que gobierne la cadena de significados y les aporte un sentido. Como afirma Carmen González Marín en la presentación a la versión al castellano de *Márgenes de la filosofía* (1989a), la deconstrucción no es un método, a pesar de su uso equívoco en muchas ocasiones. La deconstrucción por

---

<sup>22</sup> Cristina Peretti (1989:146) nos describe el carácter revolucionario del texto de *Glas*, veamos: “De lo que se trata en *Glas* es de destruir gráfica, prácticamente la seguridad del texto principal, la oposición centro/periferia, lleno/vacío, dentro/fuera, arriba/abajo. *Glas* es un libro que se resiste a ser un libro, que rompe como totalidad lineal, cerrada y acabada; con la totalización del conocimiento como sistema enciclopédico o Saber Absoluto hegeliano y hace emerger un texto, una escritura plural, proliferante, producida por el juego del espaciamento, de la *différance*, donde se practican tantos recortes e injertos textuales como se precisan. Por su estructura laberíntica, por su forma quebrada en la que los textos (no hay un único texto sino múltiples textos de múltiples autores) se reparten en columnas que, a su vez, en muchos casos se insertan en nuevas columnas, *Glas* dispersa el centro y marca espléndidamente el espacio de la intertextualidad que deduce no sólo unos textos de otros, sino también de la diseminación del principio de identidad encasillado en el nombre propio del autor dentro de un texto perfectamente delimitado”.

ello mismo, se resiste a una definición definitiva. Es, una estrategia de lectura, cuya peculiaridad, frente a cualquier otra, radica justamente en el objeto específico que busca; un mecanismo textual que sobrepasa, o que ha sobrepasado, las intenciones de quien produjo el texto en cuestión, o las intenciones que pretendía manifestar el texto mismo. La lectura deconstruccionista, o deconstructiva, trata de dar con el desliz textual en el que se manifiesta; o sea, que el significado del texto, no es justamente el que se está proponiendo, sino otro acaso contradictorio. La deconstrucción busca la *aporía* o puntos oscuros, o momentos de autocontradicción donde un texto traiciona involuntariamente la tensión entre la retórica y la lógica, entre lo que quiere decir manifiestamente y lo que no obstante está obligado a manifestar. Con esta estrategia se está haciendo patente que el significado de un texto no es sencillamente una función de unos sentidos preestablecidos para cada término y unas reglas sintácticas con cuya ayuda se construyen enunciados. Por ello, justamente, la manera de llevar a cabo una lectura deconstruccionista consiste en atender a las zonas marginales del texto, las notas a pie de página, los trabajos poco relevantes, los lugares en suma, en que la vigilancia de quien escribe podría ser menor. Y este interés por la marginalidad es una señal de la indecibilidad acerca del espacio donde hallar la verdad, o el sentido, y no un deseo filológico de rastrear en lo desapercibido. La conclusión no es, por tanto, la conversión de lo marginal en central; el centro y el margen se manifiestan en definitiva, en un único territorio, el de la textualidad.

Demos un paso más en este laberinto. Sin duda el tema del lenguaje, de la textualidad, de la escritura, ha estado rondando nuestra descripción de la deconstrucción. Veamos más detenidamente este paso que va del lenguaje a la escritura, o como lo ha llamado Derrida: la muerte del libro y el nacimiento de la escritura. Nos referiremos especialmente a su obra *De la Gramatología*, donde sin duda ha abordado con mayor intensidad y profundidad este tema.

#### 4.5.1. De la muerte del libro y el nacimiento de la escritura. El proyecto de la Gramatología.

“Lo que una institución no puede soportar es que nadie se entremeta en el lenguaje... Puede aguantar con más facilidad las clases de “contenido” ideológico en apariencia más revolucionario, mientras que ese contenido no toque las fronteras del lenguaje y todos los contratos jurídico-políticos que garantiza”. *J. Derrida*

Digamos de una vez que la gramatología derridiana consiste, fundamentalmente, en un esfuerzo por poner en tela de juicio los conceptos básicos del discurso lingüístico contemporáneo: habla y escritura. La precariedad de las oposiciones conceptuales metafísicas pretendidamente evidentes o naturales, la reducción tradicional de la escritura, y el uso/abuso que de ella se ha hecho, son estratégicamente desmontadas por Derrida en su intento de acabar con el mito de la palabra originaria, con el mito de la plenitud del ser, del sentido, es decir, de la presencia. Para ello, Derrida, parte de la escritura como el lugar propio para una crítica de la lingüística que se coloca en la dimensión de la palabra viva, de la voz como expresión del sentido. Esto, como dice Cristina Peretti (1989), no implica, por parte de Derrida, la pretensión de llevar a cabo una “revolución de los escribas”, es decir, que la escritura ocupe en adelante el lugar privilegiado que anteriormente le correspondía al habla. Para Derrida, el tipo de ausencia que caracteriza la escritura frente a la voz, es la condición de todo signo: todo signo es iterable en ausencia de una intención de comunicación. *“Todo significado está en posición de significante desde el momento en que pertenece a la cadena que forma el sistema de significaciones. Si el signo representa a la cosa misma, si hace presente una ausencia, el signo sólo puede pensarse a partir de la presencia diferida. El lenguaje, que progresivamente viene a invadir el campo problemático universal, pierde toda su “seriedad”* (Peretti, C. 1988:59-60).

En efecto, lo que la lingüística denomina escritura no tiene sino una relación de parentesco con lo que la *Gramatología* llama con el mismo nombre. El problema

está entonces en saber por qué el nombre de escritura permanece en esta incógnita que se vuelve diferente a lo que siempre se ha llamado escritura. Pero esto equivale a indicar el lugar de una conmoción y la materia mediante la cual se constituye en su diferencia: lugar doble, a la vez, pleno y vacío, marcado y no marcado, marcado por la marca y la no-marca. El programa derridiano se concreta en el proyecto gramatológico como la posibilidad de una “ciencia general de la escritura”, esto es: *la gramatología*<sup>23</sup>. Sin embargo, la gramatología resulta impensable dentro del ámbito de la ciencia y de la cultura tradicionales regidas por la racionalidad logocéntrica. Plantear sus condiciones de posibilidad y sus límites como ciencia de la escritura, implica, para la gramatología, dotarse de una serie de recursos estratégicos que han de desedimentar todas las determinaciones conceptuales del logofonocentrismo occidental; es decir, la escritura ampliada y radicalizada no procede ya de un logos e inaugura la destrucción, no la demolición sino la de-sedimentación, la de-construcción de todas las significaciones que tienen su origen en el logos. “*Lo que aquí nos parece anunciarse es, por una parte, que la gramatología no debe ser una de las ciencias humanas y, por otra, que no debe ser una ciencia regional entre otras*” (Derrida, J. 1986: 21).

En consecuencia, para Derrida, la gramatología no es una ciencia ni quiere serlo al modo tradicional: la gramatología es un programa, programa que abre la posibilidad de una teoría general de la escritura. Ahora bien, este término de “escritura” es, a su vez, difícilmente accesible a la descripción científica tradicional y más bien nos remite a la noción de grama como posibilidad de toda inscripción en general. De ahí la denominación de gramatología para el estudio y análisis de la misma: El grama –o el grafema- nombraría de este modo al elemento. El

---

<sup>23</sup> Sin embargo, señalemos con Eugenio Trías (1972) que el objeto de estudio de Derrida se centra en investigar las condiciones de posibilidad de una ciencia de la escritura que sea autónoma respecto a la lingüística. Sólo que Derrida constata las condiciones de imposibilidad de esa autonomía, toda vez que secularmente se sobreentiende el papel subsidiario y subalterno de la escritura, concebida desde Platón a Hegel y de éste a Saussure y a la lingüística estructural, como copia o réplica de un modelo: el lenguaje hablado. Cf. Introducción de Eugenio Trías al texto: Derrida, Jacques (1972) *Dos ensayos. La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas. El teatro de la crueldad y la clausura de la representación*. Barcelona: Cuadernos Anagrama.

elemento sin simplicidad. Elemento, que es entendido como el medio, o como el átomo irreductible, de la archi-escritura en general, imposible de definir desde el interior del sistema de oposiciones de la metafísica. Adicionalmente, la gramatología, no debe ser una de las ciencias del hombre porque se plantea el cuestionamiento del “nombre del hombre”, esto es, liberar la unidad del concepto de hombre implica renunciar a la vieja idea de los pueblos “sin escritura” y “sin historia”. Para Derrida, éstos pueblos no han carecido nunca de algún tipo de escritura. *“Negar a tal o cual técnica de consignación el nombre de escritura: en ello consiste el etnocentrismo que mejor define la visión precientífica del hombre”* (1986: 40)<sup>24</sup>.

Derrida explora las lecciones de la revolución modernista al emprender una deconstrucción del concepto de representación y de la filosofía de la mimesis. La “mimesis”, a la que Derrida denomina “mimetologismo”, se refiere a esa captura de la representación por la metafísica del “logocentrismo”, (desde Platón a Freud), en la cual la escritura, (toda manera de inscripción), se reduce a una condición

---

<sup>24</sup> Esta perspectiva derridiana frente al etnocentrismo en la historia de occidente ha sido retomada por movimientos de la reciente renovación historiográfica, donde no sólo se propone deconstruir el lenguaje, sino también *el* archivo, que es el depósito de todos los archivos acumulados en el tiempo. En efecto, la deconstrucción afectaría no sólo a las estrategias de investigación del historiador (hipótesis y métodos), sino a los mismos materiales (fuentes). La historia que en parte se traduce en genealogía, ha de empezar a desordenar el archivo, para así reconstruir desde este desorden estratégico, las claves originarias de los objetos que examina. En el campo educativo, y más exactamente en el de la historia de la educación, dicho giro deconstructivo se ha traducido en las siguientes orientaciones:

- a. “El cambio de interés por las estructuras de la atención prestada al conocimiento de los actores. Ello marca el retorno al sujeto, de la experiencia de la memoria, y de los textos, así como de la historia oral y de la relativa a las identidades de género, clase y etnia.
- b. La evolución hacia el estudio de la escuela, más que de los sistemas, con énfasis en la etnografía y la microhistoria.
- c. La marcha hacia una historia cultural que busca construir una cultura de la escuela, con particular atención a la historia del currículum, de los textos, de las disciplinas y de los actos y modos de enseñanza.
- d. El paso de las ideas y de los discursos al conocimiento de los procesos y contextos de producción difusión y apropiación de éstos.
- e. El interés por el estudio de las políticas, y no sólo de los hechos, en sus relaciones con el poder y la sociedad.
- f. La orientación hacia una historia comparada que iría de lo nacional a lo local/global y que conjugaría el estudio de las identidades con el de los marcos más universales” Cf. Escolano, Benito Agustín (2000). “La historia de la educación después de la posmodernidad”. En: *La cultura escolar de Europa.Tendencias históricas emergentes*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp.297-324.

secundaria como “vehículo”, en el que el significado, o referente, es siempre anterior al signo material, un anterior que es puramente inteligible a lo meramente sensible. Sin embargo, para Derrida, no se trata de rechazar estas nociones, “*son necesarias y, por lo menos de momento, no podemos concebir nada sin ellas... Dado que estos conceptos son indispensables para perturbar la herencia a la que pertenecen, deberíamos ser menos inclinados a renunciar a ellos*” (Derrida, J. 1986:14-15). La alternativa de Derrida al “mimetologismo”, no abandona o niega la referencia, sino que vuelve a pensarla de otra manera: complica la línea limítrofe que debería pasar entre el texto y lo que parece encontrarse más allá de sus bordes, lo que clasifica de real, (un ejemplo objetivo de esta idea la encontramos en el texto de la *Diseminación*).

De hecho, para Gregory Ulmer (1998)<sup>25</sup>, resulta evidente que Derrida está haciendo, de este nuevo modo de representación, lo que Aristóteles, en la Poética, hizo por el “mimetologismo”. “*De la misma manera que Aristóteles proporcionó a la vez una teoría de la tragedia (mimesis) y un método (análisis formal) para el estudio de todos los estilos literarios, Derrida en un texto como Glas (identificado como el texto ejemplar del postestructuralismo) proporciona una “teoría” del montaje (gramatología) y un método (deconstrucción) para trabajar con cualquier modelo de escritura. Derrida es el “Aristóteles” del montaje*” (Cf. Ulmer, Gregory. 1998:131). En efecto, la gramatología es “postestructuralista” porque sustituye el signo (compuesto de significante y significado –la unidad más básica del significado según el estructuralismo-) por una unidad aun más básica, el *gram*.

“Se trata de producir un nuevo concepto de escritura. Podemos llamar a este concepto gram o *différance*... Tanto en el orden del discurso hablado como en el escrito, ningún elemento puede funcionar como un signo sin referirse a otro elemento que no está presente. El resultado de este entretejido es que cada elemento –fonema o grafema- está constituido sobre la huella que hay en él de los otros elementos de la cadena o sistema. Este entretejido es el texto producido sólo en la transformación de otro texto. Nada ni entre los elementos ni dentro del sistema, está ya simplemente presente o ausente. Sólo hay, en todas partes,

---

<sup>25</sup> Cf. ULMER, Gregory (1998). “El objeto de la poscrítica”. En: Habermas, J.; Baudrillard, J y otros. *La Postmodernidad*. Barcelona: Kairós, 4ª. Ed. pp. 125-163.

diferencias y huellas. Así pues, el gram es el concepto más general en semiología, la cual se convierte, pues, en gramatología” (Derrida, J. 1986:26).

Gregory Ulmer compara esta definición del gram, con la de collage, encontrando en éste una manifestación de aquél. En efecto, cada elemento citado en el collage, rompe la continuidad o la linealidad del discurso y lleva necesariamente a una doble lectura: la del fragmento percibido en relación a su texto de origen y la del mismo fragmento incorporado a un nuevo conjunto, a una totalidad diferente. *“El truco del collage consiste también en no suprimir nunca por completo la alteridad de estos elementos reunidos en una composición temporal. Así el arte del collage demuestra ser una de las estrategias más eficaces para cuestionar todas las ilusiones de la representación”* (Ulmer, G:1998:132).

Este indeterminable efecto de lectura, que oscila entre la presencia y la ausencia, es precisamente lo que Derrida trata de conseguir en cada nivel de su “doble ciencia”, en la que significantes y significados están separándose continuamente, y uniéndose de nuevo, en otras combinaciones, revelando así la inadecuación del modelo del signo de Saussure, según el cual el significado y el significante se relacionan como si fueran las dos caras de una misma hoja de papel. La tendencia de la filosofía occidental a lo largo de su historia (logocentrismo), al tratar de concretar y fijar un significado específico dado, viola, según la gramatología, la naturaleza del lenguaje, el cual no funciona de acuerdo con parejas a juego, (significantes/significados), sino con emparejadores o acopladores, “una pareja o cosa que empareja o vincula”. El mismo Derrida, en lo que denomina “oterabilidad” describe las consecuencias del *gram*, del *collage*:

“Y esta es la posibilidad en la que quiero insistir: la posibilidad de separación e injerto citacional que pertenece a la estructura de todo signo, hablado o escrito, y que constituye cada signo en la escritura ante y fuera de cada horizonte de la comunicación semiolingüística; en la escritura, esto es, en la posibilidad de que su funcionamiento se separe en cierto punto de su deseo “original” de decir-lo-que-uno-quiere-decir y de su participación en un contexto saturable y constreñidor. Todo signo, lingüístico o no, hablado o escrito (en el sentido actual de esta oposición), en una unidad grande o pequeña, puede citarse, colocarse entre comillas, y al hacer



esto puede romper todo contexto dado, engendrando una infinidad de nuevos contextos de una manera que es absolutamente ilimitable” (Derrida, J. 1977:185).

La gramatología, entonces, procede del análisis de la escritura como lugar idóneo para llevar a cabo la consiguiente solicitud de la metafísica de la presencia, pero también de la lingüística moderna, a su vez determinada, en la medida en que privilegia el habla y margina la escritura, por la racionalidad clásica que marca la época del logofonocentrismo. Ahora bien, para la tarea estratégica derridiana, la lingüística moderna constituye asimismo el ámbito donde se alcanza un grado máximo de tensión desde el momento en que dicho saber lingüístico pretende acabar con la unidad de la palabra pensada por la metafísica. *“Todo elemento habrá de remitir a otro elemento que no sea simplemente presente, esto es, cada diferencia es retenida y trazada por las demás diferencias, cada elemento se constituye a partir de la huella de los demás elementos –huellas- del sistema. El juego depende así de la huella que sólo existe para otra huella y no hay ninguna que sea primera. La diferencia que se sitúa en el origen de todas las diferencias posibles es la huella misma como archi-huella, como movimiento del origen absoluto del sentido”* (Derrida, J. 1977:187). Sin embargo, el rasgo singular de la huella derridiana es precisamente la imposibilidad de encontrar originales en su presencia inmediata. La imposibilidad de toda referencia originaria es una necesidad dictada por la escritura misma de la archi-huella o archi-escritura. Cada huella es la huella de una huella y así hasta el infinito. No hay huella originaria. ¿Acaso nos recuerda esta definición nuestra percepción de la escritura hipertextual de los espacios informáticos?. El concepto de origen, de “archia”, está de este modo, sometido a la iteración de la tachadura, que designa la relación de la metáfora con un origen imposible como presencia y, por tanto, como metáfora.

En palabras de Cristina Peretti (1989:73) *“surge una lógica que podría calificarse de “excursiva”, de estrategia de la différance, que permite que el pensamiento actúe en una escena distinta: en la escena de la genealogía, de lo inconsciente, de lo impensado, de la escritura (en sentido lato derridiano). Lógica ésta que se juega en la estrategia sin finalidad, en el movimiento mismo de la huella como*

*différance*, en la necesidad de un descentramiento que, como tal, está muy cercano a la gozosa afirmación nietzscheana del juego del mundo, juego sin seguridad que rechaza todo origen y toda teleología”. Pero, por otra parte, el pensamiento de la huella, al tiempo que rompe con la evidencia de la irreversibilidad del tiempo, (concepción lineal de la temporalidad), acaba con todo recurso de la lógica de la identidad, de una estructura centrada, que no es otra que la historia de la metafísica como discurso teórico alrededor de un centro privilegiado: la presencia. En definitiva, la huella es un elemento estratégico, fundamental de la economía derridiana de la deconstrucción<sup>26</sup>.

Desde esta perspectiva, es factible hablar, como lo hace Derrida en su *De Gramatología*, del fin del libro y del comienzo de la escritura. Fin del libro que, por otra parte, coincide con el fin de la escritura lineal. Los propios textos derridianos introducen la práctica de la escritura como “*différance*” no sólo en la teoría sino, de hecho, en expansión total de la letra: cadena de textos espaciosa, dislocada y móvil, en donde se enreda y desorganiza toda la máquina ontológica<sup>27</sup>. Trastoca todas sus oposiciones. “*Las arrastra en un movimiento, les imprime un juego que se propaga a todas las piezas del texto y las deporta siempre, más o menos regularmente, con desfases, con desigualdades de desplazamiento, con retrasos, o aceleraciones bruscas, con efectos estratégicos de insistencia o de elipsis, pero siempre inexorablemente*” (Peretti, C. 1989: 145).

---

<sup>26</sup> Recordemos que para Derrida la huella no puede definirse, pues, ni en términos de presencia ni de ausencia. Es precisamente, lo que excede a esta oposición tradicional, lo que excede al ser como presencia, lo que se opone al logos presente y al concepto de origen. La huella no es sino el simulacro de una presencia que se disloca, se desplaza y remite a otra huella, a otro simulacro de presencia que, a su vez, se disloca, etc. Huella, presencia que se disloca, simulacro de presencia, son pues elementos que nos dan qué pensar el lenguaje de la hipertextualidad. Huellas dislocadas, que se unen en una “red infinita” de trazas, como concibiera el lenguaje Roland Barthes.

<sup>27</sup> Sin embargo es importante señalar la paradoja de este anuncio del fin del libro y del comienzo de la escritura, pues el mismo Derrida nos aclara que no hay fin del libro y que no hay comienzo de la escritura. ¿Qué quiere decir?, precisamente que no es posible hacer una petición de principio, de un comienzo absoluto, de un origen. De lo contrario caeríamos de nuevo en el juego de la metafísica o en una idealización ahora del grafocentrismo por encima del logocentrismo o del fonocentrismo. Por lo tanto la escritura no puede comenzar, como tampoco el libro acabar. Cf. Derrida, J. (1972). *La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas*. Barcelona: Anagrama.

Para Derrida, como lo describe en *Escritura y Diferencia* (1989b), una partición sin simetría dibuja, por un lado, la clausura del libro, y por otro, la abertura del texto. Por un lado, la enciclopedia teológica y, según su modelo, el libro del hombre; por el otro, un tejido de huellas que señalizan la desaparición de un Dios excedido o de un hombre borrado. Y sin embargo, Derrida, se pregunta, ¿acaso no sabíamos que la clausura del libro no era un límite entre otros?. Entendiéndolo así, el retorno al libro es por esencia elíptico. Hay algo invisible que falta en la gramática de esta repetición. Como esa falta es invisible e indeterminable, como redobla y consagra perfectamente el libro, vuelve a pasar por todos los puntos de su circuito, en el que nada se ha movido. Y sin embargo, todo el sentido queda alterado por esa falta. Una vez repetida la misma línea no es ya exactamente la misma, ni el bucle tiene ya exactamente el mismo centro, el origen ha actuado. Falta algo para que el círculo sea perfecto. Pero en la elipsis, por el simple redoblamiento del camino, la sollicitación de la clausura, la rotura de la línea, el libro, se ha dejado pensar como tal. El retorno del libro anunciaría así la forma del eterno retorno. El retorno de lo mismo sólo se altera –pero lo hace absolutamente- por volver a lo mismo. La pura repetición, aunque no cambie ni una cosa ni un signo, contiene una potencia ilimitada de perversión y de subversión. *“El libro es el laberinto. Cuando crees que estás saliendo de él, te estás hundiendo ahí. No tienes ninguna ocasión de salvarte. Te hace falta destruir el artefacto. No puedes resolverte a eso. Advierto el lento pero seguro ascenso de tu angustia. Muro tras muro. Quién te espera al final? –Nadie...Tu nombre se ha replegado sobre sí mismo, como la mano sobre el arma blanca”* (Derrida, J. 1989b:407) ¿Qué nos queda entonces?. ¿A dónde podemos acudir?. Es el momento de considerar la archi-escritura.

#### 4.5.2. Sobre la archi-escritura

El texto es un tejido de textos, un entramado de diferencias diseminado al infinito, indecible, de modo que resulta difícil determinar dónde acaba un texto y dónde empieza otro: lo único que hay es texto al infinito.

J. Derrida

Como hemos señalado antes, el proyecto derridiano de la deconstrucción de la metafísica de occidente incluye una reconceptualización del concepto de tiempo pues este se encuentra ligado de modo inextricable con la escritura. El tiempo conceptualizado por la metafísica de occidente se caracteriza por el privilegio del instante-presente del que dependen el pasado y el futuro según una sucesión espacial homogénea, continua y lineal. Sin embargo, para Derrida, justamente *"la línea" no representa más que un modelo particular, cualquiera que sea su privilegio. Este modelo se ha convertido en modelo, y en cuanto tal, permanece inaccesible. Si aceptamos el hecho de que la linealidad del lenguaje va necesariamente acompañada del concepto vulgar y mundano de la temporalidad (homogénea, dominada por la forma del ahora y por el ideal del movimiento continuo, recto o circular) que Heidegger muestra como determinante interno de toda la ontología desde Aristóteles hasta Hegel, la meditación sobre la escritura y la deconstrucción de la historia de la filosofía resultan inseparables"* (Derrida, J. 1987: 115). En consecuencia, para la tradición, según Derrida, la voz ocupa en el lenguaje una centralidad antropto(lógico). La voz tiene una relación de proximidad esencial y absoluta con el pensamiento y de ahí que la civilización occidental privilegie, frente a la escritura -considerada instrumento secundario y representativo-, el habla plena que dice un sentido que ya está ahí, presente en el logos. El logocentrismo se determina, por lo tanto, como fonocentrismo, esto es, como *"proximidad absoluta de la voz y del ser, de la voz y del sentido del ser, de la voz y de la idealidad del sentido"*.

Así, pues, el logocentrismo -orden masculino, punto de referencia privilegiado- se instaaura en la necesidad de una destitución de la escritura, cuestión que llega

actualmente a un momento de agotamiento en el que, mediante la anunciada muerte del libro, lo que se anuncia fundamental y –pudiera parecer- paradójicamente, es la muerte del habla: *"pese a las apariencias, esta muerte del libro no anuncia sin duda ( y en cierto modo, desde siempre) más que una muerte del habla (de un habla pretendidamente plena) y una nueva mutación en la historia de la escritura, en la historia como escritura"* (Derrida, J. 1987: 18).

Frente a esto, la diseminación a la que Derrida somete toda operación textual, supone un riguroso desplazamiento de los supuestos culturales -e incluso políticos- que han llevado a potenciar la razón patriarcal como autoridad del autor y como necesidad de distinguir los significados legítimos de los ilegítimos, necesidad que, en última instancia, remite al deseo de búsqueda y garantía del origen. La relación significado/significante es totalmente metafísica, es una relación de representación. Por eso, para Derrida, no hay más remedio que sospechar del signo. El privilegio de la presencia sigue siendo la piedra de toque de toda teoría del lenguaje y de la comunicación. Esta crítica es muy interesante para pensar los lenguajes en el escenario infocomunicacional contemporáneo porque si antes la escritura alejaba la presencia, y a la voz, las nuevas tecnologías de la escritura como el hipertexto, alejan aún más esa voz, ¿cuál es la verdad detrás de esa multiplicidad de voces dispersadas en la red?. La ruptura con la metafísica es aún más drástica o dramática.

Tal y como señala Cristina Peretti (1989), la escritura convierte el lenguaje en una serie de marcas físicas sin relación aparente con el pensamiento que las produce, ya que operan en ausencia del hablante y del receptor. Para la tradición, esta forma de comunicación es vista como representación indirecta y artificial del habla, representación imperfecta que puede llegar a convertirse en deformación que, en todo caso, constituye un acceso incierto al pensamiento. Así pues, frente al habla concebida como la verdad del lenguaje, como el ideal, la escritura solo puede ser la mentira misma del lenguaje.

Es decir, lo que la metafísica tradicional consideraba como la secundariedad de la escritura, afecta ahora, por igual, al signo escrito y al signo hablado. Sin embargo, en lugar de implicar una pérdida de presencia, de sentido (tal como constaría para el pensamiento metafísico), dicho juego continuo de diferencias, que no es tal secundariedad ni provisionalidad, supone una consiguiente extensión del potencial de significación. El habla, al igual que la escritura, en cuanto secuencia de significantes, permanece siempre abierta al proceso de interpretación. A la naturaleza del habla y de la escritura le corresponde no estar confinada en unas estructuras rígidas de sentido, sino constituirse en sistema de signos con sus propiedades específicas: independencia semiótica y repetitividad. La total y absoluta independencia semiótica de la escritura funciona asimismo para el habla, pues si los signos hablados son físicamente dependientes del emisor, sólo funcionan como significaciones en tanto que son signos escritos, esto es, con absoluta independencia semiótica. La posibilidad de iterabilidad del signo produce, a su vez, su perpetua alteración. De ahí que todo signo sea polisémico. Esta polisemia universal, dictada por la *différance*, es lo que Derrida denomina diseminación. Cuestión que no trata sólo juegos de palabras. Para Derrida son más bien “fuegos de palabras”: consumir los signos hasta la ceniza, pero antes y con mayor violencia, por medio de la locuacidad irritada, dislocar la unidad verbal, la integridad de la voz, abrir o espantar la tranquila superficie de las “palabras”, sometiendo su cuerpo a una ceremonia gimnástica, ceremonia a la vez alegre, irreverente y cruel, (en la que se baila con los pedazos), y a un trabajo económico como pueda ser el mayor rendimiento sintáctico o semántico posible con el menor gasto.

De hecho, los textos derridianos no tienen ni comienzo, (se injertan en otros textos), ni fin, (son pretextos para otros textos); son un momento del juego de la *différance*. Al romper con todo significado y referencia, son una cadena o un proceso de significantes que no “quieren decir” nada ni significar nada. En este sentido, la escritura es arreferencial pues se refiere, en cierto modo, a sí misma, sin poder jamás aprehenderse con firmeza y bloquear el movimiento metafórico.

En este sentido, es autorreferencial. El significado y la referencia son la cadena misma.

Pues bien, consideramos, como señala Cristina Peretti (1989), que la escritura de la que trata la gramatología, no es una escritura ordinaria, corriente: es archi-escritura que conecta con el concepto tradicional y restringido de escritura por medio de la huella. La escritura, archi-escritura, es el término que emplea Derrida para determinar el ámbito general de los signos. Ahora bien, la noción derridiana de signo no se limita al campo estrictamente lingüístico; de ahí que la archiescritura derridiana abarque todos los signos en general: los que son lingüísticos y los que no lo son. La archi-escritura es la condición de posibilidad de la comunicación o de la posibilidad del lenguaje como sistema articulado. Indica el principio de articulación –de naturaleza no fonética sino formal- en el que se basa todo lenguaje y recalca al mismo tiempo la exterioridad o distancia esencial con respecto a sí mismo, que todo lenguaje conlleva y en el que se funden todos los sistemas posteriores a la escritura. Así pues, en el seno de un origen constantemente diferido, hay una escritura que funda el habla y la escritura. Habla y escritura suponen una archi-escritura como condición de toda forma de lenguaje, y como articulación de toda experiencia, cualquiera que ésta sea. En efecto, esta idea de una archi-escritura como origen, siempre posibilitaría la emisión y recepción como condición de comunicación, por lo cual la hipertextualidad, por ejemplo, implicaría el nacimiento de una nueva escritura.

En consecuencia, hablar de archi-escritura como condición de posibilidad de todo lenguaje, implica un paso por la reflexión trascendental, tránsito provisional y transitorio, pues el concepto de “archia tachada” expresa que los conceptos sólo se mantienen en cuanto posibilidad de cancelación, esto es, como momentos estratégicos del discurso que actúan en el interior de la época logocéntrica hacia su posible agotamiento; además, el lenguaje que la archi-escritura posibilita, es un lenguaje liberado de cualquier privilegio a modo de una relación con el sentido,

la conciencia, la voz, esto es, con el querer-decir. El lenguaje es, en consecuencia, una operación no sometida al logos, a la verdad; es un juego libre de diferencias .

Las implicaciones de tal archiescritura en los fundamentos filosóficos son, en palabras de Cristina Peretti (1989:85):

“1. La ruptura con el horizonte de la comunicación como comunicación de las conciencias o de las presencias y como vehículo lingüístico o semántico del “querer decir” -o representación-; 2. La sustracción de toda escritura al horizonte semántico o al horizonte hermenéutico que, en tanto en cuanto horizonte de sentido, la escritura hace estallar; 3. La necesidad de alejar, de algún modo, del concepto de polisemia aquél que en otro lugar he denominado diseminación y que es también el concepto de escritura; 4. La descalificación o el límite del concepto de contexto, real o lingüístico, cuya determinación teórica o cuya saturación empírica ha hecho rigurosamente imposible o insuficiente la escritura”.

Estas rupturas hacen comprensible por qué, para Derrida, la práctica de la lectura no consiste en reducir un texto a una temática, a un contenido, o a unos efectos de sentido, esto es, a una centralidad que tendría por función mantener la autoridad y unidad del mismo, simplemente, porque, para él, ningún texto es homogéneo. Todo texto produce una lógica doble, plural, equívoca, que hay que producir y que no permite que se zanje jamás sobre él de forma definitiva. Esta lectura, que sabe que no puede transgredir, de una vez por todas, el orden del saber logocéntrico, es una lectura que se sitúa siempre en el riesgo del ente, del margen, de la indecibilidad, calculando sus golpes, enredando sus efectos mediante un doble gesto, necesariamente complejo, excesivo y exorbitante. Podemos prever, ya por adelantado, unas implicaciones pedagógicas interesantes, y que dada nuestra cultura escolar, no son de fácil resolución; por ejemplo, cómo evaluar en un entorno de múltiples construcciones de significado y en consecuencia, como asumir la imprevisibilidad, la indecibilidad, y la ausencia de sentido último.

Finalmente hay un elemento que no podemos dejar de señalar aquí y que tiene que ver con el carácter iterable de los signos de esta archi-escritura. Patricio



Peñalver (1990b) en su texto *Deconstrucción. Escritura y Filosofía* nos recuerda un aspecto más de la escritura derridiana, esto es, el concepto de iterabilidad. Derrida define tres predicados de una escritura general en la que toda forma de lenguaje, también el lenguaje hablado, estaría comprendido o incluido. En primer lugar, la iterabilidad del signo escrito, en ausencia del que lo ha producido, hace de aquél una marca que queda (más allá del presente de su inscripción). En segundo lugar, un signo escrito comporta una fuerza de ruptura con su contexto, es decir, el conjunto de las presencias que organizan el momento de su inscripción. Esa fuerza de ruptura no es un predicado accidental, sino la estructura misma de lo escrito. Y en tercer lugar, la posibilidad de la escritura depende del espaciamiento que separa a los signos escritos unos de otros, así como de su origen subjetivo y de su referente objetivo. Estos tres predicados se patentizan en la escritura, pero son generalizables a todo lenguaje: la iterabilidad del signo gráfico remite a la iterabilidad de toda forma significativa.

De las tres consecuencias de la iterabilidad, en lo que más insiste Derrida, es en la ruptura de contexto, en la imposibilidad de que un contexto rodee totalmente, o cierre, una emisión semiótica; de hecho, ante la pregunta de si existe un concepto riguroso y científico de contexto, Derrida afirma que un contexto no es nunca absolutamente determinable, o si se quiere no está nunca asegurada o saturada su determinación. Por el contrario, para él, no hay nada más que contextos sin ningún centro de anclaje absoluto, que es lo que significa por demás la archiescritura, que es origen, y negación al mismo tiempo.

Esta iterabilidad estructura la marca de la escritura misma, cualquiera que sea el tipo de escritura. Una escritura que no fuera estructuralmente legible –reiterable– más allá de la muerte del destinatario no sería una escritura. Si imaginamos una escritura cuyo código fuese lo suficientemente idiomático como para no haber sido instaurado y conocido como cifra secreta por más dos sujetos, ¿diríamos todavía que en la muerte del destinatario, incluso de los dos compañeros, la marca dejada por uno de ellos seguiría siendo una escritura?. Para Derrida la

respuesta sería afirmativa, en la medida en que regulada por un código, aunque desconocido y no lingüístico, la escritura está constituida, en su identidad de marca, por su iterabilidad.

En consecuencia, lo que vale para el destinatario, vale también, por las mismas razones, para el emisor o el productor. *“Escribir es producir una marca que constituirá una especie de máquina productora a su vez, que mi futura desaparición no impedirá que siga funcionando y dando, dándose a leer y reescribir. Debo poder decir mi desaparición simplemente, mi no presencia en general, y por ejemplo la no presencia de mi querer decir, de mi intención-de-significación, de mi querer -comunicar –esto, en la emisión o en la producción de la marca”* (Derrida, J. 1989b: 357). Así, para que un escrito sea un escrito, es necesario que siga funcionando y siga siendo legible, incluso si el autor del escrito no responde ya de lo que ha escrito, de lo que parece haber firmado, o esté ausente provisionalmente, bien porque ya este muerto, o porque no haya sostenido con intención o atención su texto.

En suma, la diseminación del lenguaje y sus correlatos significantes -que no su polisemia-, al no pretender buscar un origen, o un sentido último, abre un nuevo estado, un potencial de la significación. Una archiescritura que se reconoce como origen –y su negación- una escritura que se constituye como sistema de signos con independencia semiótica e iterabilidad en perpetua alteración, nos propone un marco teórico muy interesante para poder pensar la emergencia de los lenguajes informáticos, como el hipertexto y la hipermedia. Vemos en esta conceptualización de Derrida, la posibilidad de comprender este nuevo entorno digital, (o tercer entorno, como lo llama Javier Echeverría), en el que prima la ausencia, donde la subjetividad se fragmenta, se diluye, y en el que conviven múltiples signos, en un sistema autorreferencial, donde significado y referencia son la cadena misma de significación. Estamos en definitiva, en la necesidad de superar conceptos como autoría, contenido o sentido –su privilegio ontológico- que restringen, y hacen insuficientes, los alcances de la escritura, que desde esta perspectiva teórica –y

esta evidencia tecnológica- estalla plural, ambigua, inacabada y quizás, trágicamente, indecible.

Más ¿qué pasa con el lector y el escritor?. ¿Como se transforman los roles de lectura y escritura?. Derrida ha planteado la muerte del autor, pero ¿cuáles son las consecuencias de tal afirmación?. Para ello, creemos que la obra de Roland Barthes, nos permite hacer un “*link*”, un “enlace” con la teoría derridiana, desde la teoría crítica literaria e indagar a su vez más elementos teóricos para así fundamentar el lenguaje de la hipertextualidad. En efecto, en el siguiente apartado intentaremos ver cómo la tecnología del hipertexto tiene raíces teóricas en los desarrollos de la semiología y la crítica literaria que, a su vez, cuestionan las objetivaciones tecnológicas mismas. Interesante ejemplo de cómo en la postmodernidad la teoría deviene tecnología y la tecnología deviene teoría.

#### 4.6. El aporte de Roland Barthes

La escritura comienza cuando el habla es imposible  
*R. Barthes*

Pretendemos a continuación incidir en la obra de Roland Barthes pues encontramos en su pensamiento, también ubicado en el posestructuralismo francés, muchas afinidades con la obra de Derrida. Si bien se reconoce el aporte de Barthes en la crítica literaria más que en la filosofía, vemos puntos de encuentro muy interesantes que nos pueden ayudar a comprender los márgenes por los que la obra de Derrida anda, a medio camino, entre la filosofía y la literatura.

Se ha dicho que el estructuralismo fue como una peste que infectó a muchas universidades. No haber leído a Barthes convertía al impío en un atrasado, en un anacrónico, que formaba parte de las huestes de analfabetos funcionales. Quizás por ese motivo muchos lo “desleyeron”. O sea, lo leyeron bajo el apremio de la moda. Sin embargo, hoy día con pleno estallido postmoderno del lenguaje, vale la pena retornar a Barthes. Sería como hacerle un poco de justicia, no tanto para comprender su visión teórica de lo literario, sino para entender la esencia de la literatura; ese deseo no tan claro por los signos y que invariablemente nos desplazan buscando un lugar de origen que no existe, (¿acaso la archiescritura derridiana?). Digamoslo por adelantado, para Barthes la escritura es lo único que puede desarrollarse sin lugar de origen; tan sólo ella puede permitirse burlar las reglas de la retórica, las leyes del género, todas las arrogancias de los sistemas: la escritura es atópica; respecto a la guerra de los lenguajes, a la que no suprime,

sino que desplaza, anticipa un estado de prácticas de lectura y escritura en las que es el deseo, y no el dominio, lo que está circulando.

Para efectos de nuestro estudio analizaremos, en particular, su concepción del lenguaje en relación con la fragmentación de la escritura, en la que son básicos sus conceptos de redes infinitas de textos y de intertextualidad. Asimismo, un tema que vemos central en la obra de Barthes, y que del cual no se ocupa Derrida, tiene que ver con el cuestionamiento del lector-autor-escritor, o cómo se transforman estos roles respecto de los modelos de lectura y escritura tradicionales. Una comprensión y teoría sobre estos temas no sólo son fundamentales a la hora de fundamentar la hipertextualidad, sino que también tiene derivaciones pedagógicas importantes. En fin, consideramos que tanto la perspectiva de Derrida como la de Barthes sobre el lenguaje y la escritura nos abren definitivamente *un* marco teórico desde el cual podemos pensar una nueva teoría para la hipertextualidad tanto en ámbito de la cultura como en el de la educación.

#### **4.6.1. Aspectos biográficos e introducción de contexto a la obra de Roland Barthes**

Roland Barthes, nació durante la Primera guerra Mundial, exactamente a fines de 1915, el 12 de noviembre, en Cherbourg, ciudad que de hecho no conoció puesto que la dejó cuando tenía dos meses de vida. Sus padres eran protestantes, Henriette Binge y Louis Barthes. Su padre era oficial de navío y murió en 1915, en el *Pas-de-Calais*, durante un combate naval, cuando su hijo tenía once meses de edad; por tanto, Barthes fue educado principalmente por su madre y periódicamente, por sus abuelos, aunque hay que tener en cuenta lo que agrega Barthes a su biografía (1974): “*creo que la clase a la cual pertenezco es la burguesa*”. Sus primeros estudios los realizó en el *Lycée de Bayonne*. En 1924

viaja a París con su madre, que se ganará la vida como encuadernadora de libros. En la capital, Barthes estudia, primero, en el *Lycée Montaigne* y posteriormente en el *Lycée Louis-le-Grand*. En 1927 Henriette dio a luz un hijo ilegítimo, Michel Salzado, medio hermano de Barthes, hecho por el que perdió el apoyo financiero de sus padres y tuvo que asumir sola el mantenimiento de su familia con su salario de encuadernadora. En 1934 se le diagnosticó a Barthes una hemoptisis en el pulmón izquierdo.

Entre 1935-1939 estudió en la Sorbona, y se licenció en lenguas clásicas; posteriormente, en 1943, recibirá el título en gramática y filología. Por esta época crea un grupo de teatro antiguo. Entre 1934 y 1947 Barthes sufrió varios ataques de tuberculosis, siendo este un período de convalecencias forzadas en sanatorios, y en la que por cierto leyó la obra de André Gide, sobre la que publicaría sus primeros artículos. Posteriormente, entre 1948 y 1949, comienza su actividad profesional, primero como ayudante de bibliotecario, y más tarde, como profesor en el Instituto Francés de Bucarest (Rumania). Finalmente, consigue un lectorado en la Universidad de esta ciudad. Entre 1949-1950 es Lector en la Universidad de Alejandría (Egipto), y asume la Dirección General de Asuntos Culturales (1950-1952); en este tiempo conoce a A.J. Greimas quien le introduce en la lingüística moderna. En 1953 publicó su primer libro: "*El grado cero de la escritura*". Entre 1952 y 1959 trabajó en el Centro Nacional de Investigación Científica; luego, desde 1960 hasta 1976, fue director de estudios de la *École Pratique des Hautes Études*, y entre 1967 y 1968, fue profesor en la *Johns Hopkins University* en Baltimore. Finalmente, en 1977, fue nombrado profesor en el *College de France*. Debido a que no tuvo el apremio docente por el escalafón escribiendo tesis y textos apegados a la idiosincrasia académica, el reconocimiento público le llegó primero que el universitario gracias a sus ensayos y artículos publicados en diarios y revistas. Quizá por este motivo los lingüistas lo veían como un advenedizo y no lo consideraban como uno de los suyos; era para ellos una suerte de "ave extraña en el paraíso de la semiología".

La crítica literaria, (entre comillas), que emprendió Barthes, se aleja bastante de la crítica convencional. Sus estudios y visiones de lo literario, o lo textual, estaban en verdad, a varios años luz del discurso de la crítica oficial. De hecho, pulverizó las nociones críticas vigentes y fue más allá. Expuso y se expuso con abierto desparpajo en sus escritos, desnudó sus puntos de vista caprichosos y sin miedo al ridículo. Intentó darle usos prácticos tanto a la semiología como a la lingüística y para ello utilizó todo lo que podía serle de utilidad, o como escribe José Luis Pardo: "...Barthes se sirvió de todo cuanto encontró en su camino: la lingüística de Saussure, el estructuralismo de Levi-Strauss, e análisis de la narración de Propp, el marxismo, la retórica o la filología clásica, y cuando los saberes constituidos no le ofrecían instrumentos adecuados para su empresa tuvo que inventar métodos precarios y pragmáticos, terminologías difusas cuya oscuridad siempre se le reprocha, para intentar aventuras--una vez--más inciertas"<sup>28</sup>. Muchos fueron los temas que le preocuparon, como: la moda, el mito, la retórica y la fotografía. Barthes narra las fotos, descubre sus resortes comunicantes y, poco a poco, descubre al lector, o al espectador, la lucidez de la imagen. En efecto, Barthes es considerado uno de los primeros en captar que el mundo contemporáneo es en esencia el mundo de los signos. Se atrevió a leer la calle, el mercado, los centros comerciales, el teatro, la historia, las plazas, las revistas del corazón, el hipódromo y el cine. Para Barthes todo es lenguaje, su trabajo es antes que una típica tesis de semiología, una sutil poética de la contemplación de los signos del mundo.

Barthes siempre vivió, con o cerca de su madre, que murió en 1977. Durante su enfermedad, Barthes, la cuidó, y como más tarde escribiera en *Cámara Lúcida*, su última experiencia con ella fue una de las más fuertes que hubiera vivido a su lado. Una vez fallecida, dice Barthes, ya no tuvo ninguna razón para preocuparse por su propio progreso pues desapareció su ley superior. Y justamente, tres años más tarde, moría el 26 de marzo de 1980, en un accidente en la calle. La obra póstuma "*Incidents*" (1987) reveló su homosexualidad y sus pasiones secretas.

---

<sup>28</sup> Tomamos aquí el texto *Los susurros de Roland Barthes* de Carlos Yusti, donde refiere el trabajo de José Luis Pardo. Disponible en: <http://www.codice.arts.ve/rb/rb.html>

En vida, Barthes publicó diecisiete libros y muchos artículos de revistas, la mayoría de los cuales fueron agrupados a modo de colecciones. Sus ideas han ofrecido métodos alternativos para la enseñanza de la literatura, teniendo seguidores no sólo entre los que fueron sus discípulos y colegas, sino entre otros profesores fuera de Francia. De sus obras podemos destacar (en su año y título original de publicación)<sup>29</sup>:

- *Le degré zéro de l'écriture*, 1953
- *Michelet par lui même*, 1954
- *Mythologies*, 1957
- *Sur Racine*, 1963
- *La tour eiffel*, 1964
- *Essais critiques*, 1964
- *Eléments de sémiologie*, 1964
- *Critique et vérité*, 1966
- *Système de la mode*, 1967
- *S/Z*, 1970
- *L'empire des signes*, 1970
- *Sade, Fourier, Loyola*, 1971
- *Nouveaux essais critiques*, 1972
- *Le plaisir du texte*, 1973
- *Erté*, 1975
- *Pourquoi la Chine?*, 1976
- *Roland Barthes par Roland Barthes*, 1977
- *Image-music-text*, 1977
- *Fragments d'un discours amoureux*, 1977
- *Leçon inaugurale au collège de France*, 1978
- *Sollers, écrivain*, 1979

---

<sup>29</sup> La mayoría de sus obras ha sido traducida a varios idiomas, especialmente al castellano, inglés y alemán. Hemos utilizado textos en su versión en castellano para efectos del presente estudio como puede constatarse en la bibliografía e incluso dentro del desarrollo mismo del presente capítulo.



- *La chambre claire*, 1980
- *Barthes reader*, 1980
- *L'obvie et l'obtus*, 1982
- *Le bruissement de la langue*, 1984
- *L'aventure sémiologique*, 1985
- *Incidents*, 1987
- *Ouvres complètes*, 1993-95 (3 vols.)

Es interesante señalar que si bien sabemos que la vida personal y afectiva siempre está detrás de las obras de los autores, (consciente o inconscientemente), en el caso de Roland Barthes ocurre que ese “detrás” no se oculta, está siempre presente, incluso diríamos en un primer plano de sus textos. Biógrafos de la obra de Barthes como John Lechte (1994) destacan cómo el propio Barthes utiliza su biografía, su vida, como material para sus obras, para su escritura, incluso para su estilo; un ejemplo de ello es su libro *La cámara lúcida* en el que Barthes llega a ser un autobiógrafo de una manera no convencional. Ese estilo personalizado, propio del último Barthes, confirma su crítica semiótica y literaria, o como el lo llama, al novelista sin novela. Puede decirse que allí radica la originalidad de su obra respecto a sus teorías de la escritura y de la significación. En su libro *Fragmentos de un discurso amoroso*, Barthes dice: “*nosotros no sabemos quién está hablando; el texto habla, eso es todo*”. Hoy este texto puede ser solamente uno en la soledad; no tiene un sujeto específico, pero puede ser invocado por miles de sujetos.

La obra de Barthes apuesta por una gran variedad temática que va desde la teoría semiótica y los ensayos sobre crítica literaria, (que atentan incluso al *establishment* de la literatura francesa, por ejemplo en *Racine*), hasta sus trabajos más personales sobre temas como el placer del texto, el amor y la fotografía. Entre los 50 y 60 Barthes es un semiólogo, que ve en la teoría del lenguaje de Saussure -y del signo en particular-, la base para entender la estructura de la vida social y cultural. De hecho, su objetivo está centrado en el análisis y crítica de la

sociedad y de la cultura burguesa. Su libro *Mitologías* es un ejemplo de ello pues en sus análisis somete a un singular escrutinio reflexivo los mensajes de advertencia, entretenimiento, literatura y cultura popular, o bienes de consumo.

De hecho, para Barthes, lo que define la era burguesa, culturalmente hablando, es el rechazo a la opacidad del lenguaje y a la instalación de una ideología centrada en la noción de que el arte verdadero es verosímil. Esta idea se traduce en una advertencia sobre la “naturalidad” de la escritura, pues este naturalismo, para Barthes, es ideología, por ello es necesario inventarse una nueva escritura, un nuevo lenguaje. Justamente con el *Grado Cero*, Barthes es considerado el líder de la crítica de la literatura modernista en Francia, e introduce el concepto de “*scripton*” para distinguir un estilo, una forma de escribir, un nuevo lenguaje. Este trabajo lo relacionó directamente con los autores de la “*nouveau roman*”. En suma, podemos decir que Barthes observó las condiciones históricas del lenguaje literario, señaló la dificultad de una práctica moderna de escritura, y penetró en el lenguaje de la escritura al mismo tiempo que la capturó en un orden particular discursivo.

#### **4.6.2. Sobre la naturaleza del lenguaje**

Para Barthes la función de un intelectual, como crítico de la sociedad, de las instituciones, pasa por una comprensión también crítica del lenguaje, lo que por cierto es algo que también Derrida considera. De hecho, para Barthes es claro que cuando se pretende criticar la sociedad, nos enfrentamos a los límites mismos de la lengua mediante la cual (relación instrumental) se pretende objetarla, “*es querer destruir el lobo alojándose confortablemente en sus fauces*”. Barthes nos advierte que el uso de la palabra es ideología porque, a su vez la ideología es palabra. Por lo tanto la gramática, que es gramática de las palabras se reconvierte

en génesis ideológica. De ahí que nuestro autor hable con cierta reiteración de una “gramática aberrante” Intentaremos a continuación ampliar tal concepto.

En su texto *Crítica y verdad* (1972), Barthes analiza la especial vigilancia que las instituciones tienen de la palabra, manteniéndola sometida a un “estrecho código”, que la convierte en un “Estado literario”, pues no permite poner en tela de juicio el poder del poder, el poder del lenguaje, que es lo mismo que hablar del lenguaje del lenguaje. Tales cuestionamientos están presentes en toda la obra de Roland Barthes, al plantear la necesidad de una segunda escritura de las obras para así abrir nuevos caminos a márgenes imprevisibles, que suscitan el juego infinito de los espejos. Para Barthes lo que se llama “las certidumbres del lenguaje” no son sino las certidumbres de la lengua francesa, las certidumbres del diccionario. En consecuencia, el tedio (o el placer) de la lectura reside en que el idioma no es sino el material de otro lenguaje, que no contradice al primero, y que se halla lleno de incertidumbres: “*¿a qué instrumento de verificación, a qué diccionario iremos a someter este segundo lenguaje, profundo, simbólico, con el cual está hecha la obra, y que es precisamente el lenguaje de los sentidos múltiples?*” (Barthes, R. 1972: 18).

Es por ello que Barthes también cuestiona la idea de correspondencia unívoca entre significante y significado; de hecho, ante la petición de conservación del significado de las palabras, propia de la crítica moderna literaria, en la que por cierto se considera que la palabra no tiene más que un sentido -el bueno-, Barthes ve una regla que conlleva abusivamente a una trivialización general de la imagen: o bien se la prohíbe pura y llanamente; o bien se la ridiculiza simulando más o menos irónicamente tomarla al pie de la letra. “*Mas por qué, después de todo, esa sordera a los símbolos, esa asimbolia?. ¿Qué es lo que el símbolo amenaza?. Fundamento del libro, ¿por qué el sentido múltiple pone en peligro la palabra acerca de un libro?. ¿Y por qué, una vez más, hoy por hoy?*” (Barthes, R. 1972: 44).

En efecto, para Barthes, si bien cada época puede creer que detenta el sentido canónico de una obra, basta con ampliar un poco la historia para transformar ese sentido en otro más plural, por lo que una obra cerrada se convierte en una obra abierta, concepto éste, polifónico y polisémico. Así, Barthes, plantea una nueva definición para la obra pues de ser un hecho histórico, pasa a ser un hecho antropológico puesto que descubre que la historia no la agota. En consecuencia, una obra cerrada se reconvierte en la corrupción de la palabra, y por lo tanto en la aberración de la gramática. Ello hace que sea imprescindible una nueva objetividad de la crítica literaria. Así, la variedad de los sentidos de una obra no proviene de un punto de vista relativista de las costumbres humanas, sino de una disposición de la obra a la apertura; la obra detenta muchos sentidos, independientemente del punto de vista de quien la lee. Por tanto, la obra es simbólica ya que el símbolo no es imagen sino la pluralidad de sentidos. Insistamos un poco más en palabras del mismo Barthes (1972:55): *“La lengua simbólica a la cual pertenecen las obras literarias es por estructura una lengua plural, cuyo código está hecho de tal modo que toda habla (toda obra) por él engendrada tiene sentidos múltiples. Esta disposición existe ya en la lengua propiamente dicha, que comporta muchas más incertidumbres de lo que se pretende –sobre lo cual el lingüista comienza a preocuparse–”*. Barthes reconoce que nada es más esencial para una sociedad que la clasificación de sus lenguajes, sin embargo, cambiar esa clasificación, desplazar la palabra, es hacer una revolución *“no hay poetas, ni novelistas: no hay más que escritura”*. Cabría aquí resaltar dos aspectos comunes a Barthes y Derrida, a saber: la idea de la obra abierta y el carácter polisémico del lenguaje, que Derrida llevará a un punto más radical, a la diseminación. Ambos conceptos por supuesto se adaptan al hipertexto (¿o el hipertexto a éstos?) y a su naturaleza múltiple, abierta, descentrada, susceptible de polisemia y diseminación.

Además, este carácter abierto y polisémico de la obra, tiene una consecuencia importante en Barthes: la muerte del autor. De hecho, en *El Grado Cero de la Escritura*, Barthes, desecha por completo la anécdota, la periferia de la literatura,

(la vida del autor, la peripecia de la escritura como oficio, etc.), para ir directo al corazón del texto, a los nervios de la escritura conformada por la estructura lingüística susceptible de desmontar y analizar en profundidad. Se trata, como se ve, de un ejercicio o estrategia deconstructiva, si bien Barthes lo hace desde una intencionalidad, o desde el marco de la crítica literaria, Derrida pretende con ello culminar su crítica a la metafísica. Barthes utiliza, por ejemplo, uno de los textos de Gustave Flaubert, para evidenciar el doble juego del lenguaje, lo que ilustra a través de una prosa puntillosa y perseverante, que revive de manera fluida los padecimientos, (tanto físicos como espirituales), del autor de "Madame Bovary", volviendo transparente el problema central de toda la literatura: el lenguaje y sus posibilidades combinatorias<sup>30</sup>.

Es en este contexto de crítica que Barthes considera estéril llevar de nuevo la obra a lo explícito puro, puesto que luego no hay nada más que decir y la función de la obra no puede consistir en sellar los labios de aquellos que la leen; o buscar en todo caso, lo que diría sin decirlo, o suponer en ella un secreto último, que una vez descubierto, impediría igualmente agregación alguna: dígase lo que se diga de la obra, queda siempre, como en su primer momento, sólo lenguaje, sujeto, ausencia. En efecto, el objeto de una tal ciencia literaria, (si algún día existe, insiste Barthes), no podría ser una ciencia de los contenidos, (que en todo caso sería objeto de la historia), sino una ciencia de las condiciones del contenido, es decir, de las formas; lo que habrá de interesarle serán las variaciones de sentidos engendradas y, si puede decirse, engendrables por las obras: no interpretará los símbolos, sino únicamente su polivalencia. Reflexión esta sobre la ciencia literaria

---

<sup>30</sup> Para Carlos Yusti el concepto de Barthes sobre la literatura fue un todo discursivo que reciclaba siempre sus partes; era algo así como la mitológica nave de los argonautas, donde las partes de la embarcación se cambiaban y renovaban cada porción del trayecto, pero que al final seguía siendo la misma nave de Argos o como él mismo lo escribió: "Si el deseo de escribir es la constelación de unas cuantas figuras obstinadas, al escritor sólo le resta una actividad de variación y de combinación: nunca hay creadores, sólo combinadores, y la literatura es semejante a la nave de Argos: la nave de Argos no comportaba--en su larga historia--ninguna creación, sino sólo combinaciones; a pesar de estar obligada a una función inmóvil, cada pieza se renovaba infinitamente, sin que el conjunto dejara de ser la nave Argos". Ver la dirección electrónica: *Códice*. En: <http://www.codice.arts.ve/rb/rb.html>

que por cierto podría ampliarse en un sentido parecido a la ciencia pedagógica, que, además de trabajar sobre la base de contenidos, está mediatizada por los procedimientos de una estructura abierta que alberga al educando, al educador y a la palabra mediada por el poder y la ideología.

Barthes propone entender por lenguaje, discurso, habla, etc., toda unidad o toda síntesis significativa, sea verbal o visual; es decir, una fotografía sería un habla, de misma manera que un artículo de periódico. Hasta los objetos pueden transformarse en habla, siempre que signifiquen algo. Esta forma genérica de concebir el lenguaje está justificada, además, por la historia de las escrituras, Barthes señala cómo antes de la invención de nuestro alfabeto, objetos como el *quipú* inca, o dibujos como los pictogramas, constituyeron hablas regulares, aunque Barthes advierte que esto no significa que debamos tratar el habla mítica como si fuera la lengua: en realidad, el mito pertenece a una ciencia general que incluye a la lingüística: la semiología. “*La semiología es una ciencia de las formas, puesto que estudia las significaciones independientemente de su contenido*” (Cf. Barthes, R. 1980a:200)<sup>31</sup>. De hecho, Barthes usó conceptos semiológicos en el análisis de los mitos y los signos de la cultura contemporánea. Analizó materiales como periódicos, películas, *shows*, exhibiciones encontrando una conexión con el abuso ideológico. Barthes pues inicia un punto de vista que no es el tradicional juicio de valor, o investigación sobre las intenciones del autor, pues, para él, el texto mismo como sistema de signos, es donde se encuentran las formas estructurales del significado como un todo.

En efecto, la semiología para Barthes, centrada en sus límites, no es una trampa metafísica: es una ciencia entre otras, necesaria aunque no suficiente. La

---

<sup>31</sup> Roland Barthes en la 1ª. Conferencia Internacional sobre la Información Visual, realizada en Milán del 9 al 12 de julio de 1961 dejaba en claro que, al menos para él, hay que pensar la palabra imagen en plural atendiendo a la especificidad de cada una de sus modalidades. ¿Qué es la imagen?, ¿cuántos tipos de imagen hay?, ¿cómo clasificarlas? Estas fueron, entre otras, las cuestiones objeto de dicha conferencia y que inauguraron el inicio de investigaciones sobre la imagen. Cf. Toibero, Emilio. *Vigilancia*, sabiduría y fragilidad. En: [http://www.otrocampo.com/6libro\\_barthes.html](http://www.otrocampo.com/6libro_barthes.html)

semiología postula una relación entre dos términos, un significante y un significado. Esta relación se apoya en objetos de orden diferente; por eso no se trata de una igualdad sino de una equivalencia. Mientras el lenguaje dice simplemente que el significante expresa el significado, en cualquier sistema semiológico nos encontramos no sólo con dos sino con tres términos diferentes. Lo que se capta no es un término por separado, uno, y luego el otro, sino la correlación que los une, es decir, lo que se tiene es pues el significante, el significado y el signo, que constituye el total asociativo de los dos primeros términos<sup>32</sup>.

Desde la teoría semiológica todo signo incluye o implica tres relaciones. En primer lugar, una relación interior, la que une su significante con su significado; luego dos relaciones exteriores: la primera es virtual, une el signo a una reserva específica de otros signos, de donde se lo separa para insertarlo en el discurso; la segunda es actual, une el signo con otros signos del enunciado que lo preceden o lo suceden. El primer tipo de relación aparece de manera clara en lo que en general se denomina un símbolo. El segundo plano de la relación implica la existencia, para cada signo, de una reserva o “memoria” organizada de formas, de las que se distingue gracias a la mínima diferencia necesaria y suficiente para producir un cambio de sentido. Ese plano de relación es el del sistema y suele denominarse paradigma; de manera que a ese segundo tipo de relación se convierte en una relación paradigmática. Según el tercer plano de relación, el signo no se ubica con relación a sus “hermanos” (virtuales), sino en relación con sus vecinos actuales. A esta relación se le denomina sintagmática.

Sin embargo, señal, índice icono, símbolo, alegoría, son los principales rivales del signo. Los signos remiten necesariamente a una relación entre dos *relata*. Para encontrar una variación de sentido hay que recurrir a otros rasgos que Barthes (1971b) en *Elementos de Semiología* expone de forma alternativa

---

<sup>32</sup> Cf. Barthes, R; Jakobson R.; Moles, A. y otros (1971a). *El lenguaje y los problemas del conocimiento*. Argentina: Ed. Rodolfo Alonso, p. 127-128.

(presencia/ausencia): 1. La relación implica, o no implica, la representación psíquica de uno de los *relata*; 2. La relación implica o no implica una analogía entre los *relata*; 3. La conexión entre ambos *relata* (el estímulo y su respuesta) es inmediata o no lo es; 4. Los *relata* coinciden exactamente o, por el contrario, uno “sobrepasa” al otro; 5. La relación implica o no implica, una relación existencial con aquél que lo utiliza.

Para Barthes, en la lingüística, la naturaleza del significado ha dado lugar a discusiones concernientes, sobre todo, a su grado de “realidad”; discusiones que están de acuerdo en insistir sobre el hecho de que el significado no es una “cosa”, sino una relación psíquica de la “cosa”. El signo entonces es una porción (de dos caras) de sonoridad, visualidad, etc. Por su parte, la significación puede concebirse como un proceso que une al significante y al significado, acto cuyo producto es el signo. Naturalmente, esta distinción tiene un valor clasificatorio (y no fenomenológico): en primer lugar, porque la unión de significante y significado no agota el acto semántico, el signo, es válido también en virtud de lo que le es adyacente; en segundo lugar, porque para significar, la mente no procede por conjunción, sino por descomposición. A decir verdad, la significación (semiosis) no une series unilaterales, no aproxima dos términos, por la simple razón de que el significante y el significado son ambos, término y relación, al mismo tiempo<sup>33</sup>.

Así, por ejemplo, la palabra “inteligencia” puede designar una facultad de intelección o una complicidad; por lo general, el contexto obliga a escoger uno de los dos sentidos y a olvidar el otro. Cada vez que encuentra una de esas palabras dobles, Roland Barthes (1978), por el contrario, conserva la palabra en sus dos

---

<sup>33</sup> Para Saussure la relación que une los términos lingüísticos puede desarrollarse en dos planos, cada uno de los cuales genera sus propios valores; estos dos planos corresponden a dos formas de actividad mental. El primero es el del sintagma, que es una combinación de signos que tiene como soporte la extensión; en el lenguaje articulado esta extensión es lineal e irreversible (es la cadena hablada). Dos elementos no pueden pronunciarse al mismo tiempo cada término debe aquí su propio valor a su oposición a aquello que precede o a aquello que sigue; en la cadena de las palabras, los términos están unidos realmente *in presentia*; la actividad analítica que se aplica al sintagma es la descomposición. El segundo plano es el de las asociaciones. En cada serie contrariamente a lo que sucede al nivel del sintagma, los términos se unen *in absentia*: la actividad analítica que se aplica a las asociaciones es la clasificación.



sentidos, como si uno de ellos le guiñara el ojo al otro y el sentido de la palabra estuviese en ese guiño, lo que hace que una misma palabra, en una misma frase, quiera decir al mismo tiempo dos cosas diferentes. Por esto, a estas palabras, se las llama en varias ocasiones “preciosamente ambiguas”, no por esencia léxica, (pues cualquier palabra puede tener varios sentidos), sino gracias a una especie de suerte, de buena disposición del discurso y no de los postulados o leyes de la lengua<sup>34</sup>. (Este tipo de “disposición del discurso”, con un léxico muy particular: *différance*, *enclature*, *huella*, *tachadura*, le ha permitido justamente a Derrida, por esa especie de “buen suerte”, de “guiño”, un lenguaje de la deconstrucción que por cierto procura la ambigüedad del sentido).

En particular frente al elemento de invención que comparte con otras creaciones, la literatura, para Barthes, posee un elemento que la define específicamente: su lenguaje; la escuela formalista rusa había ya intentando aislar y estudiar un elemento específico, dándole el nombre de “literaturidad”, que es lo que Jakobson llamaba poética; la poética es el análisis que permite responder a esta cuestión: ¿qué es lo que convierte un mensaje verbal en una obra de arte?. Sin embargo, a ese lenguaje, Barthes lo llama retórica, para evitar de este modo toda reducción de la poética a la poesía y dejar bien claro que se trata de un plan general del lenguaje común a todos los géneros, tanto a la prosa como al verso. Si durante siglos, desde la antigüedad hasta el siglo XIX, la retórica había recibido una definición funcional y técnica a la vez como un conjunto de normas que permiten persuadir y como una guía para expresarse con corrección, ahora se convierte en una institución social, descubriéndonos que el nexo que une las formas de

---

<sup>34</sup> La manera de escribir de Barthes se formó en un momento en que la escritura del ensayo trataba de renovarse mediante la combinación de intenciones políticas, de nociones filosóficas y de verdaderas figuras retóricas. Pero, sobre todo, el estilo es, de alguna manera, el comienzo de la escritura: aún tímidamente, exponiéndose a grandes riesgos de recuperación, prepara el reino del significante. Se siente solidario de todo discurso cuyo principio sea que el sujeto no es más que un efecto de lenguaje. Barthes imagina una ciencia muy vasta en cuyo enunciado el sabio terminaría por incluirse finalmente, y que sería la ciencia de los efectos del lenguaje (algunos autores critican a Derrida por su escritura, quizás sea también en parte porque practica una ciencia de los efectos del lenguaje. Efectos desestructurantes, retóricos, pero en todo caso, como dice Rorty, lúcidos).

lenguaje a las sociedades es mucho más inmediato que la relación propiamente ideológica; así, para Barthes, en su texto *Literatura y Sociedad*, analiza cómo “*mientras en la Grecia antigua la retórica surgió precisamente con motivo de los pleitos de propiedad que siguieron a las actuaciones de los tiranos en Sicilia del siglo V; en la sociología burguesa el arte de hablar según ciertas normas es a la vez un signo de poder social y un instrumento de ese poder; es significativo que la clase que remata los estudios secundarios del joven burgués se llama precisamente clase de retórica. Si bien es cierto que las necesidades sociales engendran ciertas funciones todos sabemos que estas funciones una vez puestas en marcha o determinadas, adquieren una imprevista autonomía y se abren nuevos significados*” (Cf. Barthes R. 1969:34-35). Barthes sustituye, por tanto, la definición funcional retórica por una definición inmanente, estructural, para ser más exactos informacional. En suma, su objeto no serán ya los sentidos plenos de la obra –con los cuales se compromete-, sino, por el contrario, el sentido vacío que los sustenta a todos. O, en palabras de Derrida, con el no-origen, con la archia tachada.

Barthes adiciona una cuestión más y es el placer, el gozo del texto. Para él es necesario formularse esa pregunta ante las indiferencias de la ciencia y el puritanismo del análisis ideológico, pero también contra la reducción de la literatura a un simple entretenimiento. Ahora bien, al mismo tiempo se cuestiona sobre cómo formular la literatura si lo propio del goce es el no poder ser expresado. A nosotros –dice Barthes- sólo nos resta hacer trampas con la lengua, “*hacerle trampas a la lengua*”. Y esta “*fullería saludable*” que permite escuchar a la lengua fuera del poder, en el “*esplendor de una revolución permanente del lenguaje*”, es lo que permitiría hallar el placer, el goce de los textos. Goce que Barthes descubrió a través de la fragmentación: facetas, toques, burbujas, brote de una ciencia textual.

Veamos más detenidamente este concepto de “fragmentación” de Barthes. Su primer obra (originalmente publicada en 1942) está justamente hecha a partir de

fragmentos; esta elección la justificaba entonces así: *“porque es preferible la incoherencia al orden que deforma”*. En su momento fue quizás una idea incomprensible, inaceptable por la tradición, al entremezclar orden y caos; o sea, al oponer a la linealidad discursiva la multiplicidad de significados. De hecho, no dejó de practicar desde entonces, la escritura corta, pequeños cuadros, fragmentos de textos, como en el *Imperio de los Signos*, artículos y prefacios, *S/Z*, fragmentos de *Sade II* y el *Placer del texto*, *Fragmentos de un discurso amoroso*, por mencionar algunos ejemplos. El fragmento no sólo está separado de sus vecinos sino que, además, en el interior de cada fragmento, reina la parataxis. Es decir, hace el índice de estos trozos cortos y en cada uno de ellos, el ensamblaje de los referentes es heteróclito, es como un juego de rimas: *“Sean las palabras: fragmento, círculo, Gide, lucha, libre, asíndeton, pintura, disertación, Zen, intermediario; imagínese un discurso que pueda vincularlas”*. Pues bien, sería sencillamente este fragmento mismo. *“El índice de un texto no es pues sólo un instrumento de referencia; él mismo es un texto, el segundo texto que es el relieve (residuo y asperidad) del primero: lo que hay de delirante (de interrumpido) en la razón de las frases”* (Barthes, R. 1978:102). Derrida expresa su incomodidad con el logocentrismo, y el privilegio de la razón y de su consecuente linealidad en el discurso; Barthes enfatiza lo mismo, pues para él, lo delirante, lo obtuso, es justamente la lógica de la no linealidad, la razón de los fragmentos.

Podemos decir que a Barthes le gusta encontrar, escribir comienzos, tiende a multiplicar este placer; es por ello que escribe fragmentos, mientras más fragmentos escribe, más comienzos, y por ende, más placeres, (pero no le gustan los fines, es demasiado grande el riesgo de la clausura retórica; tiene el temor de no saber resistir a la última palabra, la última réplica). De hecho, Barthes encuentra una analogía en la cultura de oriente, en particular en El Zen perteneciente al budismo *torin*, que es un método de la apertura abrupta, separada, rota (el *kien*, por el contrario, es el método de acceso gradual). El fragmento, (como el *haiku*) es *torin*; implica un goce inmediato: es el fantasma de un discurso, un bostezo de deseo. Bajo la forma de pensamiento-frase, para

Barthes, el germen del fragmento se le ocurre a uno en cualquier parte: en el café, en el tren, hablando con un amigo (surge lateralmente a lo que él dice, o a lo que uno mismo dice).

Pero qué pasa cuando uno dispone los fragmentos uno tras otro ¿no es posible una organización? Ante tal pregunta Barthes responde que sí. El fragmento es como la idea musical de un ciclo: cada pieza se basta a sí misma y, sin embargo, no es nunca más que el intersticio de sus vecinas: la obra no está hecha más que de piezas fuera de texto. En *Barthes por Roland Barthes* (1978:103) nos ejemplifica esta idea musical: *"El hombre que mejor comprendió y practicó la estética del fragmento tal vez fue Schumann, llamaba al fragmento "intermezzo"; multiplicó en su obra los intermezzi: todo lo que producía estaba a la postre intercalado"*. El fragmento entonces tiene su ideal: una alta condensación, no de pensamiento, o de sabiduría, o de verdad, sino de "música en proceso"; se opone entonces el "tono", algo articulado y cantado y una dicción donde debería reinar el timbre. *"Piezas breves de Webern: ninguna cadencia: ¡cuánta majestuosidad pone en quedarse corto!"* (Barthes, R. 1978:103).

Adicionalmente, la fragmentación del texto, también se puede ver en las normas tipográficas de una obra, lo cual constituye un resquebrajamiento esencial: escalonar palabras aisladas en una página, mezclar la cursiva, la redonda y la versal según un proyecto que no es visiblemente el de la demostración intelectual, romper materialmente el hilo de la frase por medio de párrafos desiguales, igualar en importancia una palabra y una frase, todo ello logra, en suma, la destrucción misma del Libro: el libro-Objeto se confunde materialmente con el Libro-Idea, la técnica de impresión con la institución literaria; el modo de atender a la regularidad material de la obra equivale a amenazar la idea misma de literatura (amenaza que en su momento llevó a cabo Mallarmé). En este sentido, las formas tipográficas son una garantía del fondo: la impresión normal atestigua la normalidad del discurso. Pero justamente esto significa para Barthes encerrar el ser y el sentido de la literatura en un puro protocolo, como si esta misma literatura fuese un rito

que perdiera toda la eficacia el día en que se omitiese formalmente una de sus reglas: “el libro es una misa, que importa poco que sea dicha con devoción, con tal que ella se desarrolle *dentro del orden*” (Cf. Barthes, R. 1977: 212-213).

En consecuencia, una crítica antiestructural para Barthes sería una crítica que no buscaría el orden, sino el desorden de la obra; le bastaría para ello con considerar toda la obra como una enciclopedia que se pone en escena, con la ayuda de simples figuras de contigüidad (la metonimia y el asíndeton). “*Como enciclopedia, la obra extenúa una lista de objetos heteróclitos y, esta lista es la antiestructura de la obra, su oscura y loca poligrafía*” (Barthes, R. 1978:162) Barthes decía que a veces sentía ganas de dejar descansar todo ese lenguaje que estaba en su cabeza, en su trabajo, en los otros, como si el lenguaje mismo fuese un miembro cansado del cuerpo humano; le parecía que si descansara del lenguaje, descansaría todo entero ya que podría declarar en asueto a las crisis, a las resonancias, a las exaltaciones, a las heridas, a las razones. Concibe pues el lenguaje como la figura de una viejecita cansada, (algo como una antigua criada de manos gastadas), que suspira por cierto retiro...

¿Excesiva exaltación del lenguaje? Inflación del lenguaje ha dicho Derrida. Más el lenguaje no se restringe al texto escrito; Barthes en *Lo obvio y lo obtuso* (1986), retoma esta idea y la analiza a la luz de las imágenes. En efecto, en el nivel de los signos, se pueden distinguir dos facetas en cierto modo contradictorias: la primera intencional, (no es más ni menos que lo que ha querido decir el autor), y está extraída del léxico general de los símbolos; aporta un sentido claro y patente que no necesita exégesis de ningún género: es lo que está ante los ojos, el sentido obvio. Pero hay otro sentido, el sobreañadido, el que viene a ser como una especie de suplemento que el intelecto no llega a asimilar, testarudo, huidizo, pertinaz, resbaladizo, que Barthes llama obtuso. Concepto sugerente que relacionamos también con la obra de Derrida, ejemplo acaso de una lectura obtusa, donde no hay para nada un nivel de lectura obvia, sino quizás niveles obtusos de lectura.

En consecuencia, se podría decir que el interés que inspira el lenguaje siempre es ambiguo, y que esta misma ambigüedad hace del lenguaje “la mejor y la peor de las cosas”. Barthes señala (1977:326) *“no es más que pretender liberar un lenguaje “segundo”, que sería la energía profunda, “anormal” de la palabra; aunque las destrucciones del lenguaje a menudo tienen también algo de suntuoso”*. Destrucción del lenguaje, “lenguaje segundo”, “energía profunda” que nos recuerda singularmente el postestructuralismo derridiano. Un lenguaje que por cierto, en el caso de Barthes, requiere de una reconsideración de conceptos como obra, libro, lectura, y en consecuencia, de una reconceptualización de los papeles del lector y escritor.

#### **4.6.3. De la escritura y la lectura: del lector-autor.**

Así da vueltas la palabra en torno al libro: leer, escribir: de un deseo al otro va toda literatura. ¿Cuántos escritores no han escrito sólo por haber leído? ¿cuántos críticos no han leído sólo por escribir?

*Roland Barthes*

Desde la escritura del *Grado cero* hasta los últimos textos de Barthes se ha dado un desplazamiento conceptual. En el *Grado cero* la escritura es una noción más bien sociológica entre la lengua, el sistema de una nación, el estilo, y los sujetos; posteriormente a esa escritura la denominó escribancia (refiriéndose a la oposición escritores/escribientes), pues la escritura ocuparía el lugar de lo que llamaba el estilo; es decir, si en un sentido tradicional el estilo remite a matrices de enunciados o a un “ideolectivo personal”, (como lo era el viejo estilo), Barthes propone *“una enunciación ( y no un enunciado) a través de la cual el sujeto realiza su división dispersándose, arrojándose oblicuamente sobre la escena de la página blanca: noción de escritura que debe poco al viejo “estilo” y mucho, como usted sabe, al doble esclarecimiento del materialismo (por la idea de productividad) y*

*del psicoanálisis (por la idea de sujeto escindido)*". (Barthes, R. 1974:67). Esta concepción de la escritura excede el habla, no es un suplemento, (coincidencia con Derrida), donde se inscribe un inconsciente distinto (no hay dos) sino otra relación del locutor (o del escucha) con el inconsciente. Por lo tanto, el habla no puede agregar nada a la escritura, y en consecuencia, "es necesario convencerse de que el habla siempre está por detrás de la escritura...yo no soy como yo escribo" (Barthes, R. 1974: 71-72). Es por ello que Barthes destaca que la palabra es irreversible, es decir: no se puede corregir una palabra sin decir explícitamente que se va a corregir. "En este caso tachar es añadir; si quiero pasar la goma sobre lo que acabo de enunciar, no es posible hacerlo más que mostrando la propia goma (mejor dicho, me he expresado mal, es decir...); paradójicamente es la palabra, la efímera, la que es indeleble, y no la monumental escritura. Con la palabra, lo único que podemos hacer es añadirle otra palabra". (Barthes, R. 1986: 314). Tal concepción de los signos tiene una retraducción revolucionaria en la lectura, que al igual que los planteamientos de Derrida, rompe con la idea de origen y sugiere el nacimiento de una nueva cultura y la muerte de la autoría. Veámoslo con más detalle.

Ya en su libro *Elementos de Semiología* (1971b), Barthes había sistematizado su punto de vista sobre una "ciencia de los signos" basada en el concepto de lenguaje de Ferdinand de Saussure y en el análisis del mito y del rito. Hay quienes consideran que Barthes hizo su más intensiva aplicación de la lingüística estructural en *S/Z* (1980b, al analizar frase a frase la novela corta de Balzac, *Sarrasine*). En todo caso, intentó mostrar, con la experiencia de la lectura, las relaciones del lector como sujeto de movimiento de los textos. De acuerdo con Barthes, el criticismo clásico nunca prestó atención al lector, que sin embargo, era el espacio en el cual múltiples aspectos del texto se encontraban. En consecuencia, la unidad de un texto no se halla en su origen, sino en su destino; es decir, para Barthes el nacimiento de un lector debe ser a costa de la muerte del autor.

En este sentido, escribir es, en cierto modo, fracturar el mundo (el libro) y rehacerlo –¿acaso analogía con la deconstrucción derridiana?. Barthes analiza, por ejemplo, en *Crítica y Verdad* (1972), cómo la Edad Media ajustó las relaciones del libro (tesoro antiguo) y de aquellos que tenían el cargo de reconducirlo a través de una nueva palabra, mientras hoy en día recurrimos al historiador y al crítico (aunque se pretende hacernos creer, indebidamente que hay que confundirlos); la Edad Media había establecido en torno del libro cuatro funciones distintas: el *scriptor* (que copiaba sin agregar nada), el *compilador* (que no agregaba nada por cuenta propia), el *commentator* (que no intervenía en el texto copiado sino para hacerlo inteligible) y por último el *auctor* (que expresaba sus propias ideas, apoyándose siempre en otras autoridades). Tal sistema, establecido explícitamente con el solo fin de ser “fiel” al texto antiguo, al “libro” reconocido, produjo sin embargo, una “interpretación” de la Antigüedad que la Modernidad se ha apresurado en recusar. De hecho, la visión crítica empieza en el *compilador* mismo: no es necesario agregarle cosas propias a un texto para “deformarlo”, basta citarlo, es decir, recortarlo, para que un nuevo inteligible nazca inmediatamente; este inteligible puede ser más o menos aceptado, si bien no por ello está menos constituido. ¿Por qué escandalizarse entonces ante el entorno fragmentado y recortado de Internet?. ¿Por qué esta crítica no se le hace también al texto impreso y se recurre a él como el ideal de textualidad?. Textos e hipertextos, son en suma, un complejo de citas, fragmentos, entrecortes, junto con la intervención que desde la cultura y la historia hacen los desconocidos lectores. Es más, los textos -y los hipertextos- siempre están incompletos, siempre requieren la actualización de un lector(autor).

Esta idea del recorte, de la fragmentación de los textos, es muy sugerente, pues cuestiona la idea misma de “objetividad” y propone una lúdica visión de la escritura<sup>35</sup>. Así, para Barthes, el crítico no es otra cosa que un *commentator*, ya

---

<sup>35</sup> Eco se pregunta cómo una obra de arte podía postular, por un lado, una libre intervención interpretativa por parte de sus destinatarios y, por otro, exhibir unas características estructurales que estimulaban y al mismo tiempo regulaban el orden de sus interpretaciones. Para él este tipo de estudio corresponde a la pragmática del texto. En *Lector in Fábula*, Umberto Eco aborda la actividad cooperativa, en virtud de la cual el destinatario extrae del texto lo que el texto no dice



que por una parte, es un transmisor, reproduce una materia pensada; y por la otra, es un operador que redistribuye los elementos de la obra y le da cierta inteligencia, es decir, cierta distancia. Por lo tanto, la lengua es redistribuida. Pero esta redistribución se hace siempre por ruptura. Esta idea se recoge en el texto de *Crítica y Verdad* que justamente surge a propósito de la disputa de Barthes con Richard Picard, profesor de la Sorbona, quien criticó su texto *Sobre Racine*. Picard tachó la naturaleza subjetivista de este ensayo de Barthes, ante lo cual Barthes replicó proponiendo una ciencia de la crítica por oposición a una crítica universal (practicada por Picard y sus colegas). Dicha ciencia, según Barthes, tendría la responsabilidad de mostrar las relaciones de los textos con una ideología de clase. Por ello, Barthes (1977) cuestiona a nombre de quién o de qué se habla, ¿acaso a nombre de una función, o de un cuerpo de conocimientos, o de una experiencia?, además, se pregunta qué representamos cuando escribimos: una capacidad científica, una institución, o un servicio. Barthes, insiste que con la escritura se puede decir la verdad de un lenguaje, pero no la verdad de lo real.

En el *Placer del Texto*, Barthes también nos dirá que se trazan dos límites: “*un límite prudente, conformista, plagiarlo (se trata de copiar la lengua en su estado canónico tal como ha sido fijada por la escuela, el buen uso, la literatura, la cultura), y otro límite, móvil, vacío (apto para tomar no importa qué contornos) que no es más que el lugar de su efecto: allí donde se entrevé la muerte del lenguaje*” (Cf. Barthes, R. 1998: 15). Esto significa además que en la perspectiva barthesiana sobre la escena del texto no hay trampa: no hay detrás del texto

---

(sino que presupone, promete, entraña e implica lógicamente), llena espacios vacíos, conecta lo que aparece en el texto con el tejido de la intertextualidad, de donde ese texto ha surgido y donde habrá de volcarse: movimientos cooperativos que, como más tarde lo mostrara Barthes producen no sólo el placer, sino en casos privilegiados el goce del texto. Cf. Eco, Humberto (1981). *Lector in Fábula*. Barcelona: Ed. Lumen. Así, un texto tal como aparece en su superficie (o manifestación) lingüística, representa una cadena de artificios expresivos que el destinatario debe actualizar (es lo que se ha denominado, parece desde Barthes, como *movimientos cooperativos*). En la medida en que debe ser actualizado, un texto está incompleto. Esta idea de la incompletitud la vemos muy sugerente para pensar la intertextualidad en los ambientes hipertextuales y la consecuente necesidad de realizar movimientos cooperativos en los procesos de lectura y escritura en tales entornos.

alguien activo (el escritor), ni delante alguien pasivo (el lector); no hay un sujeto y un objeto. El texto caduca las actitudes gramaticales: es el ojo indiferenciado del que habla un autor excesivo, un *continuum*: “El ojo por el que veo a Dios es el mismo ojo por el que Dios me ve”. ¿Quién habla? ¿Quién escribe?. Barthes reclama una sociología de la palabra<sup>36</sup>. Dios ha muerto y el sujeto también. ¿Debe ser entonces la Gramatología la nueva deidad?. El espíritu de Nietzsche vuelve de nuevo entre nosotros.

Esta crítica aporta un aspecto muy importante para nuestro análisis sobre la fragmentación y deconstrucción de los textos pues Barthes no sólo está planteando el debate sobre la supuesta diferenciación entre forma y contenido, reivindicando el valor y el lugar que ocupa la forma, sino que está cuestionando la relación entre una idea fija de discurso, de orden, de linealidad, ligada a una concepción de la literatura y de la vida misma, señalando en ello, los vacíos, las contradicciones y la insuficiencia de dicha cosmovisión. De hecho, Barthes, en su ensayo *Literatura y Discontinuidad* plantea que si todo lo que ocurre en la superficie de la página despierta una susceptibilidad tan viva, evidentemente es porque esta superficie es depositaria de un valor esencial, que es la continuidad del discurso literario. El libro (tradicional) es un objeto que liga, desarrolla, prolonga y fluye, en una palabra, es la antítesis del vacío. “*Las metáforas benéficas del Libro son la tela que se teje, el agua que fluye, la harina que se muele, el camino que se sigue, la cortina que se desvela; las metáforas antipáticas son todas las de un objeto que se fabrica, es decir, que se elabora a partir de materiales discontinuos: de una parte la sucesión de las sustancias vivas, orgánicas, la deliciosa imprevisión de los encadenamientos espontáneos; de otra, lo ingrato, lo estéril de las construcciones mecánicas, de las máquinas chirriantes*

---

<sup>36</sup> Esta sociología para Barthes partiría de reconocer que la palabra es un poder, y que entre la corporación y la clase social, un grupo de hombres se define bastante bien por eso, por poseer, en grados diversos, el lenguaje de una nación (¿a qué nación nos referiríamos hoy?, en qué grados y quiénes poseen un lenguaje nacional, y cómo se relaciona éste con los nuevos lenguajes que en ciertos grupos corresponden justamente a una idea contracultural de nación, serían cuestiones propias de la cultura de la postmodernidad y de los ciberlenguajes).

y frías. Pues lo que oculta detrás de esta condenación de la discontinuidad es el mito de la vida misma: el libro debe fluir” (Barthes, R. 1977: 213). Es decir, nos encontramos más bien ante una verdadera polifonía informacional y ante un espesor de signos.

Sin embargo, Barthes se pregunta ¿qué relación tienen entre sí estos signos?. No tienen ni siquiera significantes (por definición); pero ¿tienen siempre siquiera significado?. ¿Concurren en un sentido único?. ¿Cuál es la relación que los une a través de un tiempo, a menudo muy largo, a este sentido final que sólo queda claro una vez se ha terminado la obra?. Como réplica, Barthes acude al teatro, que constituye un objeto semiológico privilegiado, puesto que su sistema es aparentemente original (polifónico), en relación con el de la lengua (que es lineal). Es decir, se requiere más bien una técnica deceptiva del sentido. Esto quiere decir que el escritor se dedica a multiplicar las significaciones sin llenarlas ni cerrarlas, y que se sirve del lenguaje para constituir un mundo enfáticamente significativo, pero finalmente nunca significado.

Ahora bien, este juego de los significantes –visto desde la literatura que es desde donde desarrolla su teoría Barthes- puede ser infinito, si bien el signo literario permanece inmutable: desde Homero y hasta los relatos polinésicos, nadie ha transgredido nunca la naturaleza, a la vez significativa y deceptiva, de ese lenguaje intransitivo que “dobla” lo real (sin unirse a él) y que se llama literatura: “*quizá precisamente porque es un lujo, el ejercicio del poder inútil que tienen los hombres de hacer varios sentidos con una sola palabra*” (Barthes, R. 1977: 319). Así, para Barthes, la literatura misma no es nunca un solo texto: el texto único no es acceso (inductivo) a un Modelo, sino entrada a una red con mil entradas. Seguir esta entrada es vislumbrar a lo lejos no una estructura legal de normas y desvíos, una ley narrativa o poética, sino una perspectiva, (de fragmentos, de voces venidas de otros textos, de otros códigos), cuyo punto de fuga es, sin embargo, incesantemente diferido, misteriosamente abierto: cada texto (único) es la teoría misma (y no el simple ejemplo) de esta fuga, de esta diferencia que vuelve

indefinidamente sin conformarse. Son pues redes infinitas de textos que se difieren, que se repiten en huellas de significados, escindidos, múltiples. La literatura es fragmentación porque, en el fondo, la fragmentación se hace literatura.

El significante será dividido en una serie de cortos fragmentos contiguos que Barthes denomina *lexías*, o unidades de lectura. Es necesario advertir que esta división es a todas luces arbitraria; no implica ninguna responsabilidad metodológica, puesto que recaerá sobre el significante, mientras que el análisis propuesto, recae únicamente sobre el significado. La *lexia* comprenderá, unas veces, unas pocas palabras, y en otras, algunas frases; será cuestión de comodidad ya que bastará con que sea el mejor espacio posible donde se puedan observar los sentidos. Su dimensión, determinada empíricamente, dependerá de la densidad de las connotaciones, que es variable según los momentos del texto, simplemente, porque se pretende que en cada *lexia* no haya como máximo más de tres o cuatro sentidos que enumerar. En *S/Z* Barthes, propone la siguiente metáfora: *“para comprender el texto, en su conjunto, comparable a un cielo, llano y profundo a la vez, liso, sin bordes y sin referencias; como el augur que recorta en él con la punta de su bastón un rectángulo ficticio para interrogar, de acuerdo con ciertos principios, el vuelo de las aves, el comentarista traza a lo largo del texto zonas de lectura con el fin de observar en ellas la migración de los sentidos, el afloramiento de los códigos, el paso de las citas”*. Barthes, R. (1980b:1). Esta migración de sentidos, su pluralidad significativa, lleva a Barthes a concebir el texto como un producto “esparcido” y “quebrado” en el que es posible identificar unidades significativas, o *lexías*, que en su interpretación se abren a múltiples lecturas.

Desde esta perspectiva, tal y como lo ha analizado Nuria Vouillamoz (2000), Barthes diferenciará dos conceptos hasta el momento identificados: obra y texto. La obra es física, material tangible ubicado en un tiempo y en el espacio, producto a su vez de consumo, debido a un autor, con un significado unívoco, –literal, que

es objeto de la filología. Por el contrario, el texto es inmaterial e incomputable, un campo metodológico imposible de situar espacial o temporalmente (es, pues, ahistórico), no nace de un autor que escribe sino de un receptor que lo genera en el momento de la lectura por lo que es plural, múltiple e irreductible, porque no se sostiene en el significado sino en el significante, (esto es, en la potencialidad simbólica del lenguaje). Si la obra aparece cerrada en su estructura, el texto es “descentralizado y sin cierre”. Es decir, la metáfora del texto es la de la red: si el texto se expande, es bajo el efecto de una combinatoria. O sea, la obra es, pues, una entidad física; el texto, un campo metodológico susceptible de extenderse, como una red, en infinitas combinaciones. Por lo tanto, un texto, gracias a su capacidad de expansión en una pluralidad de significados que sobrepasa las coordenadas espacio-temporales, puede estar presente no en una, sino en varias obras. De lo que se deduce que no existe una identificación exacta obra-texto, en tanto que la obra se concibe como presencia física que es atravesada por el texto. De ahí que el texto sea capaz de poner en conexión obras distintas, separadas por el espacio y por el tiempo, superando los límites de la propia historia. Vemos aquí una metáfora suficientemente clara que Barthes propone para ilustrar este concepto: el lector del texto es como un hombre que camina por un paisaje en el que reconoce los elementos que lo componen porque los ha visto con anterioridad; sin embargo, su percepción de aquel paisaje, es nueva e irrepetible, es diferente, y en esa diferencia reside su valor. Igual que el paisaje, el texto está conformado por elementos ya conocidos, pues el texto integra citas de otros textos: citas ya leídas, citas “sin comillas”.

Esta idea de conexión entre textos supone el germen del concepto de intertextualidad, que sin bien lo encontramos en Barthes, ha sido especialmente difundida por Julia Kristeva, y que, a partir del estructuralismo, se constituye en piedra de toque fundamental de la teoría literaria. Genette, por ejemplo, habla de transtextualidad de la obra literaria, definida como “todo lo que pone al texto en

relación, manifiesta o secreta, con otros textos”<sup>37</sup>. El discurso deja, pues, de considerarse en su singularidad para concebirse en su “trascendencia textual”, de modo que un libro integra otro libro, y éste, otro, en una sucesión infinita que conduce a percibir el mundo como el “gran libro” de la humanidad.

Pero este gran libro de referencias infinitas tiene consecuencias en la lectura y en los roles que típicamente conocemos del lector y escritor; de hecho la capacidad de plurisignificación del discurso literario, tal y como ha sido planteada por la *poética dialógica* de Bajtin<sup>38</sup>, o por el concepto de *obra abierta* de Umberto Eco, o desde la *nouvelle critique* de Barthes, conlleva la necesidad de concebir el texto no en función de su autor, sino con relación al lector: el escritor compone la obra, pero luego esa obra es distribuida, administrada, leída por el receptor, en un contexto cultural de saberes asimilados, de modo que se puede decir que un texto se abre a la vida sólo cuando es leído. Barthes, en particular, propone un cambio en las posiciones del autor y la escritura, y en la relación entre el autor y el libro pues lo divide en un antes y un después. El autor es quien existe antes del libro, piensa, vive, sufre para él. En otras palabras es como el padre de su hijo. Pero Barthes considera que el nuevo escritor nace con el texto al mismo tiempo; esto significa que cada texto es escrito en un “aquí y ahora”, y no después del pensamiento del autor. Si bien en el pasado se consideraba a la escritura como inferior a la palabra oral, por la dificultad en encontrar la pasión y capturar el pensamiento del autor, en Barthes, el escritor moderno, sabe que la escritura pone fin a cualquier voz. El texto es un conjunto de citas dibujadas desde diferentes centros de la cultura, siendo esto precisamente lo que hace cómica,

---

<sup>37</sup> Genette, Gérard. *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Madrid: Taurus. Citado por: Vouillamoz, Nuria (2000). *Literatura e Hipermedia. La irrupción de la literatura interactiva :precedentes y crítica*. Barcelona: Paidós, pp. 84 y ss.

<sup>38</sup> De hecho Bajtin apunta hacia al reconocimiento de la presencia activa del lector en la pragmática literaria, como destinatario de un discurso orientado hacia él y que luego será percibido y asimilado por él. En este sentido la creación de un texto no puede ser contemplada sólo desde la perspectiva del autor y excluyendo la participación del lector, porque el acontecimiento en la vida de un texto, es decir, su esencia verdadera, siempre se desarrolla sobre la frontera entre dos conciencias, dos sujetos. Cf. Bajtin, Mijail (1990) *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI. Citado por: Vouillamoz, Nuria (2000). *Literatura e Hipermedia. La irrupción de la literatura interactiva: precedentes y crítica*. Barcelona: Paidós, pp. 89 y ss.

sublime o ridícula la verdad de la escritura. Además, Barthes, considera que el escritor puede imitar a su anterior, pero nunca al original, pues para él, el poder de la escritura está justamente en la mezcla de escrituras que están juntas, no en un origen, (igual que Derrida, Barthes rechaza la idea de un origen, más Derrida resuelve este asunto con su propuesta de una *archia* tachada).

De hecho, Barthes considera que identificar el texto con una individualidad creadora que lo ha generado es empobrecerlo, reducirlo a una única voz: la escritura entonces, hace del texto un organismo abierto, intertextual –como proceso constante de palimpsesto- y performativo -como generador de infinitas significaciones, porque ofrece un espacio en el que se produce la “*destrucción de toda voz, de todo origen. (...) ese lugar neutro, compuesto, oblicuo, al que van a parar nuestro sujeto, el blanco-y-negro en donde acaba por perderse toda identidad, comenzando por la propia identidad del cuerpo que escribe*” (Barthes, R.1997:65). Anonimato y ausencia, son condiciones de este sujeto postmoderno de las nuevas tecnologías, objeto y sujeto de lectura y escritura. No origen, más bien, enlace con otras subjetividades y textos de la cultura. Vistos así, Barthes y Derrida, nos ofrecen una comprensión de esa subjetividad alterada, “fantasma”, presente/ausente de las tecnologías informáticas.

En suma, Barthes propone una liberación y multiplicidad de escrituras que rechazan buscar o encajar en un significado último, es decir, rechazan la hipóstasis de Dios: “razón, ciencia y ley”. Barthes devuelve el énfasis al lector, que es en definitiva, quien entiende o no las palabras escritas, produciéndose entonces un diálogo y una paradoja ya que múltiples escrituras toman lugar desde el lector y no desde el autor. Esta es, en definitiva, una transformación radical en la cultura pues es el lector quien da futuro al texto, porque es él justamente quien lo consume y quien puede asumir el rol del autor.

#### **4.7. Dos epílogos para una obra abierta.**

Hemos decidido cerrar este capítulo con dos epílogos que a su vez intentan bordear tangencial y oblicuamente las obras y pensamiento de estos dos autores que hemos traído aquí: Jacques Derrida y Roland Barthes. Son epílogos que cumplen a modo de sumarios, pero a la vez, son parte integral del cuerpo de nuestro trabajo. Por lo tanto, estos epílogos creemos que aportan y abren nuevos horizontes a este capítulo. Tal como Barthes y Derrida sostienen, más bien se trata de dejar la “obra abierta”, los textos inacabados; es decir, ser conscientes de que no hemos dicho la última palabra sobre las teorías que estos autores nos han aportado. Se trata también de acudir a otros contextos: al de la literatura, la poesía y al género epistolar. Mezcla de lenguajes, de intencionalidades que nos permiten también descubrir algo más del contexto más privado de estos dos autores: su vitalidad, su promesa, su apuesta intelectual. Paradójicamente, los autores de la muerte del autor y del sujeto, se ven íntimamente ligados a sus pasiones personales, a sus compromisos y a sus retos académicos.

##### **4.7.1. Primer Epílogo: Sobre las huellas de Mallarmé en la obra de Derrida<sup>39</sup>**

La escritura se hace con gestos de la idea  
*Stéphane Mallarmé*

En el presente epílogo se exploran algunas “huellas”, “trazas”, “rastros”, de la obra del poeta Stéphane Mallarmé en el pensamiento de Jacques Derrida. Exploración

---

<sup>39</sup> Debo agradecer especialmente al profesor Juan Luis Vermal del Departamento de Filosofía de la Universidad de las Islas Baleares nuestras conversaciones sobre la obra y pensamiento de Jacques Derrida.



que, por cierto, no puede ni pretende ser exhaustiva pues sólo, como la canción de Charly García, es un “rasguño de piedras”. Piedra, libro, o tumba, de los textos de uno y otro autor. En efecto, hemos organizado este epílogo en tres apartados. En el primero, presentaremos muy brevemente el contexto biográfico de la obra de Stéphane Mallarmé. En el segundo apartado nos adentraremos en la escuela literaria en que se ha ubicado su obra, *el simbolismo*, para destacar los aspectos que pueden darnos pistas sobre las posibles huellas de Mallarmé en la obra de Derrida. Finalmente, en el tercer apartado, miraremos de una manera más directa las relaciones entre estos dos autores.

#### **a. Stéphane Mallarmé, el poeta.**

De azur eviterno la serena ironía,  
Con la indolencia bella de las flores, abruma  
al poeta impotente que maldice su genio  
a través de un estéril desierto de dolores.  
*El Azur*

Mallarmé, poeta francés, nació el 28 de marzo de 1842, hijo de Numa Florence Mallarmé y Elizabeth Félice Desmolins. A los diez años fue llevado a un internado para que comenzase los estudios secundarios, luego cambiado a otro y finalmente trasladado al Liceo de Sens, donde terminaría el bachillerato (1860) y entraría en el registro como funcionario no numerario y meritorio, trabajo que abandonó rápidamente para irse a Londres a perfeccionar su inglés. Se casó con Marie Gerhardt el 10 de agosto de 1863 con quien tuvo una hija y un hijo que murió a temprana edad. Con su hija Gèneviève estableció una relación muy estrecha pues ella fue su ayudante fiel en todos sus contactos con el mundo, la sociedad y la literatura. Formaron parte de su entorno intelectual Monet, Degas y Renoir en el mundo de la pintura y, en el de la música, André Rossignol y Claude Debussy, con quien independientemente uno de otro, pusieron música al soneto “Aparición”. Cuando Debussy compuso su célebre sinfonía “La siesta de un Fauno”, inspirada en el poema de Mallarmé, se dice que éste acudió a escucharla lleno de recelos, para aplaudirla con las siguientes palabras: “*¡No esperaba nada parecido! Esta*

*música prolonga la emoción de mi poema y sitúa su decorado más apasionante que el color*" (Mallarmé, S.1991: 12). Mallarmé muere el 9 de septiembre de 1898 en Valvins, tras un súbito ataque de asfixia.

Comenzó su carrera como maestro de escuela en París. Sus primeros escritos, publicados en periódicos de la época mostraban una gran influencia de Charles Baudelaire. La vida del Mallarmé estuvo llena de angustias pues se sentía agobiado por la esterilidad de la vida diaria, sentimiento que aparece en sus textos iniciales con una fuerza muy especial. Se sentía frustrado por la imposición de tener que ganarse el sustento diario, sintiendo perder tiempo para dedicarse a su obra estética. En una carta a su amigo Cazalis en 1886, escribe: "*Cuántas impresiones poéticas tendría, si no estuviera obligado a dividir todas mis jornadas, encadenado sin descanso al oficio más estúpido y fatigante, porque sería apenarte al contarte cómo me quebrantan mis clases llenas de abucheos y piedras lanzadas*". (Mallarmé, S.1991: 15)

El escape de la realidad se transformó en una obsesión para Mallarmé, expresado en *Herodías* (1864) y *La siesta de un fauno* (1865). Para André Gide, Mallarmé acertó al llevar el verso clásico a un grado de perfección sonora, de belleza plástica e interior, de poder mágico, que aún no se había alcanzado y, según Gide, no se alcanzará otra vez. Descreído de la realidad, Mallarmé ansiaba buscar ciertas formas perfectas, cierta esencia, para lo cual se hace descriptor de la vida. Para reflejar esta esencia de las cosas, necesitó del uso complejo del lenguaje. Mallarmé dedicó su vida a lo que él mismo denominó *La Gran Obra*, que nunca terminaría. Relacionada con ella escribe varias elegías a Baudelaire, Edgar Allan Poe y Verlaine.

Junto con estas elegías, escribió, entre 1884 y 1890, poemas relacionados con este mundo ideal y su lenguaje ideal. Sin embargo, para algunos autores, en su poema *Un golpe de dados jamás abolirá el azar* (1897) parece abandonar un poco el afán por el mundo ideal y se conforma con la realidad. La nada mallarmeana es

más bien un estado inverificable fuera de sí mismo pero que actúa como una conexión: la nada, para Mallarmé, es un mecanismo que genera posibilidades infinitas de transformación, y en su caso muy especial, de transformación simbólica.

Es este mecanismo relacionante lo que le permite a Mallarmé concebir su idea de una totalidad y, más acá de todo idealismo, de concebir su imagen del libro, del único libro, siempre existente, un fragmento del cual es la tarea de escritura que corresponde a cada poeta en particular. Ese libro no existe sino virtualmente o como totalización, como afán que sustenta la tradición órfica, como la temporalización que sostiene en la práctica toda posibilidad de escritura. Rilke, destacará posteriormente la ingente tarea del poeta y su terrible responsabilidad, dada la imposibilidad de esta escritura.

¿Pero dónde podemos ubicar la obra poética de Mallarmé? ¿Qué lugar ocupa en la literatura contemporánea?

## **b. Mallarmé y el simbolismo**

Stéphane Mallarmé es considerado, junto con Paul Verlaine –quien fue su fiel discípulo–, líder del movimiento simbolista<sup>40</sup>. Tres grandes poetas abrieron en Francia y en todo el mundo occidental, los caminos de la poesía contemporánea: Baudelaire, Mallarmé y Rimbaud. A pesar de la diferencia de sus contribuciones, lo común a ellos es el valor, a veces infinito, que asignaron a las palabras, y su intuición reveladora de la existencia de un lenguaje específicamente poético.

Antes de que los poetas simbólicos hicieran su aparición, la poesía era considerada un arte prosódico, convencional y decorativo, sin embargo, las

---

<sup>40</sup> La escuela simbolista se caracteriza por su verso libre o casi libre, íntimamente musical, de ritmo psicológico, y la expresión fluctuante y vaga, el contorno impreciso, la voluntaria niebla. El símbolo asume distintas funciones. A veces una idea, otras un estado del alma y a menudo será el eco del mundo inconsciente. Podría ser una sola palabra un verso, una frase, una estrofa o un poema entero. El simbolismo llevaba en sus entrañas el suprarrealismo.

revoluciones europeas de 1848 señalaron el momento culminante a la vez que el fracaso del romanticismo como movimiento estético, político y social. Esto coincide con el desarrollo cada vez más acelerado de la revolución industrial y la difusión del positivismo como fundamento de una nueva visión científica, filosófica y estética del mundo. Con la publicación en 1857 de *Las flores del mal* de Baudelaire se inicia una poesía que halla sus raíces tanto en el “horror como en el éxtasis de la vida”, y que se yergue contra una mentalidad que quiere ver y construir en el universo, una tecnología en la que se halla descartado o controlado todo elemento aleatorio, donde lo extraño, lo irracional, lo inconsciente, carece de una realidad efectiva en tanto sea aclarado, por la razón, es decir, asimilado a un contexto de interrelaciones conocidas, explicado, incorporado a la racionalidad. De hecho, para Baudelaire, un poeta debe llevar el estigma de ser esencialmente demoníaco, condenado por definición, a rebelarse contra una sociedad que ha sacrificado el libre fluir de la vida, a un orden establecido, sólo con miras a la eficacia y a la utilidad, que ha impuesto la civilización tecnológica. Esta tecnología, inclusive, tuvo en este momento su expresión como escuela política con los parnasianos, positivistas convencidos y artífices del verso fonéticamente perfecto.

En “*Las flores del mal*” hay un soneto en el que luego se verá el acto de fundación del simbolismo. Es el que se titula *Correspondencias*. En él Baudelaire encuentra “misteriosos vínculos que unen en el universo aquello que nuestros sentidos sólo perciben por separado”. Pero el poeta puede percibir esta unidad profunda a través de símbolos, los simbolistas encontrarán más tarde, en la búsqueda de “correspondencias”, la razón de ser de la poesía. En efecto, en “*Correspondencias*”, Baudelaire llevó al plano de la conciencia un fenómeno psíquico antes simplemente presentido. El fenómeno “correspondencias” integra sensaciones diferentes –color y sentido- que pueden expresar la misma y única realidad esencial y sugerir un mismo sentimiento, o evocar un mismo recuerdo.

La búsqueda de “correspondencias” será llevada a términos absolutos por Stéphane Mallarmé, como también la noción de primacía del lenguaje y el reconocimiento de la creación poética como acto esencial del ser humano. Mallarmé pudo superar la limitación de los parnasianos pero sin renunciar a la perfección formal. Para él, escribir era obrar: un acto superior a los demás actos. En consecuencia, las tareas del poeta rozan con los límites de lo irrealizable. Mallarmé buscó expresar el misterio del mundo mediante las correspondencias, las analogías, los símbolos. Pero estos símbolos no son, en sí, expresivos, no son claves que designen una idea u objeto. Por ello, admiten diversas interpretaciones y, en rigor, ninguna en particular.

En suma, a Mallarmé le preocupaba más la forma y la palabra en todas sus posibilidades, cuestión que por cierto se conjugaba con su rebeldía hacia una realidad “racionalmente” doblegada, despojada del azar y de la imprevisibilidad. Adicionalmente, su estudio del inglés, “acercándose al desierto de la lámpara”, durante muchas noches para moldear cada palabra, le permitió una comprensión de las múltiples significaciones y variaciones de sentido, de la asombrosa diversidad del saber residente en las lenguas y de los límites y posibilidades de la traducción. Este contexto de resistencia a una razón omnipresente y la búsqueda de un nuevo lenguaje es pues nuestro marco para establecer, como lo denomina R. Barthes, puentes de intertextualidad entre Mallarmé y Derrida.

### **c. Algunas huellas “Mallarmeanas” en Derrida**

Se puede afirmar que la obra de Mallarmé ha ejercido alguna influencia en la de Derrida, pues no sólo en *De la Gramatología*, hay referencias al poema “*Un golpe de dados jamás abolirá el azar*”, sino que, efectivamente, Derrida ha hecho en diferentes textos alusiones a la poesía y al lenguaje poético de Mallarmé. También escribió un ensayo sobre el lugar de la poesía de “Mallarmé”<sup>41</sup> en la literatura

---

<sup>41</sup> En: Derrida, Jacques (1997a) *Cómo no hablar y otros textos*. Barcelona: Cuadernos A. Biblioteca Universitaria, 2ª. ed., pp. 59-69.

francesa. Quizás el señalar de la “crisis”, “encentadura”, “deconstrucción” sobre las fronteras –*Márgenes*- entre la filosofía y la literatura sea justamente ese “gozne” o “bisagra” que nos permita buscar los trazos y huellas entre los dos autores. Se podría decir entonces que en los textos de Derrida encontramos una escritura cercana al arte y una reflexión filosófica que se penetran, se entrelazan, y se solapan mutuamente<sup>42</sup>.

Veamos algunas huellas de la mano –de la “firma”- del mismo Derrida. *“Cualquier texto de Mallarmé está organizado de modo que en sus puntos más fuertes el sentido permanezca indecible; a partir de ahí, el significante no se deja penetrar, perdura, existe y hace notar. El trabajo de la escritura ha dejado de ser un éter transparente. Apela a nuestra memoria, nos obliga, al no poder rebasarlo con un simple gesto en dirección de lo que “quiere decir”, a quedarnos bruscamente paralizados ante él o a trabajar con él”* (Derrida, J. 1997a:61). En efecto, Derrida refiere este carácter de la escritura de Mallarmé como un acontecimiento que burla las categorías de la historia y de las clasificaciones literarias, de la crítica literaria, de las filosofías y de las hermenéuticas de toda especie. *“Comenzamos a entrever que el trastorno de estas categorías habrá sido también efecto de lo escrito por Mallarmé”* (Derrida, J. 1997a:62). Acontecimiento que quizás podríamos leer como un acto, como un hecho de deconstrucción que no espera la deliberación, la conciencia o la organización del –de un-sujeto, ni siquiera de la modernidad.

Intentemos tejer un punto más. Este acontecimiento requiere de un nuevo lenguaje, de “una poética nueva”. El descubrimiento, o quizás sea mejor decir, el desvelamiento de la ausente transparencia de las palabras y su ambigua relación con la realidad, obliga a crear un lenguaje nuevo que supere, que posponga, que desplace, a la indecibilidad. Para ello Mallarmé realizó un aprendizaje

---

<sup>42</sup> De hecho, se podría contextualizar cierta afinidad en la obra de Derrida con el arte informal. Surrealismo y arte informal han sido caracterizados por Wolfgang Iser (1993) como dos escuelas artísticas reveladoras, o propias de la postmodernidad. Adicionalmente, se puede caracterizar el arte moderno como precursor de la filosofía postmoderna, en particular en cuanto a sus rasgos, “postmodernamente considerados”: descomposición, reflexión, estética de lo sublime, el experimento, la pluralidad. Cf. Iser Wolfgang (1993) En: *Diálogo filosófico*, N. 25, pp. 4-28

extremadamente preciso de la lengua. Si Valéry dijo que para leer a Mallarmé había que aprender a leer de nuevo, el mismo Mallarmé comenzó por ahí, por aprender a leer de nuevo toda la asombrosa diversidad del saber y del acto poéticos<sup>43</sup>.

“NADA

De la memorable crisis

Como no fuera

el suceso

cumplido en vista de todo resultado nulo

humano

HABRA TENIDO LUGAR

Una elevación ordinaria vierte la ausencia

SINO EL LUGAR

(...)<sup>44</sup>

No es una equivocación tipográfica los espacios que hemos dejado en la anterior cita, ya que reproducen exactamente, un Fragmento de “*Un golpe de dados jamás abolirá el azar*” (1897), que por cierto también nos recuerda *Fragmentos de un discurso amoroso* de Barthes, y *Glas* de Derrida, que buscando un espaciamento adecuado, rompen con la estructura y disposición tradicional de los textos. Mallarmé, en el prefacio de dicho texto advierte al lector: “*los “blancos” en efecto,*

---

<sup>43</sup> José Lezama Lima nos cuenta que esto sucede a propósito de su labor como maestro de inglés y por su intento de devolverles a las palabras inglesas el sentido de tribu. Según Paul Valéry: “me parecía a veces, que él hubiese pasado, mirando una a una, todas las palabras, como un lapidario sus piedras, ya la sonoridad, el brillo, el color, la limpidez, el alcance de cada una, y yo diría casi su oriente”.

<sup>44</sup> Fragmento de “*Un golpe de dados jamás abolirá el azar*” (1897). En 1929, Paul Valéry, refiriéndose a este poema de Mallarmé, nos dice: “habiéndome leído lo más lisamente su “Coup de dés”, como simple preparación para una mayor sorpresa, Mallarmé al fin me hizo considerar el “dispositivo”. Me pareció ver la figura de un pensamiento, por la primera vez situado en nuestro espacio...Aquí verdaderamente, la extensión hablaba, engendraba formas temporales... El 30 de marzo de 1897, dándome las pruebas corregidas del texto que debía publicar Cosmópolis, me dijo con una admirable sonrisa, ornamento del más puro orgullo inspirado a un hombre por un sentimiento del universo “No encuentra usted que es un acto de demencia” (Vitier, Cintio. “Notas a un golpe de dados”. En: Mallarmé, S. (1991). *Antología*. Madrid: Visor, p. 137-138).

*asumen importancia, impresionan de entrada; la versificación los exigió, como silencio en torno, ordinariamente, al punto de que un trozo, lírico o de pocos pies, ocupa, en el medio, alrededor de un tercio de la hoja: no transgredo esta medida, solamente la disperso. ...La ventaja, si tengo derecho a decirlo, literaria, de esta distancia copiada que mentalmente separa grupos de palabras entre sí, parece consistir tan pronto en acelerar como amortiguar el movimiento, escondiéndolo, incluso según una visión simultánea de la página: tomada esta por unidad como lo es por otra parte el Verso o línea perfecta”.*

Pues bien, para Derrida, contrariamente a los presupuestos simbolistas, “la indecibilidad” no se debe a una multiplicidad de sentidos, a una riqueza metafórica, o a un sistema de correspondencias.<sup>45</sup> Por ejemplo, el signo *blanc* (blanco), con cuanto se le viene progresivamente asociando, constituye un inmenso arsenal de sentido, (nieve, frío, muerte, mármol, etc., cisne, ala, abanico, etc; virginidad, pureza, himen, etc, página, tela, velo, gasa, leche, semen, vía láctea, estrella, etc.), que como por imantación semántica, atraviesa la obra de Mallarmé. Y, no obstante, lo blanco también, por mediación de la página blanca, es el lugar de la escritura; y, ante todo, el espaciamiento entre las diferentes significaciones (la de blanco, entre otras), o sea el *espaciamiento* de la lectura (Cf. Derrida, J. 1997a:62 y ss.).

Si bien en Mallarmé hay una preocupación por el verso perfecto, por una poesía ideal, búsqueda de perfección en el lenguaje, que no se podría atribuir a Derrida, a pesar de que, por ejemplo R. Rorty, ha señalado que la importancia de su obra es sobre todo su excelente juego de lenguaje, su “lúcida, irónica y humorística escritura”, sí se puede encontrar, en ambos autores, la misma inclinación hacia la explosión de la palabra, del significante. Para Derrida “*no queda sino que la “palabra”, las parcelas de su descomposición o de su reinscripción, sin poder*

---

<sup>45</sup> La relación entre ente y verdad, según Francisco Jarauta (1999), es pensada ahora a partir de una determinación metafórica o retórica del lenguaje, suspendiendo la seguridad de las correspondencias entre lenguaje y mundo, sobre las que se construía la idea clásica de verdad.



*jamás ser identificables en su presencia singular, al final sólo reenvían a su propio juego, sin proyectarse nunca, en realidad, hacia otra cosa*". (Derrida, J. 1997a:63)

Este reenvío constante/variante/re-trazado, esta ausencia de un sentido que desvelar, propio de las reflexiones de Derrida y del mismo Mallarmé, conlleva a que el concepto de verdad, tradicionalmente unido al logos y, por consiguiente, al de representación y al de mimesis, se deslice, imperceptiblemente, más allá de la problemática de la propiedad-proximidad, hasta el ámbito del simulacro, del juego infinito de espejos, que ilustran el fin de todas las versiones metafísicas de la identidad y de la presencia.

De hecho, Derrida destaca la capacidad de Mallarmé para borrar el referente. En particular alrededor del ejemplo del texto *Or*, Derrida muestra cómo Mallarmé genera toda una configuración temática, en la que se explora la vena de or (oro), en todos sus sentidos; el oro en cuanto substancia natural del signo monetario, pero también el elemento lingüístico, *or*, como letras, sílaba, palabra. En consecuencia, la relación directa con la cosa, queda así en suspenso. "*Sucedee con mucha frecuencia que Mallarmé coloca el nombre or tras el adjetivo posesivo son (son or). Pero son or (su oro) suena igual que sonore (sonoro), con lo que nos hace dudar entre la forma del adjetivo calificativo y las del nombre precedido del adjetivo posesivo; y, aún más, nos hace falta dudar del valor del son (su) y son (sonido)*". (Derrida, J. 1997a:67)

Sin embargo, se podría pensar que, en el caso de Mallarmé, son simplemente (si es que puede ser simple), juegos retóricos del lenguaje poético, homonimia. No obstante, cada palabra, es la expresión de una diversidad de significados que se cruzan y reparecen, en términos de Derrida, por un simulacro de identidad del que es necesario dar cuenta. En definitiva, no hay nombre: la cosa misma es (la) ausente, nada es sencillamente nombrado, el nombre es también conjunción o adverbio. Ni aun siquiera ya palabra: lo eficaz está con frecuencia en una sílaba

en la que la palabra se disemina”. Ni homonimia, ni sinonimia, ni juegos retóricos de relaciones semánticas familiares, ni metáfora, ni metonimia<sup>46</sup>.

Pero no se trata solo del significante, de su grafía, quizás debamos decir de su poli-grafía; se trata también de su espacio/espaciamento, del lugar que ocupa, de su topo-grafía. En *La doble sesión*, Derrida resalta el juego de la tipografía y la topografía de los textos de Mallarmé: “*prescribe suspender el título que, como la cabeza, el capital, lo sentencioso, habla con la frente alta, habla demasiado alto, a la vez porque alza la voz, ensordece el texto consiguiente, y porque ocupa la parte superior de la página, convirtiéndose así la parte superior en el centro eminente, el comienzo, la orden, el jefe, el arconte. Mallarmé ordena así hacer callar al título. Orden discreta, en el estallido de un fragmento activo, sobre una arista corta y cortante*” (Derrida, Jacques. 1997a: 268-269). Esta ruptura de jerarquías en el texto, esta revalorización del fragmento, de la exploración de su topografía, la podemos ver también en textos de Derrida, como *Tímpano* o *Glas*, en los que no sólo hay un despliegue del pensamiento en otro lugar, o *topoi*, sino que también se reta al lector a ocupar un papel más activo, a buscar su “orden”, su “lógica” –si ello es posible-, su jerarquía, su propio trayecto intertextual de lectura. Se reconvierte entonces el papel de la escritura, del escritor-autor, así como el del lector, ahora como autor de su propia lectura, en definitiva, como creador de un nuevo texto<sup>47</sup>.

---

<sup>46</sup> De hecho, en el texto sobre la “*Retirada de la metáfora*” Derrida plantea la cuestión acerca de la metáfora, qué pasa de ella? Todo, la totalidad del ente y al mismo tiempo se la tendría que pasar por alto sin poder pasarla por alto. Ver. Derrida, Jacques (1989). *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía*. Barcelona: Paidós, 122p.

<sup>47</sup> Para Derrida, Mallarmé mantiene así la estructura diferencial de la mímica o de la mimesis, pero sin la interpretación platónica o metafísica, que implica que en alguna parte el ser de un ser sea limitado. “Mallarmé mantiene incluso (se mantiene en) la estructura del fantasma, tal como la define Platón: simulacro como copia de copia. Con la diferencia de que ya no hay modelo, es decir, copia y que esa estructura (que comprende también el texto de Platón, incluida la salida que éste intenta) ya no es referida a una ontología ni incluso a una dialéctica (...) Es un simulacro de platonismo o de hegelianismo que no está separado de lo que simula más que por un velo apenas perceptible, del que igualmente se puede decir que pasa ya –desapercibido- entre el platonismo y él mismo, entre el hegelianismo y él mismo. Entre el texto de Mallarmé y el mismo. No resulta, pues, simplemente falso el decir que Mallarmé es platónico o hegeliano. Pero no es sobre todo cierto”. (Derrida, J. 1997a: 313).

En efecto, con *Mimique*, Derrida propone una escritura sin libreto de la que cada vez, a cada instante, la punta del trazo procede sin pasado sobre la hoja virgen; pero hay también, simultáneamente, una infinidad de libretos que se encierran, se encajan unos en otros y no consiguen salir más que mediante injertos, toma de muestras, citas, exergos, referencias, etc. “La literatura se anula en su ilimitación”. Parece ser, como lo expresa Patricio Peñalver (1990a:135), que la lectura Derridiana de Mallarmé empieza, se traza, en la cuestión de la mimesis. Pero es una mimesis que no imita nada, de un doble que no redobla ningún simple; una adhesión que no rompe el espejo o la luna. Además, esta mimesis no se cierra con la verdad de una referencia, (ideas, experiencias, realidad), ya que más bien abre un espacio de ficción. Este desplazamiento en el concepto y en la operación de la mimesis, es un paso anti-platónico del ícono al fantasma, o de la imagen al espectro, solidaria del exceso de lo sintáctico sobre lo semántico.

Esta mimesis que no imita nada, este espectro que no se ve al espejo, se hace presente en los trazos de un Derrida que, en su ausencia, re-traza sus huellas. Como su nombre indica, el espectro es la frecuencia de cierta visibilidad. Pero la visibilidad de lo invisible. Y la invisibilidad, por esencia, no se ve, por eso, permanece más allá del fenómeno o del ente. El espectro también es, entre otras cosas, aquello que uno imagina, aquello que uno cree ver, y que proyecta en una pantalla imaginaria, allí donde no hay nada que ver. Quizás estemos viendo huellas de un fantasma de Mallarmé donde no están, o quizás, también, se debería aprender a vivir dándole conversación al fantasma, a darle, o a devolverle la palabra, aunque sea en sí, en el otro, al otro en sí: “los espectros siempre están ahí, aunque no existan, aunque ya no estén, aunque todavía no estén. Nos hacen repensar el “ahí”<sup>48</sup>

Aún hay más. Derrida nos trae la carta de Mallarmé a Cazalis (1864), donde habla sobre su nuevo lenguaje, su nueva poesía: “*Por fin he comenzado mi Herodías.*

---

<sup>48</sup> Vease: Derrida, Jacques (1998). *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Madrid: Trotta, 196p.

*Con terror, pues invento una lengua que debe necesariamente brotar de una poética muy nueva, pero que podría definir con estas dos palabras: pintar, no la cosa, sino el efecto que produce. El verso no debe, pues, componerse de palabras, sino de intenciones y todas las palabras deben desaparecer ante la sensación...La lengua poética no será la descripción, o la imitación o la representación de la cosa misma, de algún referente sustancial o de alguna causa primera, y no deberá componerse de palabras como de unidades sustanciales, atómicas, precisamente indescomponibles o in-componibles” (Derrida, J. 1997a: 386).*

Tal vez Derrida ha alcanzado a ver lo que Mallarmé pensó sobre la vida y la muerte de las palabras jugando con asociaciones sonoras, formales y semánticas, con relaciones letales entre los términos, con la homonimia –y ni con ella-, con el gozne que deja en suspenso los sentidos posibles de un significante, como exploración de imágenes, de los límites del lenguaje típicamente filosófico. Como sabemos, para Derrida tal y como lo manifiesta en *Márgenes, différance*, o el trazado de la *differánce*, no sigue el trazado de un discurso filosófico-lógico, ni empírico-lógico, pues el concepto de juego de diferencias nos remite más allá de esta oposición, más allá de la filosofía y de la unidad del azar y de la necesidad de un cálculo sin fin.

Pero, también, podemos decir que esta aproximación entre filosofía y literatura, o de la escritura en general, se justifica por el diseño inicial de la deconstrucción del fonologocentrismo, redescubriendo la materialidad del significante, es decir, la escritura, la forma, el grafismo. El límite entonces entre filosofía y literatura, no es un borde exterior, no es el uso, o no, de ciertas formas escriturales en uno y otro campo de saber; se trata, más bien de un límite que atraviesa y recorre tanto los textos filosóficos como los textos literarios, a través de cortes, de “enclavamientos”, donde cada significado es un significante, es una huella que “abre mundo”.

En la entrevista con Christian Decamps (1982) Derrida nos revela cómo para él, el acontecimiento literario atraviesa y desborda la filosofía; ciertas “operaciones”, diría Mallarmé, ciertos simulacros literarios o poéticos, permiten a veces pensar lo que la teoría filosófica ignora, o eso que a veces dicha teoría prohíbe violentamente. De hecho, para analizar la interpretación tradicional de la escritura, su conexión esencial con la esencia de la filosofía, de la cultura, e incluso del pensamiento de occidente, era necesario no encerrarse ni en la filosofía ni tan siquiera en la literatura.

Jose Lezama Lima, en su prólogo a la *Antología poética* de Mallarmé nos describe a un Mallarmé que:

“muere queriendo llevar las posibilidades del poema más allá de la orquesta por la unión del verbo y del gesto, y de las organizaciones del color. Intenta en su “golpe de dados”, el avance y el retroceso de los timbres y la colocación espacial del poema en la jerarquía de las constelaciones. Se subraya una palabra solitaria, como el andantino marcial en las graciosas subdivisiones de la flauta o se prolongan, se cierran en la infinitud de su serpiente, igualándose el comienzo y la recepción con la despedida, como en las impulsiones de los metales. La transparencia del papel, sus márgenes participando como una acusación o una alegría, sus combinaciones irrefutables de blancos y negros, adquieren un claroscuro, una desconocida dimensión. A veces pienso, como en el final de un coro griego o de una nueva epifanía, que sus páginas y el murmullo de sus timbres, serán algún día alzados, como en un facistol poliédrico, para ser leído por los dioses” (Mallarmé, S. 1991:19).

Se ha dicho que el poema *Un golpe de dados jamás abolirá el azar* ha sido particularmente importante para Derrida. ¿Dónde reside o habita su importancia?. ¿En qué se traduce dentro del discurso de Derrida?. ¿Dónde están las huellas del espectro?. Este corto y, por supuesto incompleto recorrido, no alcanza a comprender, a “captar” el impacto de Mallarmé en Derrida pues sólo se ha intentado esbozar, “rasguñar”, hacer un “gesto”, una “mueca”, siguiendo algunas pistas.

Para finalizar, volvamos al principio. A mi primera apuesta. Al encuentro o, quizás más precisamente, a los borrosos límites, a los extraños márgenes entre la filosofía y la literatura, lo que aquella no puede representar en su código clásico. Rimbaud consideraba que el poeta era, el último grado, la voz del *Gran Todo*. Sólo un sensible, pero involuntario instrumento de la divinidad. Para Agustín Larrauri, Mallarmé, en cambio, anula el sentido de la misma. Mallarmé siente la responsabilidad de la creación como manifestación de lo absoluto. De ahí la lucha y la magnitud de su empresa. La lucha contra el azar se manifiesta en él de forma dramática, pues si se supera la divinidad lo que se encuentra es la nada. Queda entonces, la arquitectura del cosmos, la mecánica estelar, el azar infinito de las conjunciones. A la idea de Dios, opone la del poeta, en su creación y desafío. Sin embargo, Mallarmé, es consciente de esta actitud, de ahí que la califique como una “locura” necesaria. Pero, la creación no resulta simple, sino que es dolorosa por la responsabilidad que implica. Su operación se identifica pues con “arrojar los dados”, es decir, como un acto de pensamiento, un desafío al azar, que en manos del poeta, por su capacidad de encantamiento, ha de dar irremisiblemente, la más alta cifra. Quizás esta sea también la apuesta de Derrida en su proyecto *De la Gramatología*, con un *golpe de dados* reta el azar, lo desafía con la deconstrucción.

#### **4.7.2 Segundo Epílogo: El encuentro de despedida Barthes- Derrida<sup>49</sup>**

En su texto, *Las muertes de Roland Barthes (1999)*, Jacques Derrida, con una escritura amorosa y fragmentaria<sup>50</sup>, hecha de trocitos de textos, nos aproxima a su

---

<sup>49</sup> Para la realización de este numeral hemos acudido principalmente al siguiente texto: Derrida, Jacques (1981). “Las muertes de Roland Barthes”. Aparecido originalmente en *Poétique* No. 47. Este artículo surge en el contexto de un homenaje a Roland Barthes con motivo de su muerte, en el que la revista *Poétique* congrega las reflexiones de otros notables críticos y escritores acerca de la significación de las contribuciones de Barthes. Colaboraron también en ese número Tzvetan Todorov y Gerard Genette. Traducción de Raymundo Mier, En: Derrida, J. (1999) *Las muertes de Roland Barthes*. México: Taurus. Disponible texto completo en: <http://www.elsitio.com.ar>.

visión de la obra de Barthes y en buena cuenta, nos habla de sus puntos de encuentro. Derrida nos invita al saludo y despedida de Barthes con esta introducción, que por cierto no queremos comentar e invitamos a que se encuentre en ella el propio goce, el propio placer.

“Por él, para él, por Roland Barthes: por él, para él despliego estos pensamientos. Eso significa que pienso en él y desde él, no solamente en su obra o refiriéndome a él. Por él, para él. Esto parece decir que quisiera dedicarle estos pensamientos, dárselos, destinárselos. Aunque ya nunca lleguen hasta él. Y éste debe ser mi punto de partida: no pueden acudir a él, llegar hasta él, incluso si hubieran podido hacerlo mientras vivía. ¿Entonces?. ¿A dónde llegan?. ¿A quién y por qué?. ¿Son sólo para él en mí?. ¿En ti?. ¿En nosotros?” (...) Roland Barthes es el nombre de un amigo que en el fondo, en el fondo de una familiaridad, conocía poco y cuya obra, es obvio, no he leído en su totalidad, quiero decir releído, comprendido, etc. Y sin duda, mi primer movimiento fue muy frecuentemente de aprobación, de solidaridad, de reconocimiento. Pero me parece que no siempre fue así, y por poco que importe, debo decirlo para no ceder demasiado al género. Fue, y puedo decir que sigue siendo, uno de aquellos o aquellas de quienes siempre me pregunto, desde hace casi veinte años, de manera más o menos articulada: ¿qué piensa él de esto? en presente, en pasado, en futuro, en condicional, etc. Sobre todo ¿y por qué no decirlo y que sorprenda? en el momento de escribir. Se lo dije en una carta hace ya mucho tiempo”.

En estas palabras se trasluce en Derrida el tono fraterno y de admiración hacia Barthes. Quizás es evidente que digamos que el puente principal lo hace la escritura entre el *Grado Cero* y *De Gramatología* –primas obras en ambos autores; si bien en un caso es una escritura enmarcada en el contexto de la literatura, o de la teoría literaria, y en el otro, en un contexto más filosófico, y si se quiere, de invención científica, pero en ambos casos, es una escritura que va más allá de la escritura “neutra”, “blanca”, o “inocente”; Barthes en su criticismo

---

<sup>50</sup> Aún más dice Derrida: “no sé por qué me es preciso dejar como fragmentos estos pensamientos dedicados a Roland Barthes, y poco importa en el fondo qué pudiera hacer esto comprensible, ni por qué me obstino, incluso más que en la fractura, en el inacabamiento. El inacabamiento marcado, la interrupción puntuada pero abierta, carente incluso de la arista autoritaria de un aforismo. Pequeños guijarros surgidos meditativamente uno cada vez, en el borde de un nombre como la promesa de un retorno”. Derrida, J. (1999) *Las muertes de Roland Barthes*. México: Taurus.

literario -contrario al cientificismo de su época- considera que *“Si la escritura es verdaderamente neutra [...] entonces la Literatura está vencida”* [...]. Derrida también reclama otra escritura pues para él *“nada es más infiel que la escritura blanca”*; los automatismos se elaboran en el lugar mismo en que se encontraba en principio la libertad ya que luego una red de formas endurecidas ciñe la fresca primera del discurso. De hecho, Derrida reconoce que es necesario subrayar el inmenso papel que jugó y que continuará jugando la obra de Barthes en el campo abierto de la literatura y la teoría literaria. Y propone el análisis de un género, o de un código discursivo, de las reglas de un escenario social, como un campo de trabajo que por cierto requeriría *“esa minuciosidad vigilante que, por intratable que fuera, sabía finalmente desarmarse con cierta compasión desengañada, una elegancia un poco descuidada que lo llevaba abandonar la partida (aunque lo vi a veces encolerizarse por cuestión de ética o de fidelidad”*. (Derrida, J. 1999).

Diríamos que Barthes atravesó los periodos, los sistemas, las modas, las “fases”, los “géneros”, marcando y puntuando en ellos el *“studium”*, pasando a través de la fenomenología, de la lingüística, de la *mathesis* literaria, de la semiosis, del análisis estructural, etc. Pero su primer movimiento fue reconocer su necesidad y su fecundidad, su valor crítico, su luz, y volverlos contra el dogmatismo. Estudiar, por ejemplo, el corpus de declaraciones en los periódicos, en las cadenas de radio o de televisión, y analizar las recurrencias, las restricciones retóricas, las perspectivas políticas, las explotaciones de los individuos o de los grupos, los pretextos para la toma de posición, para la amenaza, la intimidación o la aproximación. Tarea que, como sabemos, ha asumido Derrida a lo largo de su vida, y especialmente, dada su participación política sobre los asuntos de Chechenia o de Iraq. En ambos casos encontramos el puente entre estos dos autores “interrumpir el comercio de los supervivientes” –como dice Derrida- y desgarrar el velo hacia el otro, ese “Otro”, el otro muerto pero “Otro” que diría Barthes. Esta búsqueda del otro de Barthes, también alude a otros lenguajes, como el de la imagen, que se ha visto desplazado por la hegemonía del texto escrito, o el expresivo, marginado en gran medida, por el crítico.



Barthes sentía siempre cierta “incomodidad”: “ser un sujeto tambaleante entre dos lenguajes, uno expresivo y otro crítico; y en el seno de este último, entre muchos discursos, los de sociología, de la semiología y del psicoanálisis”, pero esta insatisfacción, en la que se encuentra finalmente ante unos y otros, rinde testimonio de lo único que con seguridad hizo: la resistencia a todo sistema reductor. Puesto que cada vez que, habiendo ya hecho un recorrido, sentía algo de consistencia en ellos, al sentirlos deslizarse así a la reducción y a la reprimenda, los abandonaba –suavemente- y hablaba de otra manera. El más allá de esta travesía será sin duda el gran cabo, o como lo llamara Derrida, el gran enigma del “referente”, donde Barthes, desde *El Grado Cero de la Escritura* ve en la “modernidad” literaria, la esencia de la propia desaparición, mostrándose y ocultándose a la vez, (quizás como Mallarmé). En este sentido, la modernidad comienza con la búsqueda de una literatura imposible siendo entonces la novela ese aparato a la vez destructivo y resurreccional propio de todo el arte moderno.

Digamos una cosa más sobre la obra de Barthes. Su trabajo analiza la profundidad de la imagen y encuentra en ésta un punto de apoyo para analizar el texto escrito. Para Barthes, a diferencia del texto fotográfico que implica irreductiblemente haber sido un único e invariante referente, el texto escrito no se da de la misma manera, porque la implicación y la forma de la referencia toman otras vías y desviaciones en otro tipo de imágenes o de discursos, o digámoslo en términos derridianos, de marcos en general. Por ejemplo, en *La Cámara Lúcida*, el “desorden” que introduce la fotografía es atribuido fundamentalmente a la “única vez” de su referente, una sola vez que ya no se deja reproducir o pluralizar, una vez cuya implicación referencial se halla inscrita como tal en la propia estructura del fotograma, sea cual fuere el número de sus reproducciones o incluso de su composición. De ahí la obstinación del referente por estar siempre ahí. Mientras que la fotografía siempre lleva consigo a su referente, ambos fustigados por la misma inmovilidad –fúnebre o amorosa, dice Barthes-, no sucede lo mismo con la escritura, que proviene de múltiples referentes, de una huella, o de las huellas de otros significados.

¿Cómo clasificar la obra de estos dos autores? Decíamos al principio del capítulo que valía la pena volver a la obra de Barthes –habiéndolo superado la moda de los 60 y 70- y creemos que vale la pena en tanto nos permite dar cuerpo teórico, y al mismo tiempo, proyectar no sólo el discurso, sino también el tipo de lenguaje que se requiere con las tecnologías del hipertexto. Tal aporte tiene repercusiones en los correlatos de lectura y escritura, en la idea de lector, de escritor, y de autor. Por su parte, Derrida, sigue siendo una piedra de toque fundamental, un punto de partida, que sin duda, nos obliga a cuestionar la solidez de nuestras ideas, de nuestros modelos, de nuestros esquemas de pensamiento, pues nos ha mostrado la paradoja y el vacío de la epistemología y ontología modernas. Paradojas que tiene que ver con el mantenimiento de deudas con la metafísica de occidente y su logocentrismo, Paradojas y cárcel al mismo tiempo, pues presos ahora del lenguaje, parece que con la deconstrucción no logramos encontrar la salida. Como el mismo Derrida lo preveía, es difícil salir de las fauces del lobo, de las fauces de la razón, sin instalarse en ellas, quedando nuevamente integrados en su lógica. Es por ello que vemos que una teorización del hipertexto más bien se encuentra a medio camino entre la teoría de la deconstrucción que podemos decir, es el punto de partida, y una teoría de la complejidad que logra salir, evadir, la arena epistemológica y la metafísica aún imperantes en el discurso postmoderno. Vemos pues, que dar un paso más adelante de la deconstrucción es no sólo intentar salir del laberinto gramatológico, sino también es una apertura hacia una comprensión teórica que a su vez trasciende la filosofía, la literatura y la lingüística misma. Tal apertura, tal traslape interdisciplinar, creemos que es una camino para crear“ una metáfora de las puertas abiertas”, para pensar una pedagogía adaptada a los cambios que las nuevas tecnologías, y en particular, los lenguajes hipertextuales nos plantean hoy.